

Martín Caparrós

Ojos que no ven



Galaxia Gutenberg



© Asís Ayerbe

Martín Caparrós

(Buenos Aires, 1957) se licenció en Historia en París, vivió en Madrid, Nueva York y Barcelona, hizo periodismo en gráfica, radio y televisión, dirigió revistas de libros y revistas de cocina, tradujo a Voltaire, a Shakespeare y a Quevedo, recibió la beca Guggenheim, los premios Planeta y Herralde de novela, los premios Tiziano Terzani, Roger Caillois y Caballero Bonald de ensayo, los premios Rey de España, Moors Cabot y Ortega y Gasset de periodismo. Ha publicado más de cuarenta libros en más de treinta países y sigue haciendo periodismo en el diario hispanoamericano *El País*, pero ahora se dedica sobre todo a escribir canciones. El primer tomo de *Los tanguitos de Rivarola* ya ha sido traducido al francés, al alemán y al italiano.

Mientras en España estalla la guerra civil, en Buenos Aires una vidente aparece muerta junto a su bola de cristal. Su amante, un espía que recauda fondos para las tropas franquistas, se mueve en el ambiente del embajador británico Esmond Ovey y del escritor Graham Greene. La trama incluye complicidades de las clases altas, contrabando de armas, secretos militares, muchos trapos sucios. La noticia del asesinato de Federico García Lorca precipita la decisión de Rivarola: va a viajar al frente como corresponsal. Pero no será fácil conseguir cruzar el océano. A las dificultades que imponen el periodismo y el crimen se le añade una noticia bomba: Raquel se ha quedado embarazada. La vida y el tango se confunden cada vez más.

«El autor, uno de los grandes cronistas y escritores de nuestro tiempo, narra la Argentina de antes de la Segunda Guerra Mundial y hace sentir al lector que está allí.»

Juan Cruz, *Babelia*

MARTÍN CAPARRÓS

Ojos que no ven

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2026

© Martín Caparrós, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026
Imagen de portada: © Riki Blanco

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-88236-39-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Y tendrás que saber la verdad
antes que la verdad te sepa
a mierda.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO,
1873-1927

1

–Yo me voy para allá.

–Pero, Talanca, ¿qué carajo vas a hacer vos en medio de ese kilombo?

–Yo qué sé qué voy a hacer, Rivarola, ya veremos. Yo lo único que sé es que con todo esto que está pasando allá yo no puedo quedarme acá. No puedo, ¿me entendés? No puedo.

Jordi Señorans tiene la voz resbaladiza y la nariz muy roja, los ojitos ranuras, el cuello de la camisa abierto, la corbata caída y el aspecto general de un náufrago esperando que nadie lo rescate.

–No puedo, Pibe, yo no puedo…

Dice, casi lloroso, y levanta la mano para llamar al mozo: huele a rayos, sudor y alcoholes, tabaco más que rancio.

–Ya me escapé una vez, cuando era un crío; ahora no puedo volver a escaparme.

Dice Señ y me cuenta –nunca me había contado– que se fue de Barcelona porque lo buscaban, en el año 8, que andaba complicado: que no tenía 20 años y estaba con un grupo de anarquistas que habían hecho unas cagadas gruesas, dice, un par de bombas y se tuvo que ir.

–Y acá llevo casi treinta años haciéndome el gil, el gilipollas, pero ya no puedo más, ya está, ya basta. Es la hora de volver a mi lugar.

Dice, y vuelve a reclamar a un mozo que insiste en no mirarlo. Yo trato de decirle que lo deje, que si quiere lo acompaño hasta su casa pero que deje de chupar, que le va a dar algo, y él me contesta con la lógica imparable del borracho:

–¿A mí me va a dar algo? A mis camaradas les va a dar algo, una guerra les va a dar, me entendés, una guerra. ¿Qué es una copita más comparada

con los cañones de esos hijos de mil putas mal paridos delincuentes fascistas cobardes asesinos?

Dice, buscando el adjetivo que lo salve. No son horas para estar borracho: las cinco, cinco y algo, martes sin remedio. El Tortoni se va llenando poco a poco: las mesitas de mármol redondo sobre pies de hierro, las paredes tan llenas de espejos, las arañas, el vapor de una tarde de invierno. Oficinistas aburridos llegan en busca del vermú que los redima de un día más y más de uno nos mira, dice algo: somos un circo sin leones. Un cuarentón bien puesto, traje tres piezas, el pelo oscuro engominado, nos señala y se ríe. Señorans lo ve y le grita que por qué no se va a reír de su putísima madre, hijo de puta. El cuarentón se le va al humo, yo trato de pararlo, gente se junta alrededor, alguno nos separa.

–¡Fascista, hijo de mil pares de putas!

Sigue gritándole Señorans y el tipo arremete de nuevo, me alcanza con una piña desvaída en la oreja derecha, grita algún halago. Por suerte alguien lo frena, lo convence de ir a sentarse: el tumulto se deshace entre rumores.

–¡Vete a tomar por culo, fascista, plutócrata, lacayo!

Insiste Señorans, y las palabras se le despellejan. Llevamos años así, tiempos difíciles: tiempos en que los nervios están a flor de piel, en que todos se pelean todo el tiempo por cualquier cosa o por ninguna cosa. No sé si será la crisis, la sequía, las ilusiones que se pierden: cada vez se hace más duro vivir en Buenos Aires, en la tensión del odio, la pelea permanente. Y ahora encima con esto de España…

Una hora antes yo empezaba a armar una nota improvisada sobre el aumento de las detenciones por contrabando en las islas del Tigre, una de esas historias que cambiarían el rumbo de la historia, cuando apareció, agitado, Raúl González Tuñón, poeta de fuste y, sin embargo, compañero de Señorans en internacionales:

–Rivarola, capaz que vos podés tranquilizarlo. Está como una cabra.

–¿De qué me hablás, Raúl?

Tuñón sonrió, sacó un atado de Hontanares –yo no sabía que él también fumaba Hontanares–, me ofreció uno, me pidió disculpas:

–Tenés razón, disculpame. Es que estuve un par de horas con él y ya no sé qué más hacer. Es tu amigo Seño, está en el Tortoni chupando como un descosido desde la mañana, no para de tomar. Está hecho mierda.

Yo me asusté, me imaginé lo peor: Inés lo habría dejado. Sería lógico: nunca nadie entendió cómo lo pudo soportar más de tres días –y ya llevan años.

–Y yo tengo que volver a laburar, con todo el lío de la guerra en España…

–¿Ya lo llamás guerra, Raúl? Yo pensé que era una chirinada, cuatro generales delirantes.

–Es una guerra, che, es una guerra. Los tipos estos ya ocuparon la mitad…

–¡¿La mitad de España?!

–¿Vos estás siguiendo lo que pasa, Rivarola?

Yo no quise decirle que no: no tengo por qué darle explicaciones. Pero él sí quiere dármelas: que los rebeldes ya controlan Galicia y parte del País Vasco y Castilla y Aragón y Extremadura y Andalucía, y todo eso en semanas y siguen avanzando, que el gobierno legal casi no tiene tropas propias para defenderse y que tardaron en entregarle armas al pueblo y que la situación es complicada, muy complicada, y que encima los demás fascistas ya se están metiendo:

–Mussolini está mandando tropas y aviones. Y Hitler seguramente va a mandar también…

–Bueno, pero Inglaterra y Francia van a salir a defender al gobierno legal.

–Sí, junto con Papá Noel y los tres Reyes Magos.

El martes 18 de agosto de 1936, tras un mes de sublevación militar, España estaba dividida en dos y peleaba con unanimidad. Y fusilaba, también, con denuedo: alcaldes republicanos, oficiales golpistas, oficiales leales, curas, monjas, militantes sindicales, falangistas, algún conde.

–Lo que ya sabemos es que, con suerte, esto va a durar. Si no dura es que la ganan los fascistas. La única esperanza es aguantar, a ver si se da vuelta.

Me dijo Raúl, poeta comunista, y me insistió en que fuera a rescatar a su amigo anarquista, mi amigo Señorans: la guerra hace milagros.

–Si lo pudieras ir a buscar… O por lo menos a hacerle compañía, que no termine mal…

Me dijo, y yo le dije que bajaba en un rato, que primero tenía que cerrar esa nota, pero él me apuró:

–Si no vas ya mismo va a terminar muy mal, Rivarola, disculpame que insista.

A mí, de pronto, me dio mucha vergüenza que alguien tuviera que decirme dos veces que me ocupara de mi amigo.

–Gracias, Pibe, me salvaste la vida.

–No digas boludeces, Seño. A vos no hay quien te salve.

–No, en serio, me salvaste. ¿No viste cómo se me venía encima ese fascista? Si no lo parabas vaya a saber lo que me hacía…

Me dice, y yo le busco la sonrisa, la ironía habitual, pero no hay: se le ha disuelto en el alcohol. Por más que lleva como treinta años en Argentina –y quince o veinte en el diario– Jordi Señorans nunca ha perdido ni el acento ni la melancolía. Ya pesa casi cien kilos, y sus pelos castaños le ralean feroces pero a veces, en algunas sonrisas, sigue siendo un muchacho ilusionado.

–¿No te das cuenta de que me tengo que ir para allá lo antes posible? Me he pasado la vida esperando este momento, coño, no me lo voy a perder. ¿No viste que los nuestros ahora gobiernan Cataluña? Están haciendo la revolución, y yo aquí como un idiota…

Señorans deja caer su cabeza sobre su antebrazo apoyado en la mesita de mármol redondo. La mole se sacude: está llorando.

–Como un idiota, Pibe, un verdadero idiota…

Yo no puedo aguantarlo y llamo al mozo:

–Manuel, traenos dos ginebras.

–¿Y si te las vas a buscar tú?

Me dice Manolo, tan gallego, tan amable siempre, tan grosero de pronto.

–¿Qué pasa, Manuel?

–Nada, qué va a pasar, los rojos. Nada, ahora te las traigo.

Dice, y se da media vuelta. El Tortoni es tumulto, mármoles y espejos: alguna vez me gustaría saber quién fue el que decidió que el lujo actual son mármoles y espejos, dos superficies tan pulidas.

Que es un idiota, que tiene que volver a pelear, que cuando se enteró del levantamiento de los fascistas creyó que era una tontería y en cuatro días los iban a fusilar a todos y que recién ahora se está dando cuenta de que esto puede ir para largo y que hay que unir todos los esfuerzos para impedir que ganen y que él sabe que es un viejo de cuarenta y tantos pero que ya se escapó una vez y no puede volver a escaparse y que seguro que algo puede hacer, que algún lugar le van a encontrar los camaradas, que la revolución lo llama y que es un idiota y que tiene que volver y que cuando se enteró del levantamiento de los fascistas creyó que era una tontería…

–Si no voy nunca más me voy a poder mirar en el espejo, Andrés, me voy a perder el poco respeto que me tengo.

Yo le digo que claro, que lo entiendo pero que igual ahora no tiene por qué decidir nada, que se vaya a su casa, que duerma unas horas y que después lo vuelva a pensar todo más tranquilo: que ahora no está en condiciones.

–No es una cuestión de condiciones, Pibe. Por supuesto que no estoy en condiciones, pero no tengo nada que pensar. Aquí no se trata de pensar, ya está, si es blanco y en botella es leche, qué va a ser. De vez en cuando, muy de vez en cuando, te toca una de esas cosas que no es necesario ni pensarlas: yo tengo que ir a pelear por lo que creo. Ya está, no se hable más.

Dice, puñetazo en la mesa, e intenta levantarse. No es fácil: titubea, se vence, se deshace en la silla.

–Ya vas a ver, Rivarola, no te creas que no puedo.

Dice, y no está claro si habla de ir a pelear a Cataluña o de pararse. Al fin tras mucha lucha consigo levantarlo, lo arropo como puedo, salimos a la calle, paro un taxi: ya oscurece, llovizna, frío que pela. Lo siento en la parte de atrás del Chevrolet y le digo al taxista que lo lleve a Paraguay 2631, Paraguay y Pueyrredón, su casa. El chofer me mira con ese aire de reproche que suelen intentar los que tienen mucho que reprocharse, y yo no le hago caso. Rivarola sigue murmurando algo sobre un idiota y los fascistas y los camaradas; el taxi arranca. Entonces –recién entonces– me acuerdo de que tenía una nota que entregar, y salgo disparado.

2

–¡Rivarola!

La voz de mi querido, mi admirado, mi irrefutable jefe don Guillermo González Galuzzi puede ser, a veces, un trueno en el desierto: ahora es una tormenta entera.

–¡Rivarola y la reputa madre que te parió!

Su grito hace el silencio; en diez o veinte escritorios diez o veinte manos dejan de teclear, diez o veinte cabezas se dan vuelta, se regodean, se preparan para el espectáculo. La redacción de *Crítica*, el gran diario argentino, es muy golosa de espectáculos. Yo me acerco sinuoso, flancito a su puesto de mando: Galuzzi tiene la cara de los grandes momentos, león que se relame aunque sea un león de un metro sesenta –incluyendo los zapatos elevantor:

–¿Dónde mierda te habías metido, Rivarola?

Grita de nuevo, la voz ronca, y me asalta un segundo de zozobra –que quizá dure más–: no sé si contestarle con la estúpida verdad o inventar una misión ultra pluscuam cuasi secreta para justificar mi injustificable defección. Tras la fracción imperceptible me decido por la verdad: no por ninguna consideración ética, ojalá; sólo porque no consigo inventar nada.

–Nada, jefe, disculpe. Tuve que bajar a buscar a Señorans, el de internacionales, que tuvo un problema.

–Ya sé quién es Señorans, Rivarola, bien que lo sé, y que yo sepa vos no sos su niñera, ¿no? ¿O sí, te nombraron y yo no me enteré? ¿Quién te nombró, la internacional anarquista, don Natalio Botana, la sociedad protectora de animales?

Su despliegue me tranquiliza. Se ve que está disfrutando de la atención del público y pretende lucirse, agregar algún renglón a su leyenda, un

ladrillito al monumento. En esos casos, en general, no termina de ser tan dañino: trata de ser hiriente, mordiente, despreciativo pero justo. Perro que ladra, dicen.

–¿Y no pensaste, antes de aceptar el nombramiento, que acá te pagan por escribir cuentitos de terror para señoras muertas? ¿Que acá te estábamos esperando con los brazos más abiertos que tu ojete, pedazo de alcornoque?

La guarangada lo delata: mi jefe no está en su mejor día. Le pido disculpas, le prometo que no se va a repetir, inicio el movimiento de retirada a mi escritorio –que fracasa lamentablemente:

–¡Rivarola! Cuando haya terminado te lo digo, te mando flores y un cura para que te entierre.

–Sí, jefe, qué más necesita.

–Necesito que salgas ya mismo a trabajar, Rivarola. Trabajar, ¿sabés cómo se hace? ¿O cómo se escribe, por lo menos? Por eso te estaba esperando ¿o qué creías? ¿Que te extrañaba por tus lindas trenzas? Ya mismo, Rivarola, ya mismo.

Dice, y mira un papel y lee en voz alta pero no tan alta, como para que su público no oiga:

–Sarmiento 1641. Ya, corriendo, que hay una muerte que puede funcionar.

Cuando paso a su lado, Dorrego me manda una mirada de supuesta solidaridad que disimula mal su gozo. Las diez o veinte caras se dan vuelta, retoman sus ocupaciones: el show se ha terminado –y nadie aplaude.

A veces me confunde: no sé si las improvisa o las practica, si las pule paciente o las lanza al natural, si se da cuenta incluso de que dice lo que dice. «Una muerte que puede funcionar» es un hallazgo digno de alguno de esos poetas maquinistas que estuvieron de moda hace unos años. O lo sería, quizá, en otro contexto: al final, como decía tan bien mi examigo Bernabé Ferreyra, todo depende de que encuentres tu lugar en la cancha.

La muerte que podía funcionar ha conseguido, por ahora, atraer a media docena de policías y varias docenas de curiosos a la puerta de ese edificio de la calle Sarmiento. Es una construcción moderna, cinco o seis pisos, 1920 como mucho, uno de esos edificios afrancesados tan comunes en el centro porteño, muy parecido a mi antigua pensión –que está muy cerca, cuatro o cinco cuadras. Los policías van de policías, sus gorras y uniformes; los curiosos van de curiosos, multiformes. Los policías se aburren tanto como los curiosos pero tienen la ventaja moral de que les pagan: cuando estás perdiendo el tiempo siempre es bueno que haya alguien que te garpe por hacerlo. Y por mojarte: la garúa sigue inundando veredas y sombreros. El mío está chorreando. Ya hace rato que cayó la noche –invierno en Buenos Aires– y el frío no se rinde.

–¡Rivarola, Rivarola!

–¿Qué, otra vez el viejo te mandó a chupar sangre antes de que se seque?

–Bueno, vos sabés cómo es.

Juan Kosinsky, el nuevo del año pasado, ya está bastante acomodado en la sección pero Galuzzi todavía no lo deja agarrar solo los casos importantes, las muertes que pueden funcionar. Así que, mientras me esperaba, lo mandó para que fuera averiguando cosas y me las pasara a mí, el experimentado, el viejo lobo. Es un honor –dudoso. Hay algo gracioso en todo esto: yo, el periodista. Y hay, también, algo que me da cierta vergüenza.

–Sí, Juan, lo siento. Es cuestión de aguantar un poco más y…

–No te calientes, Andrés, yo estoy tranquilo.

Ya cumplidos los cumplidos pertinentes, Kosinsky me informa breve del asunto: hace un rato, no más de una hora o dos, una señora que vino a limpiar el quinto C se encontró con su patrona muerta.

–¿Muerta cómo, Juan, qué te dijeron?

–Muerta como muerta, Andrés, no me dijeron más. Que estaba muerta, con bastante sangre alrededor, muy bien vestida.

–O sea que algo más sí te dijeron.

–Bueno, y lo que no te dije todavía.

Dice Juan Kosinsky, la cara rubita y pecosa y el pelo rubito y pecoso y todo él rubito y pecoso, tan pendejo para ser tan adulto y comunista. Kosinsky debe tener ya como 26 o 27 años pero parece 12; eso no le impide, por supuesto, como me lo ha demostrado varias veces, ser un militante empedernido y un jodón discreto.

–Era una vidente, Andrés, Madama Ducarré decía que se llamaba. Imaginate, una vidente, una de esas que te ven el futuro.

–Y sin duda se le nubló la vista.

–No jodás, che, con la pobre muerta.

–¿Y con qué querés que joda, comunista?

Kosinsky pone cara de susto, mira alrededor. No están los tiempos como para decirse esos piropos en voz alta.

–Veo que llegó la prensa.

Dice, con una especie de sonrisa, una especie de sargento de la Federal llamado Hugo Di Pietro, puntal de la seccional Tercera, un barrigón de alma que me suelo cruzar por estas calles del Señor y, sobre todo, por sus arrabales. En cuanto algún fiambre asoma en su jurisdicción ahí estamos Di Pietro y yo, la cofradía de los diversos buitres. Es una cofradía fayuta: no nos queremos ni nos respetamos pero mantenemos una paz tensa, pura conveniencia. El sargento Di Pietro está cerca de la jubilación y, de algún modo, siempre consigue mostrar que cualquier delito que se le cruza no es más que un escollo injusto en su camino hacia esa vida de ocios y vicios que lo espera. Mientras tanto, Galuzzi le manda cada mes un sobrecito –tiene ese arreglo con oficiales o suboficiales de varias comisarías principales– y él a cambio nos pasa información: el tipo es un puntal de la prensa libre, produce mucho más que lo que cuesta.

–¿Qué decís, Di Pietro?

–A vos casi nada, Rivarola. No vaya a ser que después se lo cuentes a alguien.

En el aliento del sargento hay capas y más capas de todas las grasas, todos los alcoholes. Alientos así se exhiben en los grandes museos.

–Dale, dejate de joder. ¿Quién es la muerta?

–¿Cómo, no te lo dijo tu muchachito, acá? Qué grande, Rivarola, quién te ha visto y quién te ve. Pensar que hace dos o tres años venías a pedirnos limosna y ahora tenés un rubio que te hace los mandados.

Juan resopla, yo lo miro como para frenarlo. Estamos en la vereda de Sarmiento, por la calle pasa algún coche todavía, la garúa sigue fina pero sigue. Las luces de la calle son modestas.

–Me lo dijo, pero quiero que me lo digas vos, que lo decís tan lindo.

–Madama Ducarré. Pero no te equivoques, no, no es una madama de esas que vos pensaste. No, Rivarola, acá no vendían carne. Tenía una mercadería mucho peor: esta madama te vendía el futuro.

Yo tengo que poner cara de sorpresa y admiración; supongo que el tarado de Di Pietro llevaba un rato preparando el chascarrillo. Si algo aprendí en estos años es que, para saber cosas, no hay nada mejor que pretender que no sabés un pomo.

–¿Cómo? No te entiendo.

–Qué lujo, Rivarola, conseguir que se te quede la boca así de abierta. Nada, gil, te lo voy a explicar como para que incluso vos lo entiendas: la mina era vidente, de esas que te cuentan el futuro. Y no sé si no hablaba con los muertos. Pero eso es lo que era: una bruja de esas.

Yo acentúo un grado más la admiración y la sorpresa y, al borde del oh, le pregunto qué pasó, quién la mató, cómo fue el kilombo.

–No te aceleres, Rivarola. Sabemos que hay occisa; lo que no se sabe todavía es si hay homicida. La verdad, lo más probable es que la mina se haya matado sola.

–¿Suicidio? ¿Ya la anotaron como que fue suicidio?

Le digo, ahora sí preocupado: la policía no suele ser tan rápida para caratular una muerte dudosa. Y, sobre todo: el asesinato de una vidente puede ser una tapa; su suicidio, página siete como mucho. Dicen que el suicidio siempre es una venganza: en este caso, para empezar, la muy vidente se vengó de mí sin conocerme.

Pero hay que trabajar. El sargento me da los datos de filiación de la occisa –que todavía está en su departamento. Le pido que me deje entrar pero no hay caso. Sí me dice que se hacía llamar, en efecto, Madama Ducarré pero se llamaba Genoveva Nogueira y había nacido en Portosín, Santiago de Compostela, España, hace 34 años. Y que había llegado a la Argentina con sus padres y dos hermanos menores en 1913, a sus 10 años, y que se habían instalado en algún lugar del barrio de Boedo, seguramente un conventillo, dice –pero muy poco más: que su rastro burocrático se perdía enseguida. Y que tenía su puestito de futuros y fiambres en ese departamento quinto C, en el living, y que vivía ahí mismo, en el único cuarto.

–Le encontró la mujer de la limpieza, una Isolina. Isolina, mirá. Dice que vino como siempre, a eso de las seis. La tal Isolina trabaja en una fonda acá a la vuelta, entonces cuando sale, tres veces por semana viene a limpiar acá. Y que entró con su llave, como siempre, y que la vio como dormida en el sillón…

–¿No puedo hablar con ella?

–Está muerta, Rivarola.

Di Pietro suelta una carcajada: se supone que los policías y los periodistas policiales debemos ser capaces de reírnos en las peores circunstancias, que eso demuestra que somos todo lo duros que debemos.

–No seas gil, Di Pietro, te digo con la mujer de la limpieza, ya sabés.

–Hoy no, che. Le tomamos declaración y la dejamos que se fuera, estaba como loca. Capaz que mañana o pasado. Es una tana, Isolina se llama, trabaja en Las Campanas, acá sobre Montevideo.

–Gracias, Di Pietro.

–Pero te puedo contar un poco más: dice que cuando entró la vio ahí sentada muy vestida, elegante, y lo primero que pensó fue que se había emborrachado y se rio: las cosas que hace la señora.

Dice el sargento y sigue, ávido; se ve que tiene miedo de no ganarse su pitanza.

–Pero dice que cuando volvió a mirarla se dio cuenta de que tenía dos charcos de sangre, uno en cada mano, y las muñecas abiertas como higos. Y

que se acercó, la sacudió, pero enseguida, dijo, vio que estaba completamente muerta, dijo, dos o tres veces: completamente muerta.

Dice el sargento y me guiña un ojo y yo le guiño uno para que quede claro que nuestro arreglo sigue en pie. El tipo se lo toma en serio: ahora me da, como con disimulo, un sobre no muy grande; adentro, si no hay sorpresa, debe haber una foto de la occisa.

–Y la mujer esta, Isolina, dijo que todo estaba en orden. Que había solamente una silla caída pero que todo el resto de la habitación estaba en orden.

Dice el sargento Di Pietro y que Isolina le contó que por supuesto pensó enseguida en llamar a la policía pero en la oficina no había teléfono y ella no se decidía a salir y dejar a su patrona así, tan sola. Entonces se pasó unos minutos allí, paralizada, boquiabierta, mirándole la boca abierta, las heridas abiertas. Al fin, contó, le dijo que esperaba que la entendiera, le pidió disculpas por dejarla y bajó a Las Campanas. Ahí pidió el teléfono y llamó a la autoridad competente. Que, en cuanto llegó, confirmó que Madama estaba muerta y que la causa inmediata de su muerte eran esas heridas que le abrían las muñecas: las formas más habituales del suicidio.

–Así que, en principio, esto lo vamos a cerrar esta noche o mañana. Ya está: pelito para la vieja y a guardar.

Ya está: pierdo toda esperanza. Y encima tengo que volver al diario, escribir, esperar, comerme las puteadas de Galuzzi.

–Dale, volvamos. Y no te calentés, Andrés. Peor están los españoles.

Me dice Kosinsky, y yo me freno justo antes de mandarlo a la concha de su madre.

Vuelvo al diario, oigo el grito, troto hasta su escritorio, le pregunto qué necesita y él me dice que no necesita nada.

–Yo no necesito nada, Rivarola. Vos necesitás sentarte en tu escritorio y terminar la nota en cuatro segundos ocho décimas. Y después vas a limpiarme el mío con la lengua, ¿me entendiste?

–Cristalino, jefe, cristalino.

–Ah, y pensá que la voy a titular «Ojos que no ven» o «La bola rota». Así que busca la historia por ahí, ¿querés?

–Lo que usted diga, jefe. Somos tan graciosos.

Le digo, y ahora sí me puedo ir a sentar: teclear al cuete. Me paso casi media hora, avanzo poco. La nota está por la mitad y mis ganas no llegan a un cuarto. No es habitual: todavía suele gustarme averiguar lo que averiguo, escribir lo que escribo; tampoco llevo tanto tiempo de periodista como para disfrutar realmente del deporte preferido de mis compañeros: quejarse del oficio. A mí, aunque quede mal decirlo, el oficio todavía me gusta, pero hay algo en esta historia de la vidente exangüe que me molesta, y no termino de saber qué es.

La noticia va a tener, pese a todo, un lugar en la tapa, chiquita, abajo a la derecha. Jugamos con ventaja: últimamente parece como si el diario se hubiera vaciado, el país se hubiera vaciado. Después del kilombo del mes pasado, cuando le dieron el Premio Nobel de la Paz al farabute de Saavedra Lamas y todos los señores salieron a decir que era el primer sudamericano en conseguirlo y que qué honor para la Argentina, y las noticias que llegaban todos los días desde Berlín por los Juegos Olímpicos y el gran final del negro ese que se cagó en Hitler y su banda de racistas hijos de mil putas, ahora parece que no pasara nada: un país a solas con sus propias miserias, miles y miles de ñatos sin laburo, la desesperación de esa promesa que al final nunca se cumple. Así que, en medio del desierto, la adivina se consiguió su lugarcito: «La vidente que no quiso ver más», titularon, pese a las amenazas de Galuzzi, sobre unas pocas líneas resumiendo el tema y dirigiendo al lector a la página siete. Ahí, debajo de la foto, damos algunos datos sobre la pobre Madama, contamos las circunstancias del hallazgo de su cuerpo y confirmamos que «el comisario Guillermo Kraft, a cargo de la Seccional Tercera, decidió que, sin perjuicio de posteriores averiguaciones, la muerte de la señora Genoveva Nogueira quedaría caratulada como suicidio y que, por ahora, no hay ningún dato que permita dudar de esa carátula».

3

En mi casa no hay luz. No es una metáfora barata del solitario oscuro: esta noche literalmente no hay, no funciona la electricidad. Ojalá me sorprendiera: con esto de que las dos grandes compañías de electricidad están renegociando sus contratos –y sus tarifas, sobre todo– no hay semana que no la corten un rato, como para demostrar que pueden. Nos han tomado a todos de rehenes, y lo más gracioso es que el gobierno está ansioso por entregarles todo lo que piden, pero como el apriete es demasiado evidente tiene que disimular un poco, hacerse los derechos. Es joda, la de veces que las cosas son así: dos que quieren lo mismo y consiguen, buscándolo por vías equivocadas, enfrentarse e impedirlo.

Así que me tengo que conformar con prender un par de velas a ningún santo conocido –y sólo me queda otra por si el corte dura demasiado. A estas horas ya no puedo comprar más; a estas horas, en mi barrio, no queda ni siquiera una fonda donde bajar a comer algo, y me tengo que conformar con un tomate que encontré atrincherado en la fresquera, un poco de sal, chorrito de aceite, unas galletas. Con una cena así es mucho más fácil sentirse un miserable, así que aprovecho y dedico un rato a tan noble arte. Cuando termino y puedo destapar la botella de ginebra las cosas empiezan a pintar mejor: con la segunda copita de Bols mi vida empieza a ser casi tolerable. Es cierto que ya llevo tres años en el diario y que se podría decir, con cierta prudencia, que ahora tengo un oficio. En realidad, no sé si ser periodista es un oficio: alcanza con saber hacer las preguntas pertinentes, anotar bien las respuestas, averiguar eso que no te cuentan y después, con todo ese paquete, armar un buen cuentito. Nada que cualquier persona educada no pueda hacer si se lo propone –pero por suerte tantos no se lo proponen: se ve que se imaginan que es más complicado.

Parece mentira pero es cierto: ya van más de tres años desde que el tonto de Bernabé Ferreyra se encaprichó con rajarse a su pueblo y el lanzado de Cuitiño supuso que yo podía traérselo de vuelta y que, como quien no quiere la cosa, el asunto me llevó a colaborar con González Galuzzi y, al final, a que el muy delincuente me ofreciera entrar en la redacción de *Crítica*. El gran diario, la papilla cotidiana de tantos miles y miles de porteños, el que les maneja los cabreos y los amores, termómetro y calefacción al mismo tiempo, tanto para tantos: si alguna vez me hubieran dicho, cuando se lo compraba al pobre Tano en Los 36 Billares, que yo iba a terminar trabajando ahí me habría reído a gritos. Pero no, aquí estoy, y es posible que siga. Ellos me soportan y me pagan, y a mí me gusta esta patente de corso para meter las narices en los lugares más inesperados, conocer a la gente más interesante o más siniestra, compartir unas copas con esos hijos de puta que son mis compañeros. Y las historias que se van acumulando –y que ahora, con la melancolía de las velas, se me atropellan y relinchan.

Hubo malos y buenos momentos, claro, pero seguramente ninguno tan gracioso como este verano, cuando trajeron los restos de Gardel. Cómo nos reímos en la redacción, cuánto la gozamos los pocos que sabíamos cómo se había cocinado la historia, cómo el gordo Justo, presidente argentino, y el gordo Botana, director uruguayo, se habían confabulado para armar ese paquete heroico patriótico tanguero y convertir a Gardelito en un prócer totalmente inesperado –y distraer a los giles de sus problemas más urgentes. La idea era buena –y a mí, por supuesto, también me hicieron trabajar en ella– pero creo que nadie pensó que iba a tener el éxito que tuvo: nadie imaginó que de verdad Carlitos, que andaba por el debe de la vida, que ya venía patinando cuesta abajo, iba a resucitar como el cadáver más famoso del país y a protagonizar ese entierro de millones de personas, estatuas, monumentos, cataratas de lágrimas y párrafos, la apoteosis de febrero pasado. Fue tan lindo ver a millones llorando por él y saber que todo era un

invento de cuatro pelagatos con poder: tan lindo y tan aterrador, tan dulcemente repugnante.

Tan pavoroso: ver cómo un par de tipos pueden llevar de la nariz a un pueblo entero. Me pregunto si será igual en otros lugares; quién sabe, yo no conozco el mundo, pero acá en la Argentina, con todo nuestro orgullo, resulta que cualquier pelandrún medio atrevido consigue que millones hagan lo que quiere. Así estamos: creyéndonos tan vivos, marchando de uno en fondo como una procesión de muertos. Si lo pensara un rato más me cuelgo –o cuelgo todo, dejo todo, me voy al recarajo. Pero tampoco sé dónde está eso, y tampoco tengo por qué creer que yo voy a ser mejor que los demás: ese es el problema de este país, que todos nos creemos que somos mejores que los otros y todos somos esos otros y en mi casa no hay luz y las copas de ginebra ya perdieron la cuenta y yo con ellas y me pregunto –no sé por qué ahora me pregunto– cuál habrá sido el último futuro que vio Madama, el que la llevó a terminar tan mal.

Porque uno supone que morirse es una murga, y que se debe hacer todo lo que se pueda para evitarlo, así que decidirlo, decir ahora voy y me muero resulta tan antinatural, tan inquietante. O por lo menos a mí me lo resulta, ahora; se ve que a esa pobre mujer no, aunque no paro de preguntarme cómo habrá llegado a semejante decisión, qué habrá pasado, qué previsto, qué imaginado que no podía soportarlo. ¿Un amor que falló, una historia que volvía, la incertidumbre de un futuro, la certeza de otro, alguna enfermedad, hartazgo, la confianza de que nunca nada sería mucho mejor? Le doy vueltas, le doy copas, le doy velas y no consigo resolverlo o, mejor: sé que no puedo resolverlo, y aun así le doy vueltas, copas, velas, un nudo en el estómago que no se me va.

Ya me había pasado hace unos meses, cuando tuve que correr detrás de esos chiflados que se mataban porque Gardel estaba muerto: ya entonces no podía entenderlo. Mirado desde afuera el suicidio es inverosímil o aterrador: ¿cómo puede alguien decidir que es mejor no tener nada que tener un poco, por más poco que sea? ¿Tan espantoso es ese poco que

prefiere la nada? Tengo la foto que me dio Di Pietro, la que va a salir en el diario de mañana: la van a publicar, por supuesto, en blanco y negro, pero yo la tengo en color, pintada por un fotógrafo de plaza o de estudio barato. La miro, como si mirándola pudiera entender algo. La señora Madama tenía una de esas caras que, sin ser claramente bonitas, te invitan a mirarla: un óvalo alargado que choca con la nariz un poco chata, casi infantil; el pelo oscuro y enrulado cortado en melenita, las cejas finas cuidadosamente depiladas, los ojos oscuros francos despejados. Y la boca: el labio superior finito y el inferior gordo, un poco caído: quizás en ese labio –en la caída de ese labio– estaba su secreto. O en el gesto: es una de esas caras cuyo gesto puede ser de temor o de desdén, o quién sabe de ambos; una de esas caras que mantienen siempre en duda.

Y ni el gesto ni el labio ni la nariz de nena grande ni los ojos oscuros me contestan la pregunta que me come: por qué una mujer así –esa mujer– se mata. Yo sé que los suicidas siempre engañan, que sus razones suelen estar más allá de la razón. Sé –ya aprendí– que ellos son los verdaderos optimistas: los que se creen que la vida debería ser mejor y no soportan que sea sólo esto, o que se creen que si no es mejor es culpa suya y desesperan, se castigan, se terminan. Sé que la lógica del suicida en el momento del suicidio es una obra de arte, una composición que puede ser leída de tantas formas diferentes: sé que cualquier respuesta debe ser un error. Pero también sé que todo esto son paparruchadas: nada que me diga por qué se mató Genoveva Nogueira, que en algún momento de su vida decidió transformarse en Madama Ducarré y en otro, ayer, en nada.

Y el misterio se me hace más y más espeso hasta que recuerdo esa noche, hace cuatro o cinco años, poco después de que Estela se fuera y se llevara a Estelita, cuando me pregunté –me pregunté, nomás, no llegué a pensarlo– si no sería más fácil pegarse un tiro y acabar con todo. El suicidio no tiene solución si lo mirás de afuera; la única forma de entenderlo es desde adentro –y entonces, en general, no te deja mucho que contar.

Así que acepto la imposibilidad y trato de dormirme, pero no. Unas palabras me dan vueltas: quizá se esté armando algo, la cola de un tanguito. Ya llevo un mes o dos sin que me salga nada –y a veces pienso que eso es lo que me pasa cuando nada me pasa, cuando me arrastro por la vida, chato y seco como manguera pisoteada. Mejor me duermo y me dejo de joder, pienso, pero no hay caso. Al cabo de un rato me resigno, prendo la luz, agarro la libreta:

> ¿Qué habrás visto en el mañana, mascarita?
> ¿Qué habrás visto que no hubieras visto ya?
> Si ya viste tantas cosas, pobrecita,
> en tu vida de perdida sin hogar.

No es mucho, pero es más que lo que había. Quizá, con un poco de suerte, uno de estos días consigo seguirlo –y hacerlo, si cuadra, un poco menos cursi.

4

Esta mañana la redacción de *Crítica* está espesa, gris como un burro aburrido –o quizá soy yo. Juan Kosinsky todavía no llegó: debe estar en la calle persiguiendo algún chorro menor. Dorrego sí que está, pero prefiero no mirarlo: sigue cabreado porque Galuzzi me pasó la Madama. Es cierto que era todo un reconocimiento: seguramente por cómo había llevado el caso del jockey uruguayo que mataron porque no quiso ir para atrás en una carrera de Palermo, pobre ángel. Pero, como todos los premios del jefe, venía con su bolsa de gatos encerrados: arañazos, chillidos, mordiscones. Señorans tampoco está: debe seguir durmiendo la mona en su casa, o por lo menos eso espero. Mientras, en España, según nuestra prestigiosa publicación, la guerra está estancada: pequeños avances de uno y otro lado, más tiros, más fusilamientos. Lo que sigue avanzando es la noticia: *Crítica* le dedica cada vez más espacio, aunque la cobertura es mala, puro cable de agencia; no se entiende por qué no deciden por fin mandar a alguien. Y, entre tanto drama, están las historias casi cómicas: hoy aparece en una página interior la fuga de un grupito de viejos escritores que primero apoyaron al gobierno legal pero cuando vieron que la cosa venía mal se rajaron a Francia: Azorín, Baroja y Ortega y Gasset están entre los fugitivos. En cambio el hijo del rey destronado, el tal Juan de Borbón, trató de volverse a su país y los rebeldes fascistas lo descubrieron y lo mandaron de vuelta a Portugal. Cada vez entiendo menos –y no sé si voy a hacer el esfuerzo de intentarlo.

–¡Rivarola!

El coronel sublevado González Galuzzi, por si acaso, me despierta de mis ensoñaciones con un grito. Desde su escritorio, a mitad de camino, el conchudo de Dorrego me sonríe con gustito: va a disfrutar mirando cómo el

jefe me las corta. Mientras me acerco a su puesto de mando como quien va al cadalso, recuerdo algo que me dijo ayer Di Pietro y me armo un plan. Si funciona puede salvarme de sus garras, sacarme de este lugar espeso:

–Jefe, lo estaba esperando para pedirle permiso para ir a ver a la portera de la Madama.

–¿A la portera?

Dice, cara de extrañeza y el mondadientes infaltable bailando un foxtrot entre sus labios. Hay veces en que es muy difícil sacarle la mirada: el monda es como un monstruo que te llama.

–Sí, dar una vuelta por el departamento, por el barrio, a ver qué saben. Me parece que la historia vale la pena seguirla, nos puede dar más juego. Con eso de que es una vidente, sabe, jefe…

No es fácil sentirse tan canalla. Aunque, por suerte, tampoco me resulta muy difícil.

–¿Y me estabas esperando para pedirme permiso? ¿Quién soy, yo, tu bisabuela renga? ¿Desde cuándo me pedís permiso para ir a cumplir con tus obligaciones?

–Desde siempre, sin ánimo de polemizar.

A Galuzzi le da, de pronto, un ataque de risa: debo aceptar que por lo menos tiene la infrecuente capacidad –para un jefe y para cualquier otro– de reírse de sí: dice que es cierto, que siempre se lo pido, que qué gil las giladas que dice y que por supuesto que puedo ir, que me vaya ya mismo, que qué carajo espero: que esta historia de la vidente suicida puede ser un golazo y tenemos que seguirla como perros.

–Como perros, jefe, como perros.

Le digo, y no le ladro porque no es la hora.

Que la historia nos puede dar más juego, le dije, sin vergüenza. ¿Quién puede ser tan idiota como para creer que una señora con una bola de cristal o cartas o huesitos o papagayos rengos te puede contar lo que te va a pasar? Y, peor: ¿quién puede ser tan idiota como para querer que se lo cuenten? De pronto el tema de la Madama me molesta, me irrita: ¿por qué resulta que la

historia de una farsante así debería interesarme, por más que su muerte suene misteriosa? Y, sobre todo, ¿por qué le interesa a tanta gente? Se mató, señores, se cortó las venas como un pollo: ¿su fracaso no debería alcanzar para demostrar que era una farabute? ¿O me voy a tomar en serio esa pregunta que en mi nota era el anzuelo para la gilada, que qué habría visto la pobre en el futuro para querer esquivarlo a toda costa?

Son tonterías, chupetines para chicos grandes, sustitos de ocasión para señoras aburridas. Lo sé, pero igual el tema me molesta. Me jode que desnude la credulidad idiota de tantos idiotas pero creo que más me jode que desnude mi propia condición: a mí esa mujer sólo me interesa porque se mató. Si no se hubiera cortado las venas jamás habría sabido de su existencia, nunca habría aprendido su nombre ni hecho el menor esfuerzo para entender quién era. Su muerte me la vuelve atractiva porque yo, al fin y al cabo, vivo de la muerte. Soy como un sepulturero de lujo: uno que te entierra delante de miles y miles de personas, que las invita a tu velorio demasiado público en una hoja mal impresa, si es posible la tapa y si es con foto mejor todavía. Al fin y al cabo soy peor que ella: ni siquiera te miento que te adivino nada; te alimento tus ganas de sangre, tu colmillo baboso, tu miedo del futuro.

–No, señor, disculpe pero eso sí que no voy a poder.

–Por favor, señora, qué le cuesta.

La portera se llama Encarnación –«pero me puede decir Encarna, como todos»–, debe tener unos 60 años, muchos en la Argentina, y el acento gallego casi nuevo. Tiene, además, un delantal que alguna vez fue azul y se ha vuelto quién sabe, un pañuelo sin color en la cabeza, metro cincuenta de alto y de ancho y las palabras sólidas, directas.

–No es que me cueste o no me cueste, joven. Es que la policía me dijo que no se podía, así que no se puede.

Yo saco un billete de diez del bolsillo del saco: el periodismo se está volviendo cada vez más caro.

–¿Está segura, doña Encarna?

Doña Encarna me mira a la cara, me mira al billete, me mira a la cara, mira al suelo:

–Bueno, pero sólo un momento.

–Lo que usté diga, doña Encarna.

–Venga, joven, no hay tiempo.

El ascensor es una jaula de hierros negros y un espejo chiquito con un cartel: «Sólo de subida». Aprovechamos. En el palier del quinto hay cuatro puertas, madera barnizada; doña Encarna empuña una llave, abre una de ellas. Tras un pasillo corto, el saloncito. Doña Encarna prende la luz: una araña de tres bombitas cuelga del techo e ilumina poco. La ventana es chica pero está cerrada y en el medio del cuarto está la mesa donde la adivina atendía a los clientes, redonda, su mantel casi negro, su florero de vidrio vacío, sus cuatro sillas de madera. Y contra la pared un silloncito de dos plazas y uno de una, tapizado floreado: ahí, en ese sillón individual, estaba muerta ayer Genoveva Nogueira, Madama Ducarré. Lo miro buscándole la sombra, el halo, lo que sea: lo único que veo es una banalidad espantosa, un sillón igual a tantos miles de sillones sólo que, en los brazos, unas servilletitas blancas con puntillas tapan las manchas de la sangre. Alguien ya se ocupó de poner orden. Doña Encarna se santigua tres veces y me dice en voz baja que acá estaba:

–Allí estaba, joven, ahí nomás sentada. Pero no saben cuánto tiempo estuvo. Mire que yo les pregunté, a los policías, porque quería saber cuánto me había pasado con la muerta aquí, pero no supieron contestarme. O quizá no quisieron. Estaba tan blanquita, pobre ángel.

Dice, y miro de nuevo: ahora sí veo, en el parqué, unas manchas oscuras que deben ser su sangre.

Frente al juego de sillones una mesita baja con dos faunos de porcelana pobre y un cenicero de cristal pesado. Contra la otra pared un fichero de metal grisáceo y una biblioteca que me sorprende, rebosante. Y por todos lados, colgados de sus clavos, dibujos y pergaminos y figuras misteriosas.

–¿Cuánto tiempo se habrá pasado aquí, solita?

Dice, en voz muy baja, y la imagino. Por suerte no tuve que verla aunque eso, por supuesto, no me impidió contarla: la mujer en el sillón vestida con su negro vestido de noche, las muñecas abiertas, la sangre que caía. La policía supuso que se había puesto así para matarse, pero puede ser que lo hiciera para recibir a alguien y que se matara como resultado de ese encuentro. O que llegara de alguna cita, alguna fiesta, o quién sabe qué más: la arqueología de estas ruinas es un asunto complicado. A veces, en situaciones como esta, recuerdo cuando tenía 18 o 19 años y empezaba a noviar con Estela y una tarde la deslumbré contándole una historia que había leído en *Crítica*: que un lord inglés había encontrado la tumba de un faraón llena de momias y cosas y piedras y dorados, un tal Tutankamón. A veces me gustaría creer que nosotros también somos arqueólogos: sólo que en lugar de ricos faraones encontramos pobres farabutes.

–¿Y su cuarto, me lo puede mostrar?

Doña Encarna tose y me dice que sí claro, avanza, espera que la siga. La puerta da a un pasillo corto con dos puertas más: una que al baño, la otra que al cuarto. Que es pequeño: una cama apenas más ancha que una plaza contra la pared, una mesita de luz, una lámpara con pantalla de pergamino ajado. Sobre la cabecera, el crucifijo: medio metro de cruz con su cristo y sus espinas y su cara de espanto.

–¿Era muy católica?

–Iba a misa, sí, casi cada domingo. Y siempre andaba con esa cadenita de una virgen.

Yo no sé qué decirle: no sé por qué, imaginé que una vidente no debía ser muy religiosa. Es una tontería: la iglesia de Cristo tiene una gran tradición de profecías. Sólo que, en general, suelen guardar el monopolio.

–¿Y la visitaba alguien, señora?

–¿A mí?

–A ella, quiero decir, disculpe.

–Sí, la visitaban docenas de personas. Cada día ocho, diez, doce.

–Ay, señora, lo que le quiero preguntar es si tenía a alguien que la visitaba más a menudo, un novio, algo.

–Ah. ¿Y si me quería preguntar eso, por qué no me preguntó eso?

–Bueno, ahora se lo estoy preguntando.

–Sí, parece.

Dice, y no dice más nada. Yo le insisto, doña Encarna suspira.

–Muchos la visitaban. Yo sé que ella no trabajaba de eso, pero si no supiera quizá me lo creía.

–¿Está segura?

–No, segura yo no estoy de nada.

–Disculpe que vuelva: ¿tenía un novio, un visitante fijo?

–Joven, ¿usté no cree que eso ya me lo preguntó?

Sí, pero no me lo contestaste, vieja del orto, pienso, y callo. Alguien me dijo alguna vez que lo propio de los gallegos es la respuesta sin respuesta, que nunca se sabe si van o si vienen. Doña Encarna tose como quien dice vamos. Doy media vuelta más por el departamento: en el cuarto, a diferencia del salón, lo único que hay en las paredes es el bruto crucifijo.

–¿Y anteayer usté no vio llegar a nadie?

–Sí, ya le dije, mucha gente. Toda la tarde vino gente, sus clientes. Y después yo me fui a mi departamentito a prepararme la comida, así que ya no vi más nada.

–¿Está segura?

–¿Segura, cómo es estar segura? Sí, si quiere, estoy segura.

Me dice, con una verba inesperada. Y que ya está, que se tiene que ir y que no me puede decir más nada, que ya bastante me dijo –se sobreentiende: por diez mangos miserables. Pero se ve que le da un ataque de misericordia:

–Yo no puedo decirle más cosas. Me parece que usté lo que quiere es ir a hablar con Ángela.

–¿Ah, sí? ¿Eso es lo que quiero? ¿Y quién es Ángela?

–¿No me diga que no la conoce?

Yo me callo. De pronto se me ocurre que quizá la pobre Madama se mató porque trató de preguntarle algo a su portera; después pienso que no debería hacer ese tipo de chistes ni en silencio. Ya estamos saliendo cuando veo en un estante de la biblioteca una foto en un portarretratos: medio tapada por una bola de cristal, no la había visto. En la foto, Madama posa,

muy seria, al lado de un señor en un lugar que podría ser Retiro. El hombre es alto –le lleva más de una cabeza–, unos años mayor, vestido con un traje con chaleco, el pelo oscuro tirante para atrás, mucha gomina; la cara fina, el mentón prominente. Ella y él no se miran ni se tocan: miran hacia adelante como si no tuvieran nada que ver –pero están retratándose juntos.

–¿Este era el novio?

–No, qué va.

–¿Y quién es, entonces?

–Y yo qué sé, joven, cómo quiere que sepa. Yo soy la portera, no su madre.

La de Madama, quiere decir, pero tardo un momento en darme cuenta. Le insisto: que necesito saber, que sin eso todo el resto no sirve para nada, que por favor me diga, pero doña Encarna se encasquilla y calla. El bulín de Madama se parece un poco al mío. Y eso me hace pensar que quizás ella y yo también nos parecíamos: tenía mi edad, venía de ningún sitio, se buscaba la vida. Ella era vidente y yo soy periodista: dos profesiones de fortuna, contar historias, nada tan distinto. Peor: los dos hablamos con los muertos.

–Sí, tiene razón, vámonos de una vez.

Bajamos la escalera calladitos; ya estamos en la puerta de calle cuando me habla de nuevo:

–Ángela, le digo, tiene que ver a Ángela. A esta hora debe estar allí en Gath & Chaves. Ya se lo he dicho, marroquinería.

Dice, y me cierra la puerta en la cara.

5

Cuando al fin la encontré ya estaba un poco harto: si hay algo que no soporto son esos negocios enormes disfrazados de palacios para hacer que el cliente se crea un rey, pisos y más pisos de cosas y más cosas brillantes, fila tras fila de sonrisas falsas y falsa sumisión: hacerte creer que sos otro para que creas que podés comprar como esos otros. Así que llegué a la sección Marroquinería –segundo piso al fondo– con la lengua afuera y le pregunté por Ángela a una señora muy adusta, su vestido de institutriz germana, que me la señaló con un gesto económico: Ángela estaba detrás de un mostrador reluciente, ante cuatro o cinco carteras de cuero reluciente que debían costar, cada una, varios sueldos más relucientes todavía; yo, visiblemente, no era cliente para eso.

–Disculpe, ¿usted es Ángela?

–Yo sí, ¿y usted?

–Yo no.

Le digo, y ella se sonríe. No debería sonreír muy a menudo: su sonrisa brilla demasiado. Ángela también tiene el pelo muy tirante, muy negro, y la cara maquillada y un vestido severo pero todo en ella es lo contrario de severo: juguetón, reventón, clavel del aire.

–¿Y necesita una cartera?

Me dice, y se le forman dos hoyuelos en las mejillas apenas sonrosadas. Aunque no puede disimular los ojos rojos, las ojeras mal tapadas por el maquillaje.

–Necesito, sí, si viene con la vendedora.

Ángela me mira mal, cierra la cara. Se ve que está harta de los hombres obvios, o sea: de los hombres.

–Disculpe, no quise molestar. Mi nombre es Rivarola, Andrés Rivarola, soy periodista del diario Crítica. ¿Podemos hablar dos minutitos?

–Sí, bueno, dígame…

Dice, mirando a la señora adusta.

–…pero que sean dos minutos.

–¿Y no es mejor que la espere a la salida?

Le digo y ella me entiende mal –o demasiado bien– y se toca la alianza en la mano derecha y me dice que no, que tiene un compromiso: que si quiero le pregunte ahora.

–¿Qué quiere saber, algo de Genoveva?

Me dice y le digo que sí, y no pierdo el tiempo preguntándole que cómo lo supo.

–Disculpe que sea así de bruto, pero si está apurada… ¿Por qué se puede haber matado?

–Uy, señor, si yo supiera…

Me habla en susurros, rápido, bajito: que no conoce mucha gente pero nunca conoció a nadie que estuviera más lejos de matarse que la pobre Geno, que no lo entiende, que no puede parar de hacerse la pregunta.

–Geno era vida, pura vida. Imaginate que había conseguido irse de acá, dedicarse a lo que le gustaba, y que estaba ganando plata con eso, tenía su departamento, sus cositas, le iba bien...

La institutriz germana nos mira con anteojos y una tos que no necesitaba.

–A mí lo que me impresionaba de ella eran sus ojos.

Me dice: que unos ojos tan vivos, tan inteligentes. Yo le digo que nunca los vi, que en la foto que tengo no se notan, y me pregunto, fugaz, qué queda de los muertos cuando mueren: el recuerdo si acaso de una amiga que registró esos ojos, el olvido de todos los demás.

–Quizá se podría querer matar una como yo…

Dice, de pronto sombría, y yo querría preguntarle por qué, cómo, pero no es el momento ni el lugar. Ella, además, no me da espacio, sigue hablando:

–…pero ella no. Yo ya llevaba unos meses sin verla pero igual no lo entiendo, de verdad no lo entiendo.

Dice, y cuando también querría preguntarle por qué, si habían tenido algún problema, me pide que la disculpe porque ahora no puede hablar más, que quizás otro día, dice, mirando a la señora institutriz, y que disculpe pero me vaya, por favor, que va a tener problemas. Ya me estoy yendo cuando me pone la mano en el brazo, me retiene un momento:

–Yo creo que tendrías que hablar con la mamá. ¿Sabés la dirección? Es en San Justo, la calle Desaguadero quinientos y algo. Andá, no es que se llevaran tan bien, pero…

Le agradezco, farfullo que ojalá pueda volver a verla, de verdad lo pienso. Unos metros más allá me doy vuelta para mirarla por última vez: Ángela lo nota, se toca el anillo de matrimonio, me parece que me guiña un ojo. Debo haber visto mal, me debo haber equivocado.

A veces las preguntas que nadie te contesta te sirven para eso: para descubrir cuáles son las preguntas apropiadas. Este asunto, al fin y al cabo, no es tan complicado: necesito averiguar por qué se mató. No siempre es fácil, pero tampoco es imposible: ¿por qué se matan las personas? Madama era una mujer joven, independiente, con un buen trabajo y una clientela. No parecía tener deudas ni cuentas pendientes, no parecía tener problemas graves. Quizás una desilusión amorosa: de eso, por ahora, no sé nada. O alguna historia extraña, imprevisible. Dostoievsky decía que no hay historias más claras que las que empiezan –las que terminan– con un buen suicidio, porque el suicidio es la opinión más contundente, el corte más brutal. No hay asesino que iguale en su barbarie, decía, en su crueldad, a aquel que se asesina.

Debería poder averiguarlo. Debería, incluso, querer averiguarlo –aunque veo que, poco a poco, voy cayendo en la trampa. Pero ya es tarde para ir a San Justo: quizá mañana, si todavía tiene algún sentido. Ahora tengo que

encerrarme, escribir algo de todo esto, mantenerla viva. Yo decía que éramos enterradores de lujo pero no: somos como embalsamadores. Lo que tenemos que hacer es mantener nuestros cadáveres presentables, conservarlos todo lo posible: los lectores agradecen esas historias que se sostienen unos días, que se les van metiendo en la cabeza –así que en cuanto salta alguna hay que tratar de aprovecharla. Sólo que para eso, claro, hace falta esforzarse: «Había conseguido varios de sus sueños: vivir sola, mantenerse con el oficio que eligió, no depender de nadie. Su casa era modesta pero cálida y el crucifijo encima de su cama la protegía de los malos pensamientos. Y sin embargo, aun cuando dedicó su vida a prever el futuro, algo terminó por arruinárselo: todavía es demasiado pronto para saber por qué Genoveva Nogueira, que eligió llamarse Madama Ducarré, decidió dejar atrás este mundo de penas. Es pronto pero no nos damos por vencidos: lo sabremos», empezaba la nota de mañana –y, por ahora, es puro cuento.

6

–Es una porquería.

–¿Perdón?

–No te hagas el gil, Andrés. Sabés muy bien de qué te hablo: esa historia que sacaste esta mañana es una porquería.

No sé quién fue el tarado que puso de moda aquello de que las mujeres quedan bien cuando se enojan: a mí no hay nada que me guste menos que ver a Raquel cuando se pone así. Está realmente hecha una furia, y me duele la cabeza. Anoche, se ve, también perdí la cuenta. Pero esta mañana, cuando me llamó poco antes de las nueve, no tuve el coraje de decirle que no y acá estamos, desayuno en el bar del Gallego Ramírez, café con leche y medialunas de grasa.

–Para empezar, el momento, la oportunidad: hay una guerra en España, se juega el futuro del mundo, y vos querés entretener a la gilada con la historia de esa pobre mujer.

Es cierto que la nota salió con sus adornos: un poco de folletín sobre la pobre inmigrante y sus batallas, tintes de melodrama con el sufrimiento de la que ve lo que más nadie, la intriga del suicidio.

–Bueno, una historia como tantas que he contado.

–No, che, no: el momento no está para tanta pavada.

–¿Y entonces qué habría que hacer, suspender todo, dejar de hablar de cualquier otra cosa mientras esos generales sigan tiroteando?

Raquel tiene muchos defectos pero –por lo menos– una virtud: sabe entender y reconocer cuando se equivoca. En eso se parece a Galuzzi, pienso, y me amargo un segundo.

–No, disculpame, tenés razón. Tampoco podemos pretender parar el mundo mientras tanto.

Me dice, y yo decido ser magnánimo:

–Bueno, no te creas que a mí no me molesta. De alguna manera me molesta, sí, en medio de tanto kilombo, y no sólo en España, seguir escribiendo estas pavadas. Pero qué puedo hacer, es mi laburo… y, si me guardas el secreto, además me gusta, me interesa. Aunque a veces no lo soporto, por supuesto.

Raquel me sonríe y todo cambia: sigue siendo tan bella. O, por lo menos, a mí todavía me gusta tanto. Y eso que lleva años haciendo todo lo posible para desanimarme.

–Claro, Andrés, disculpame.

Me dice, y me aprieta la mano que yo había dejado sobre la mesa. Es cierto que se nos ha vuelto una costumbre: no que me apriete la mano sino desayunar de vez en cuando en lo del Gallego, en la esquina de la pensión donde viví varios años, donde vivía cuando nos conocimos. O debería decir: la pensión donde vivía cuando pensaba que Raquel Gleizer podía llegar a ser mi novia, mi mujer, mía, la mía. Ahora ya sé que no: que podemos ser amigos y a lo sumo, cada tanto, pasar una noche juntos. No me siento mucho más estúpido por eso; no más que lo que puedo soportar, en todo caso. Tuve que acostumbrarme y casi festejarlo: qué bueno, Rusita, esta relación adulta y moderna, me siento un privilegiado de poder tener algo así con vos –pero, en realidad, me gusta tanto como agarrarme los huevos con la puerta. Todo bien, pero si los muchachos de la esquina supieran que me banco a una mina que decide cuándo me va a dar bola y que cuando quiere va y se coge a cualquier otro, me considerarían un mariconazo sin remedio. Por suerte o por desgracia hace mucho que no veo a los muchachos de la esquina; supongo que ya no soportaría algunas de sus cosas, pero también es cierto que muchas veces los extraño, me gustaría seguir siendo uno de ellos. Pero no soy y lo soporto y la soporto –llevo más de un año soportándola– porque me gusta menos todavía la idea de dejar de verla, de dejar de esperar que esta noche sea por fin la noche. Más de una vez me digo que es la última, que no puedo seguir tolerando sus caprichos. Y después me digo que de verdad no son caprichos, que tiene razón, que hay formas y formas de quererse, y la llamo o contesto su llamada. Pero esta

mañana de desayuno puro, sin noche de por medio, Raquel sigue molesta. Pero algo en su discurso me resulta sospechoso.

–Tenés razón, lo de la guerra era una tontería. Pero igual: la forma en que están tratando a esa mujer es un escándalo. ¿Qué es lo que les jode tanto? ¿Que trabajara con potencias ocultas, con cosas que no pueden entender? ¿Les da miedito y se hacen los vivos, como los chicos en la escuela…?

Yo trato de interrumpirla pero no me deja, sigue su cabalgata. Raquel está vestida de Raquel: un traje azul de saco y pantalón, camisa blanca, corbata roja con el nudo flojo, el pelo casi rojo atado. Y es cierto que estos desayunos son una costumbre pero a veces suceden tras una noche juntos o, si no, los arreglamos con un día o dos; lo raro es la llamada matutina, la urgencia indeclinable:

–¿O más bien que sea una mujer que se buscó la vida, que se armó un camino propio y le fue bien, que tenía mucha gente que la respetaba y que confiaba en ella?

–¿Que confiaba en ella?

–Sí, Andrés, no te hagás el gil: que confiaba en ella… Yo, para empezar a hablar.

–¡¿Qué?!

Así que esa era la emboscada. Me dejó en la lona, como siempre: entre todas las razones posibles para su reclamo la única que no había pensado era la Rusita Raquel Gleizer, la mujer más moderna que conozco, la más crítica, la más racionalista, fuera clienta de esa mercachifle.

–Lo que oíste, Andrés, por más que grites. Yo la conocía, la fui a ver alguna vez, la pobre.

Dice, y le pido al Gallego otros dos cafés con leche porque ginebras a las diez de la mañana sería un poco mucho. La lluvia arrecia sobre la esquina de Tucumán y Paraná –y yo sigo turulato. Raquel, en cambio, está dispuesta a todo:

–Vos sabías que ella hablaba con los muertos, ¿no? No, no te rías. Parece joda, sí, ya sé, parece joda pero…

–No me digas que vos la fuiste a ver para hablar con un…

Me trabo: por respeto, creo, por cagón, no termino de preguntarle si de verdad fue a verla para hablar con un muerto, pero ella la termina por mí:

–¿Con un muerto? Sí, la verdad que sí. Vos lo hacés sonar tan horrible que por un momento me dejaste dudando, pero sí, claro que sí. Y fue muy curioso, muy muy interesante.

Dice, ahora, refugiándose en palabras más distantes, menos entregadas. Lo que Raquel me dice me interesa –y, aun si no me interesara, igual querría que me hablara y me hablara y que, después, me dijera quizás un par de cosas.

–La fui a ver hace unos meses, quién sabe un año.

Dice, y se queda pensativa, como tratando de precisar la fecha.

–¿Y de dónde la sacaste?

–No importa, Andrés, no importa.

Me dice, y es obvio que debe ser un tipo, así que no pregunto.

–Me había dado un ataque de curiosidad, algo muy raro. ¿Sabés qué? Cuando escuché que hablaba con los muertos, eso fue lo que me mató.

–¿Alguno en especial?

Le pregunto, casi frotándome las manos: la entrada puede ser ridícula pero la historia debe ser jugosa.

–Bueno, le pedí hablar con Carriego.

–¿Con quién?

–No me digas que no sabés quién es Carriego.

Yo no sé bien pero no pienso decírselo: le digo que sí, claro, pero que me sorprendió que esa fuera elección –lo cual también es cierto.

–¿No preferías algo más personal, que te importara más?

–No, justamente. Por eso le pedí a Carriego.

Dice Raquel, que no quería pedirle nada que fuera muy emocional, que le impidiera estar atenta, que lo que quería era la experiencia en sí, para empezar. Y que se le ocurrió lo de Carriego porque hace mucho que escucha hablar de él, que su tío Manuel siempre lo nombra, que lo admira muchísimo.

–Mirá si lo admirará que hace unos años le publicó a Georgie un libro sobre él. Y también era una forma de probar a la Madama: no es un tipo

conocido, así que no iba a poder versearme. ¿Sabés qué hice, pobre? Le dije que quería hablar con Carriego, así, a secas, sin más explicaciones, y a mí me pareció que ella no lo conocía pero empezó a llamarlo, Carriego, Carriego.

Dice, y que le preguntó qué quería decirle y que ella no sabía, que tampoco lo había pensado mucho y se le ocurrió preguntarle si escuchaba tangos y la Madama se lo preguntó en voz alta y se quedó como en un trance, dice.

–¿Y sabés qué me contestó? Me dijo que Carriego le dijo que sí pero que era muy raro porque ahora los tangos tenían letras, tenían poetas que en lugar de escribir poemas escribían canciones, que eso él nunca se lo hubiera imaginado.

¿Por qué no soy capaz de creer como ella cree? En algo: en el amor libre, en la literatura, en el socialismo, en las conversaciones con los muertos, en algo, por favor.

–¿Cómo que nunca se lo hubiera imaginado?

–No, ¿ves? Vos no lo sabés, y ella no tenía por qué saber que Carriego se murió en el año 12, tuberculoso perdido, pobrecito, no había cumplido 30. Y en ese tiempo los tangos no tenían letra, eso sí lo sabés.

–¿Pero vos no le habías dicho nada?

–No, yo lo único que le había dicho era que el tipo llevaba como veinte años muerto…

–Claro, y por eso ella sabía que el tipo era de antes del tango-canción.

–No seas pequeño, Andrés. No trates de reducirlo todo a los límites chiquitos de lo que te creés que entendés. Yo no le había dicho que el tipo escribía ni nada de eso.

–Ella podía saberlo.

–Sí, claro que podía. Si te vas a poner así seguro que le vas a encontrar un pelo a cualquier sopa. Pero a Carriego no lo conoce nadie, a mí me impresionó… ¿Y sabés qué hice?

Me pregunta, casi tímida, la sonrisa en su versión pícara avergonzada. A mí –ella lo sabe– esa versión me mata: es un abuso. Yo le digo que no y ella me dice que le preguntó por mí:

–Hasta le pregunté por vos, si alguna vez había escuchado un tango tuyo.

–¿Vos estás loca, Rusa?

Le digo, pero me derrito.

–Quién sabe, pero no más que vos. La Madama me dijo que le dijo que no te había escuchado. Se ve que los muertos no tienen tiempo para novedades.

Dice, y nos reímos y nos volvemos a agarrar las manos por encima de la mesa. Yo, otra vez, no sé qué decirle: es mi sino con ella. Con cuidado, con cariño, le pregunto cómo explica todo eso:

–No lo explico, Pibe, ese es el chiste. ¿Vos no entendés que a veces hay cosas que no podés explicar?

–Sí, lo entiendo, pero entonces no me las tomo en serio.

–Vamos. ¿Qué es el amor sino algo que no podés explicar, que te hace querer cosas que no tienen ningún sentido y no sabés por qué?

–Me cagaste, Rusita, como siempre.

Le digo, y la miro con esa admiración y ese amor que detesto, que me gustaría disimular mejor.

–Yo la fui a ver para eso, para salir un poco de mi quintita, sabés, mirar el mundo sin las anteojeras. A veces tenemos que pensar un poco menos en nuestras convicciones y un poco más en los demás, en cómo viven, en lo que necesitan…

Dice, y yo estoy a punto de decirle que precisamente pero me contengo: con ella todo el tiempo me contengo. Raquel me mira y sabe: por supuesto que sabe. Sabe que yo querría que ella fuera distinta, que la tolero pero no lo soporto, que querría y querría. Sabe que lo que me da no es lo que quiero; a veces me pregunto, entonces, por qué me sigue viendo. ¿Para demostrarme su poder? ¿Porque pese a todo me quiere o le gusto mucho o le hago falta o algo? Si pudiera resolver esa duda casi todo quedaría resuelto.

–¿Y qué más, Andrés? ¿Tus cosas, cómo andan?

–Nada nuevo, Rusita. Sigo enamorado de una mina llena de convicciones que no me da bola, sigo tratando de escribir un tango bueno,

sigo sin ver a mi hija… Sigo, sigo, sigo.

–Con sigo, mismo.

Dice, y el chiste, parece, le parece bueno. A mí no, pero me río por si acaso. Con ella, últimamente, por si acaso es la palabra clave.

7

Camino y camino y camino: hace frío, hace barro, me pregunto qué estoy haciendo acá, no me contesto por si acaso. Conmigo, últimamente, por si acaso es la palabra casi clave. Es mediodía pero el sol no calienta; intento preguntar pero no encuentro quien conteste: calles vacías del suburbio, el campo a los costados. Al final un viejo sentado en la entrada de una especie de almacén me dice sí, Desaguadero, sí, siga nomás, serán ocho o diez cuadras. Serán, me dice: otra vez el futuro rompiéndome los huevos.

San Justo, la capital del partido de La Matanza, no está tan lejos pero es el otro mundo. La frontera no se ve: las casas se van desperdigando, las calles embarrando, y de pronto estás en una roncha de la pampa: la avenida de adoquines desparejos de la que salen esas calles de tierra con árboles chiquitos, como si no se decidieran a crecer, y esas casas chiquitas, como si no pudieran. La que busco es una de esas: un jardincito sin plantas por delante, el frente angosto con una puerta angosta y dos ventanas angostitas, el techo chato, las paredes que alguna vez fueron blancuzcas; lo primero que oigo son ladridos de un perro y enseguida una mujer que se asoma a la puerta, envuelta en un mantón de lana:

–Disculpe, señor, es que la Loni se nos pone nerviosa. Pero no se preocupe, no hace nada.

La Loni es una bestia muy negra con la lengua muy roja, muchos kilos de músculo, los pelos erizados, y lo último que uno piensa cuando la ve es que no hace nada. Pero la mujer pega un grito y la perra se calla. La mujer debe tener unos 60 años muy peleados: es baja y abultada, la cara hecha de grietas, el pelo blanco en un pañuelo oscuro, las manos de sabañones rojos, pero los ojos chiquititos vivos, pardos, casi alegres: hay algo raro en esos

ojos. La mujer me pregunta qué busco. Su acento se parece al de doña Encarnación: estoy en racha de gallegas.

–¿Qué lo trae por acá, buen hombre?

–¿Doña Regalada Nogueira?

–Viuda de Nogueira, sí, Regalada Galán viuda de Nogueira, para servirlo.

–Le pido mil disculpas, señora. Mi nombre es Rivarola, Andrés Rivarola, soy periodista del diario *Crítica*…

Las presentaciones siempre son odiosas –y la cara que pone la viuda lo subraya. Ya parece que cierra la puerta cuando uso el último recurso:

–Pero no es lo que cree, vengo a contarle algo…

La curiosidad, dicen, es mala consejera. La viuda Regalada me dice que bueno, que si quiero pasar. Yo, tiritando, le digo que sí, si no es molestia. Adentro, la cocina de hierro está encendida y calentita; alrededor, las cacerolas y sartenes en su estante, la alacena, la mesa con su mantel de hule se parecen mucho a la cocina de mi madre.

–Disculpe el desorden, señor. Lo que pasa es que con los problemas que hemos tenido…

Me dice, y que si le acepto una leche caliente. Yo le acepto, faltaba más, si no es molestia, y ella me dice que no sabe si sé que su hija mayor acaba de morirse, pobre ángel, y que todavía no lo entiende y no puede dormir y que por eso vino su hijo Inda a acompañarla y que lo único que le agradece al cielo es que su marido se murió hace dos años, que no vivió para ver esto.

–Y dicen que sucidio. Mi nena no se pudo sucidar, señor, ¿por qué se iba a sucidar mi nena? Eso no se lo cree ni una meiga, señor, pobre mi nena…

Dice, y me alcanza la leche en una taza grande y muy caliente y yo trato de preguntarle por qué me dice eso pero ella sigue: que la pobre nena, dice, siempre igual, que lo único que quería era que se casara, que viviera tranquila, que le diera unos nietos pero que ella no, ella siempre quiere hacer las cosas a su manera, no le va a hacer caso a nadie, no, la señorita

tiene que hacer las cosas como a ella se le canta, dice, cada vez más violenta:

–Siempre, la señorita siempre tuvo que hacer las cosas como más se le cantan, caralho…

Dice, casi gritando, una explosión de gallego y rabia antigua. Yo me callo; no sé bien qué decirle, trato de pensar qué le diré cuando me pregunte qué era lo que quería contarle. Por ahora le sigo la corriente:

–¿Sí? ¿Qué era, demasiado independiente?

–Bueno, usté si quiere llámelo independienta. Yo la llamo egoísta, insolente, que sólo quería hacer las cosas que quería, las cosas para ella…

Dice, y se calla y busca con la mano la cabeza de la perra. La perra entiende, echa un gemido; la señora, un suspiro interminable y después dice que qué bruta.

–Mire si seré bruta, señor, yo, las cosas que estoy diciendo de la pobrecita, toda recién difunta. Mire si seré bruta…

–No, señora, nada de eso.

Le digo, zalamero, y que qué tristeza tan enorme ver morir a una hija y más en esas circunstancias, le digo, y de pronto la palabra circunstancias me suena como un eructo en una misa. Pero ella no se molesta o no por eso; se restriega las manos, se las pasa por los ojos como para secarlos, me dice que sí, que es la peor de las tristezas y que por eso quizás a veces diga cosas que no corresponden, que la disculpe que la vida a veces.

–¿La vida a veces qué, señora?

–Nada, la vida a veces.

Dice, y mira mucho el techo: el techo está cosido de pequeñas grietas. Sus manos también, los sabañones, la piel dura y sus tajos.

–Pero matarse no se pudo haber matado, señor, mi hija no se mata. Yo creo que alguien la mató para robarle la cadena.

Dice, y se queda en silencio, como pensando en ella.

–¿La cadena?

–Sí, ¿vio?, nadie vio esa cadena. Y ella la tenía siempre puesta, nunca se la sacaba. Es la cadena de mi madre, me la dio cuando me fui de Portosín, y

yo se la di a la nena cuando se fue de casa y ella la usaba siempre, señor, siempre. Y ahora me dicen que no se la encontraron…

Yo, vaya a saber por qué, intento convencerla de que pudieron pasar tantas cosas, que justo ese día, que con la angustia que pasaba se la olvidara, que quién sabe, pero la señora Regalada no me escucha: sigue mirando más allá, algo en el techo, en la ventana.

–Lo que no entiendo, de verdad no lo entiendo, es por qué el señor nos hace esto.

Yo, por unos segundos, tampoco lo entiendo: hasta que me doy cuenta de qué señor me habla.

–Es cierto que ella lo desafió, pobrecita, con eso de las profecías, pero yo no puedo creer que mi dios se haya vengado así, con esa muerte… ¿Y ahora qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a hacer para enterrarla? El señor cura ya me dijo que…

Recién caigo: ni había pensado que un suicidio también es una tragedia para los familiares por la condena de la iglesia, de los creyentes, de su religión. Y entiendo –me parece que entiendo– que si no fuera por esa condena muchos más lo harían: para algo tenían que servir los cuervos esos. Aunque tampoco: como si evitar que se maten los que se matan fuera un aporte al bien común.

–…ya me dijo que a ver qué hacemos, si decimos que fue un accidente. Menos mal que nos quiere ayudar, el señor cura.

Yo le digo que sí, que menos mal, y le pregunto si hacía mucho que Genoveva no vivía acá con ellos y ella me dice que no, que nunca:

–Ella acá con nosotros no vivió nunca. Nosotros aquí nos vinimos hará diez o quince años y ella ya no vivía con nosotros. Ella vivió con nosotros hasta los 20, quién sabe, veintialgo, cuando estábamos en el conventillo allá en el centro. Pero cuando nos vinimos para acá ya se quedó allá, ya tenía su trabajo, no podía venirse. O no quería venirse…

–¿Y se seguían viendo?

La señora suspira y mira una foto en un pequeño estante junto a la ventana: un marco de madera, la cara reluciente de una chica de veintitantos con el pelo corto a la garçon y la sonrisa a puro brillo.

–Claro, cómo no vamos a vernos. ¡Era mi hija, señor, era mi hija! Y yo siempre trataba de ayudarla, que no se dejara llevar, que no se confiara, que se casara con un hombre de bien y se olvidara de tantas tonterías, pero ella…

–¿Qué tonterías, doña Regalada, si puedo permitirme?

–Tonterías, señor, tamañas tonterías. Los hombres. La Marucha nunca tuvo suerte con los hombres. Y ahora tenía a ese Alonso. ¡Menuda pieza ese Alonso, menudo delincuente!

–¿Delincuente?

–Oiga, no delincuente delincuente. Pero un vivillo, un aprovechador. Yo no sé, para mí que le sacaba los cuartos a la pobre. Si ella ganaba mucha plata con eso de las adivinanzas y después no encontramos… ¿Sabe qué? A veces me pregunto si no será que el señor la castigó. A mí me duele hasta pensarlo, pero me he preguntado si no fue que él la castigó por su falta de respeto. El futuro no lo tienen que conocer los hombres, sólo él. Y ella iba y les contaba…

Yo quiero cortar la discusión teológica y volver al tal Alonso: lo intento, pero se abre la puerta.

–Ah, disculpen, no sabía que estabas ocupada, vieja.

El hombre debe tener mi edad y lleva una boina como de lechero, pantalones bombachos, alpargatas.

–Buenos días, mucho gusto. Soy Indalecio Nogueira, para servirlo, jefe.

–Andrés Rivarola, el gusto es mío.

Le contesto y nos damos las manos y nos quedamos en silencio. Doña Regalada agarra unas papas y empieza a pelarlas, callada, enfurruñada. Yo intento decirle algo pero no me contesta.

–Bueno, disculpe, ya me iba.

Les digo, y él me dice que sí, que me acompaña. Saludo a su madre como puedo pero ya no me mira. En la puerta de la casa hay un carro con su yegua por delante, su vaca por detrás, y unos tarros de leche de lata baqueteada. La perra ladra; la yegua se revuelve, inquieta.

–Tranquilo, no hace nada. El carro es mío, yo laburo de esto.

Me dice Indalecio, y que si quiero que me saque con el carro a la avenida. Yo le digo que no, que muchas gracias, él me mira con cara de jodete. Después dice que lo disculpe, que si me puede hacer una pregunta.

–Sí, faltaba más.

–Nada importante, pero más da curiosidad: ¿la vieja le habló de este hombre Alonso?

–Algo me dijo, sí, pero no mucho.

–Yo primero creía que exageraba, pero ahora creo que no. El tipo nunca fue trigo limpio, y quién sabe si tuvo algo que ver con lo que hizo Genoveva. Él la estuvo viviendo todos estos meses, quién le dice estos años.

–¿Y usted sabe quién es, dónde podemos encontrarlo?

–No, mucho no sé. Alonso, dice que se llama. Creo que decía un apellido tururú, algo como Martínez de la Cierva, Pérez de la Cierva. Cierva había, eso me acuerdo. Pero no tengo idea, no sé quién es, por dónde anda.

–¿Y usté cree que eso pudo tener que ver con su muerte? ¿Que se haya matado, con perdón, por eso?

–¿Geno, matarse? Geno no se mataba, jefe. Nunca vi a nadie tan decidida a buscarse la vida a su manera. Nunca vi a nadie tan egoísta, la verdad…

Me dice, como avergonzado.

–No, Geno nunca se habría matado, nunca.

Si hay algo que se repite en los suicidios es que nunca nadie cercano se los cree. Ya lo he escuchado tantas veces: no, cómo se va a matar fulano, no, seguro que no, no puede ser.

–¿Y entonces?

–Y entonces yo qué sé. ¿Cómo quiere que sepa? Yo lo que sé es lo que le digo, que mi hermana no es de los que se matan, ni lo sueñe. Le pasó algo, le hicieron algo.

–¿Se lo dijeron a la policía?

–Sí, claro que le dijimos al oficial que nos mandaron. Se cagó de risa, dijo que no inventemos historias, que si la pobre mujer se mató, se mató, que había que aceptarlo.

Debía tener razón –por una vez y sin acostumbrarse. Si hay algo que sé sobre las familias es que nadie sabe nada, los padres no conocen a sus hijos, los hijos a los padres, los hermanos menos, y que es muy difícil aceptar lo inaceptable: que uno de ellos haya pensado en matarse, por ejemplo, y los demás ni siquiera supieron sospecharlo.

–¿Y usté qué cree, entonces?

–No sé, jefe, yo no sé qué creer. Quizá fue un accidente, o alguien que la mató, no sé, yo no tengo ni idea. Pero la Geno, pobre, nunca, la Genoveva nunca…

Hay pocas cosas más violentas, más dañinas que tener que reconocer que uno no hizo lo que podría haber hecho: pensar que uno podría haber hecho algo y no lo hizo. Aunque en general nadie puede hacer nada, pero eso tampoco es fácil de aceptar; es más fácil suponer que no es verdad, que fulana nunca se puede haber matado.

–¿Pero usté sabe que su hermana hablaba con los muertos?

–¿Con los muertos? Por favor, jefe, no me haga reír.

Me dice, como tratando de no ofenderme pero a punto. Para un lechero del suburbio el hombre se da mucha corte.

–A lo sumo con ese muerto hijo de puta, habrá hablado, pobre.

Me dice y se va yendo, con la perra detrás. Yo camino bajo la garúa, sobre el barro, las casas tan desnudas con su humito, los árboles muy flacos, más ladridos. Galuzzi se va a enojar cuando le diga que la visita no tiene ni para un recuadro. Quizá mejor dibujar algo.

8

–Pará, Pibe, pará. Escuchame un momento antes de hablar, pará. Tu vieja, te llamó tu vieja. Parece que hay algún problema, te llamó, parece...

Don Guillermo González Galuzzi se precipita, se traba, casi tartamudea. Nunca antes le había visto esa cara de preocupación solidaria: al final va a resultar que se parece a un ser humano. Yo acababa de entrar a la redacción, contrito y embarrado, y me acerqué a su escritorio para contarle el poco éxito de mis indagaciones pero él me paró en seco.

–¿Mi vieja? ¿Le pasó algo a mi vieja?

–No, Andrés, tranquilo, te digo que la que llamó fue ella. Parece que alguien más tuvo un problema, están en el Argerich, me dejó dicho que vayás a los piques, sala de pediatría.

–¿De pediatría? ¿De pediatría te dijo?

–Sí, de pediatría.

Me repite Galuzzi y se queda mirándome la cara: tan serio que se saca el mondadientes de la boca, lo mira como si fuera un bicho extraño. Yo debo tardar un momento en entender porque, cuando lo consigo, veo la alarma en la suya, que debe ser reflejo de la mía.

–¿Qué pasa, Pibe, qué pasó?

–Pediatría… pediatría…

Yo no puedo hacer más que repetir esa palabra infame. Cuatro o cinco veces y se me enciende una luz de esperanza: quizá me confundí.

–¿Pediatría son los chicos?

Galuzzi asiente, serio, y me deshace: era, no hay más vueltas. Corro hasta mi silla, recojo mi impermeable, vuelvo a salir corriendo. Pediatría es Estelita: sólo puede ser Estelita. Todo pasa muy lento, todo se precipita.

El hospital Argerich está en la Boca, entre la cancha y el cuartel de bomberos, media hora caminando firme, veinte minutos en tranvía; paro un taxi, le grito que me lleve. Cuando llegamos al Bajo el tránsito se traba, me resulta eterno. No puede ser que Estelita esté mal, o muy mal, o quién sabe. No puede ser que yo no sepa cómo está Estelita, cómo es Estelita, qué quiere, qué dice. Pienso en doña Regalada, la muerte de una hija. No puede ser que me deje ganar por la conchuda de su madre. No puede ser que tenga una hija y no la vea, ya no sepa quién es. No puede ser.

–Puta, cómo está el tráfico.

–Sí, es por las obras.

Lo pienso y me desprecio: la sospecha de que al final todo esto de que la madre no me deja verla y el boga que contraté no me consigue nada son excusas, formas de mantener la situación para vivir más cómodo, no tener que ocuparme de ella. No puedo: de verdad no puedo seguir con esto. Tengo que encontrar, definitivamente, la manera de recuperar a mi hija. Por las buenas o por las malas, como sea. Ojalá que sea por las buenas, pero si no hay más solución tendrán que ser las malas. Lo que no puedo es seguir jugándola de gil, echándole la culpa a otros, entregándome a esta especie de derrota cómoda en la que llevo demasiados años. Pero ahora el taxi ya se mueve y la cuestión es otra, la palabra es otra: pediatría, la concha de mi madre.

–¿Lo dejo acá?

–Sí, acá, claro.

Le digo, le pago, salto por la vereda hasta la puerta. Un portero me dice que pediatría está al fondo a la izquierda, que son esas ventanas que se ven allá atrás. Yo no lo escucho, corro.

–¡Andrea, Andrea!

El chillido de mi madre me detiene. Está parada delante de la puerta de una sala con un cartel que dice Pediatría; alrededor dos o tres mujeres más esperan, las miradas bajas. Ella es la más chiquita, la cabeza hundida entre los hombros, las manos retorcidas.

–Está ahí adentro.

Me dice, como si yo supiera de qué me habla. Lo cierto es que lo sé:

–¿Por qué, qué le pasó?

–Dicen que debe ser difteria.

Bruta patada en la cabeza; tardo un momento en volver a abrir los ojos. La difteria es el diablo: desde chico oigo hablar de la difteria, ese monstruo que te crece en la garganta y no te deja respirar y, muchas veces, termina por matarte. No puede ser que Estelita lo tenga. No Estelita.

–¿Estelita, difteria?

Mi madre no dice más, sólo suspira. Cierra los ojos, vuelve a suspirar.

–¡Vieja! Decime algo, por favor.

–Sí, Andrea, la están atendiendo, ahora, ahí adentro. Cuando sepan algo Estela va a venir a decirme.

Que Estela va a venir a decirle: mi primera reacción es, como siempre, la fuga. Pero esta vez no puedo irme. Y, peor: lo único que puedo hacer es esperar.

No debe ser la primera vez que lo digo, pero esta vez es cierto: la hora más horrible de mi vida. Una hora sentado en un banco del pasillo del hospital Argerich al lado de mi vieja, sin hablarnos, mirando la puerta al fondo del pasillo, esperando que lleguen las noticias, deseando que no lleguen. De pronto se me ocurre que si la nena se muriera sin que yo vuelva a verla no sé si querría seguir viviendo; que el suicidio, después de todo, no es tan raro. Ni tan lejano ni tan raro: que puede ser la respuesta a ciertas situaciones. Y vuelvo a pensar en la vidente y cuál sería esa situación y me molesta estar pensando en eso, me siento un hijo de puta por pensar en eso Rivarola tu hija está ahí adentro sufriendo pobrecita quién sabe si está viva vos no podés estar pensando en esa gallega en tu trabajo en tus giladas de periodista falso, Rivarola, basta Rivarola, por una vez sé un hombre, carajo, no te escapes, enfrentá por una vez lo que te toca, Rivarola.

–¿La señora Rivarola?

Dice una enfermera alta y severa, la toca blanca y el delantal celeste. Mi vieja se para de un salto, como si pudiera, y camina hacia ella, yo la sigo: son ocho pasos, los más largos que nunca.

–Quería decirle que su nietita va a estar bien. Está molesta por la traqueotomía, le dimos anestesia, pero va a estar bien.

–¿La traqueoqué?

Le digo, antes de poder remediarlo.

–Traqueotomía, señor, a los enfermos de difteria hay que abrirles una vía en el cuello para que respiren.

–¿Cómo una vía, qué me está diciendo?

–Disculpe, señor, ¿y usted quién es?

–Andrés Rivarola, señorita, el padre de Estelita.

–Ah, el padre…

Dice, se da media vuelta, se acuerda de algo:

–Dice la madre que en un rato sale, que la espere.

Pero no termina de decirlo porque aparece, por detrás, Estela. Tiene el pelo revuelto, las ojeras marcadas. Años sin verla y ahora la veo así, llego a pensar: casi una suerte. No seas idiota, Rivarola, concentrate en lo que importa, no seas cagón, enfrentá lo que te corresponde.

–¿Cómo está, Estela, cómo está?

–Hola, Andrés. Menos mal que viniste. ¿Sabés qué? Esta mañana, cuando estaba muy mal, me preguntó por vos.

Dice, y yo la abrazo sin pensarlo. Ella se deja, casi lo contesta. Está flaca, huesuda. El abrazo se rompe:

–La quiero ver. ¿Puedo ir a verla ahora?

–Ahora está dormida.

Estela tiene cara de adolescente envejecida: esos rasgos que la edad fue cavando y que le dan, ahora, un aire de derrota. Puede ser que sean las circunstancias. La miro, no la miro, por un segundo me alegra verla así, después pienso qué imbécil, después que menos mal. El pelo negro atado atrás, tirante, la nariz respingada, labios finos, los ojos demasiado grandes: la mirada de una sorpresa trasnochada.

–¿Y cuándo la voy a poder ver?

–No sé, depende de los médicos.

–La quiero ver, Estela.

–Sí, pero depende de los médicos.

Mi madre me agarra el brazo para que me calle; yo me callo. Vuelvo a mirarla: me pregunto dónde se fue, dónde me fui, cómo habrá sido que la quise.

–Es mi hija, Estela, quiero verla.

–¿Y ahora te acordás?

–Nunca me olvidé, no me jodás.

–No te jodo, Andrés, te lo digo, nomás.

–Chicos…

Dice mi madre, y la palabra está tan fuera de lugar que los dos chicos –Estela y yo– casi nos reímos. No nos reímos, pero apenas.

–Sí, es verdad, somos como chicos.

Le digo, aprovechando.

–Hagamos una cosa, Andrés. Yo me voy a quedar a pasar la noche con ella, me dicen que quizá tenga fiebre, tenga algo. Venite mañana temprano y la ves, y si querés charlamos.

Yo respiro hondo.

–¿A qué hora sería temprano?

–No sé, a las ocho, a las nueve.

–A las ocho de la mañana estoy acá. Y por favor, decile que vine, que mañana vuelvo, ¿sí?

–Sí, no te preocupes, yo le digo.

Y ahora estoy haciendo, como siempre, trampa: el cagaso por la difteria de la nena me está ayudando a completar este lamento por la muerta, y la tristeza estilizada por la muerta me está ayudando a no pensar por un rato en la garganta de la nena. En cualquier caso en cuanto llegué a casa busqué ese papel y me puse a tratar de completar el tanguito suicida. La idea era que, para no hacerlo demasiado lacrimógeno radionovela le convenía un toque más canyengue, más lunfa. Así que empecé por cambiarle el principio, que me tenía trabado, demasiado pomposo, y a partir de ahí avanzó bien. Y pude incorporarle el tema de la médium, que antes no sabía, de hablar con los muertos. Así que va queriendo, aunque le faltan cosas:

¿Qué viste en el mañana, galleguita?
¿Qué viste que no habías visto ya?

¿Qué tenía el futuro, mascarita,
que lo viste y al toque te piraste?
Dijiste yo me rajo,
esto se va al carajo,
y ahí nomás nos dejaste
en bolas y sin guita.

¿Qué te habrán secreteado esos fiambres?
¿Qué te contaron desde el más allá?
Que este mundo está hueco repodrido
que el que vive no vive, va vencido,
que nada vale, que no vale la pena,
que la luna menguante es luna llena,
que nadie come tanto como el hambre
que nos saca todo lo que nos da.

¿Qué tenía el futuro, mascarita,
que lo viste y al toque te piraste?
Dijiste ni les cuento,
ya vendrán otros vientos
a limpiar el cotorro.
Dijiste yo me borro,
esto no hay quien lo aguante,
y que los salve Rita.

¿Qué viste en el mañana, galleguita,
para cerrar los ojos, pobrecita,
tan fuerte que nunca se abrirán?
¿Qué tenía tan bestia, tan horrible,
que el único fusible
que supiste cambiar fuiste vos?

El final no sé si me gusta: lo del fusible es un poco forzado. Y la melodía está bien, lenta, medio triste, pero tengo miedo de olvidármela: a veces me pasa. Y otra vez no tengo nadie para transcribirlas en el pentagrama. Con Beatriz todo terminó mal, y don Julio se cabreó y tampoco es que me edite tantos tangos como para soportarme los caprichos. En cuanto se tranquilice todo esto voy a tratar de hablar con él a ver si me consigue otra persona; lo ideal sería que yo pudiera aprender a hacerlo, pero también sería muy bueno si pudiera comprarme un helicóptero y amaestrar dos o tres elefantas. No es imposible, pero sí bastante improbable.

9

Bajo la luz de la mañana todo resulta menos lúgubre; el olor, sin embargo, sigue siendo tremendo: alcohol, desinfectantes, lavandina, algún eco de mierda. Pero aquí estoy, sentado en un banquito de metal al lado de la cama de metal donde duerme mi hija. Tiene los pelos oscuros pegados a la frente, un tubo clavado en la garganta, los ojos muy hundidos pero parece que respira bien: respira. Hace un rato se despertó un momento, me vio, frunció la frente como quien pregunta, le apreté la mano, dibujó una especie de sonrisa, se volvió a dormir. Y ahora Estela viene a buscarme y me dice, bajito, que vayamos a tomarnos un café, que está planchada. Me levanto: en la sala hay otras treinta o cuarenta camas, otros treinta o cuarenta chicos enfermos, algunos con sus madres, otros solos, algunos que se van a curar, otros que no, los llantos, el olor.

–Andrés, tenés razón: hay que arreglarlo.

Me dice en cuanto nos sentamos en el café de enfrente, vapor de la mañana, ventanas empañadas, ruido de platos y de conversaciones. Anoche llamé a Galuzzi y le pedí dos o tres días: le conté que mi hija estaba enferma y que tenía que atenderla y decirle mi hija me sonó tan raro –pero no puedo seguir viviendo como si no existiera. Y se diría que ahora Estela también lo va entendiendo.

–Sí, Estela, no tenemos más remedio. No tiene que ver con nosotros, es por ella.

Las frases hechas ayudan a no decir gran cosa mientras nos habituamos: hace más de cuatro años que no hablábamos, años de pelea sorda, de silencios, de mensajes tapados de rencor.

–¿Vos cómo estás?

–Bien, bien. Ahora no, claro, pero en general…

Está cansada, demacrada: dos días y dos noches de velar a la nena. Su desarreglo la honra, me enternece. Pero no estamos acá para esas cosas. Aunque por momentos se me cuela el destello, la imagen de lo que era, lo que éramos, y trato de apartarla: es incómodo estar ahí, con ella, en medio de este olor, y verla transpirando en una cama, desnuda en una cama.

–Tengo que volver a verla, hay que armar un sistema.

–Me dijo tu mamá que ya tenés una casa.

–Sí, ya tengo. Y le tengo preparado un cuarto.

Ella casi sonríe: me mira amable, como si descubriera. De pronto pienso que debe sentirse igual de rara: mirarme y preguntarse si realmente yo soy aquel pibe con el que dibujó su vida, que le prometió tanto. La extrañeza, supongo, también es compartida.

–¿O sea que vos querías?

–¿Cómo no voy a querer, Estela, cómo no voy a querer? Si yo…

Me callo, no debo ir por ese lado.

–Claro que quiero, Estela.

Me resulta difícil imaginar qué se imagina: qué pensará de mí, qué se ha inventado para justificarse. Cuando me echó era que yo no estaba en condiciones de cuidarlas y mantenerlas, que jugaba, que me emborrachaba, que había perdido mi trabajo; todo cierto, pero yo siempre sospeché que además se había encontrado otro. Nunca pude saberlo: nuestros mundos quedaron extrañamente alejados, nadie a quién preguntarle. Y ella se cuidó, por supuesto. Pero, además, se pasó todo este tiempo sin contestar a mis pedidos, ignorándolos. Aunque es cierto que en esos años yo podría haber hecho más y no lo hice. Quizás era más cómodo quejarme de Estela y mantener mi autonomía, mis noches libres, mi vida de busca en la pensión.

–Contame más de ella, Estela. Mi mamá me cuenta mucho, pero ya sabés cómo es…

Nada particular: que Estelita está bien –salvo este incidente está muy bien–, que le va bien en la escuela, tercer grado, que está creciendo contenta y sin problemas, que la lleva a la pileta del club en el verano, que va a unas clases de solfeo pero no le gustan, que querría mandarla a piano pero son muy caras, que bien, que sin problemas.

–¿Sin problemas? ¿Crecer sin su padre no es tener un problema?

Estela resopla suave, sin grandes aspavientos, sin entrar en peleas. La reconozco apenas.

–Hay problemas peores, Andrés. Todo esto, por ejemplo.

–Pero crecer sin un padre, sin un hombre en la casa…

Le digo y algo se le cruza por la cara. No debería haberlo dicho pero ya está, no tengo vuelta atrás.

–No vivís sola, ¿no?

–¿Y a vos qué te importa?

–Tenés razón, Estela, disculpame.

Le digo, pero su cara de triunfo me saca de quicio.

–No, a la final no tenés razón, mirá. Sí que me importa. Yo tengo que saber con quién vive mi hija. Tengo derecho.

–Bueno, me parece que no es eso lo que querés saber.

Me dice, con una sonrisa que, en otras circunstancias, podría haber sido incluso seductora. Está rara, dispuesta a conciliar a toda costa.

–Sí, eso también.

Le digo, y nos reímos, o casi. Y todavía no se apagó esa medio risa cuando me dice que sí:

–Sí, es así.

–¿Sí, qué?

–Sí, Andrés.

–Dale, Estela…

–Sí, que sí, que no vivo sola. Ya llevamos más de un año con Alberto, todo bien. No importa, a vos no te importa, pero es un tipo serio, tiene un buen trabajo, nos quiere, nos ayuda…

–¿Cómo que no me importa? Te dije, cómo no me va a importar con quién vive mi hija.

–Bueno, hasta ayer tampoco te importaba tu hija.

–¡Estela!

El grito me sale casi fuerte y en la mesa de al lado alguien se da vuelta y ella se sobresalta y baja los ojos y me pide perdón.

–No, perdón, tenés razón. Yo sé que…

Es mi momento de recomponer:

–Bueno, nada, no le demos más vueltas al pasado. Ahora lo que importa es encontrar una manera de que vuelva a verla, ¿no?

–Sí, claro, Andrés. La vamos a encontrar.

Lo quise tanto –suponía que lo quería tanto– y ahora, de pronto, también es un problema: cómo lo voy a hacer, cómo voy a arreglármelas.

Ahora, parece, me convertí en un padre.

Nadie sabe cómo se hace, y yo menos que nadie.

Durante dos días mis horas fueron de una monotonía casi perfecta: pasar con Estelita, acostada en su cama de hospital, las horas de visita permitidas, empezar a hablar con ella –o, mejor dicho, a hablarle: con la traqueotomía ella casi no puede articular palabra, pero la cara le brilla de sonrisa cuando le cuento cosas, cuando le agarro la mano y le hablo de los lugares donde vamos a ir cuando se cure; su cara cuando volvemos, poco a poco, a encontrarnos: cuando empezamos a encontrarnos. Y cruzarme con Estela y cambiar palabras cuidadosamente amables, como dos que saben que todo es tan frágil y tratan de que no se rompa, que no se desmorone una vez más. Y el resto del tiempo –muchas horas– queda para sentarme en esta misma mesa, tomarme un café con medialunas o un especial de salame y queso y un balón, según las horas, leer el diario, extrañar a Raquel, alegrarme porque no esté acá y me vea así, leer otro diario, otro más, enojarme con el librito que acaba de publicar el Alemán, las *Aguafuertes españolas*, la compilación de sus notas del año pasado en *El Mundo*, que me dan unas ganas horribles de conocer España –y, sobre todo, de escribir como él. «Una multitud humana que desemboca de calles de tres pasos de ancho, obscuras y lóbregas. Esta multitud que colma el ancho de las calzadas, que llena las veredas a pesar de ser día domingo, viste limpio traje azul de mecánico... Comienza a flaquear el entendimiento. Las ideas hechas, librescas se desmoronan... Gorras, alpargatas, caras proletarias. (Después me entero que

en esta población de 80.000 habitantes hay 16.000 desocupados) ¿Esto es Cádiz? Usted cierra los ojos y trata de tararear la música de Albéniz. Luego abre los ojos, y caras de trabajadores. Multitudes de trabajadores. Mujeres sin sombrero ni mantilla…»

Eso de la escritura es muy difícil. En cambio ir a España no debería serlo. Y menos ahora, que hay una guerra que contar.

10

–Pibe, es una historia del carajo y me da la impresión de que no la estamos aprovechando como se merece.

–Bueno, jefe, le agradezco el plural.

–Y hacés bien. ¿Viste que al fin y al cabo soy un gentleman?

Guillermo González Galuzzi está tan suave, tan terso que sospecho. Me pregunto si habrá algo en su historia: una hija muerta, digamos, un secreto horrible. Pero no tengo ni idea, así que me limito a disfrutarlo.

–Tomate el tiempo que necesites, tomátelo con calma, pero si podés laburar lo que tendrías que hacer es una buena sobre todo ese mundo de los adivinos, las videntes. Eso hay que aprovecharlo, che, la gente enloquece, no sabés cuántos me comentaron con esto de la muerta. Armate algo, ¿sí?

–Claro, jefe, sin ninguna duda.

Le digo, como si la expresión tuviera algún sentido. Y Galuzzi me sonríe y me dice que hable con Kosinsky, que la historia la llevó él durante estos días que no vine:

–Me pareció mejor pasársela a él. La verdad, entre nosotros, si se la daba a Dorrego se iba a armar bardo, después no te la iba a querer devolver cuando volvieras. Con Juancito es más fácil, ¿no?

Galuzzi sigue dulce, y mis sospechas se hacen más y más amargas –pero prefiero no saber.

–Gracias, jefe. Entonces voy a hablar con él, a ver si vale la pena seguir con el asunto, y si no me pongo con lo primero que entre.

–Sí, preguntale a él, y metete con los de los adivinos. Pero si necesitás más tiempo para la recuperación de la piba, decime sin problemas, de verdad te lo digo.

–Sí, jefe, muchas gracias. Muchas gracias.

Juan Kosinsky, en cambio, hace como si no supiera. Tiene, como siempre, los pelos revueltos y los anteojitos sin marco: una mala imitación de León Trotsky, sin la barba porque es más lampiño todavía. Le pregunto por el caso y me dice que no hubo novedad; le digo que el jefe me mandó retomarlo y se encoge de hombros.

–Entonces quizá podés ir vos a verla a la Baletti.

–¿A la qué?

Kosinsky se sonríe:

–¿La conozco yo, que soy materialista y dialéctico, y vos que sos un tanguero idealista no sabés quién es?

Lo de tanguero idealista o tanguero e idealista o viceversa no sé cómo tomarlo; lo de la Baletti menos todavía, así que le pregunto, y Kosinsky me dice que es como una eminencia de las videntes y mediums y esa runfla, que ninguna tiene más prestigio en todo Buenos Aires y que él ya le pidió una cita pero que si prefiero vaya yo. Yo le digo que bueno, que si no le jode, y él me dice que joder, joder, lo joden otras cosas. Ante la amenaza de que empiece a enumerarlas me apuro a preguntarle los detalles.

–Hoy a las cuatro, Arenales 852, te espera. O mejor dicho me espera a mí, pero no creo que se dé cuenta del cambiaso.

–Mira que es adivina…

–Por eso, Rivarola.

El barrio es pura pretensión: a media cuadra del palacio de los Anchorena, la plaza San Martín, toda la crema. Y la casa es un petit-hotel afrancesado de dos pisos, mucha moldura y bronces bien pulidos, la puerta de madera fina y finísimo el señor de traje que la abre. Maduro, engominado, me pregunta si tengo cita y le digo que sí, que vengo de *Crítica* y me abre poco, entre el desprecio y la sospecha. Pero entra a averiguar mientras lo espero en una especie de hall con un cuadro de ángeles y una araña de vidrios, vuelve, me dice que lo disculpe, que la señora ya me espera y me hace entrar en un salón pomposo: ventanas con vitrales, alfombras para hundirse, bibliotecas de madera más fina todavía, una araña dos o tres veces la del

hall, campeona de brillitos. Y ningún mueble salvo, en el medio, una mesa redonda con un tapete verde, una butaca a un lado, dos enfrente. Y la dueña de casa que sale a saludarme:

–Señor Kosinsky, qué gusto saludarlo.

Yo dudo un momento pero enseguida me decido.

–Disculpe, señora, Kosinsky no pudo venir. Soy Andrés Rivarola, a cargo del caso de Madama Ducarré, para servirla.

Lo de servirla me suena muy raro pero, al mismo tiempo, suena pertinente. Debe serlo: la dueña me sonríe. La Baletti es un pedazo de señora de metro ochenta, piernas flacas y pechuga importante, embutida toda ella en una especie de tela recamada con pavos reales y elefantes, hilos dorados, reflejos tornasol. Si lo que quiso es armar una buena caricatura de sí misma no parece que le falte casi nada.

–Usted dirá, joven.

Dice, mientras me señala una de las dos butacas y se sienta enfrente, en la que queda solitaria. Tiene mucho pelo blanco y gris organizado en una especie de corona, quince o veinte centímetros de alto, y debajo, en la cara, una nariz de águila, los labios gordos, los ojos como tajos repintados de verde. Yo le digo que quiero que me cuente, que ya sabe que la muerte de la pobre Madama ha concitado la atención general –eso le digo: concitado la atención general– sobre las prácticas divinatorias y que ella, como decana de la ciudad, seguro puede contarme mucho interesante. La Baletti reacciona sobre todo a la palabra decana: no termino de saber si con placer o enojo.

–Bueno, joven, se puede decir que soy su decana. De hecho, cuando todos estos pichones todavía estaban en el nido yo ya volaba al mañana todas las mañanas. Pero yo creo que lo nuestro es un apostolado, así que siempre he sido generosa y he ayudado a las colegas que quieren empezar, y a Genoveva…

Cuando dice Genoveva se le caen tres lágrimas; saca de la manga del vestido de pavos un pañuelito con encaje, se las seca con cuidado, se queda mirándome. Sus dedos son nudosos; sus anillos, pesados; sus uñas, puro nácar.

–¿Y usted qué opinaba de ella?

–Era una joven muy despierta, yo creo que tenía un buen futuro. Usted sabe, joven, yo en algún momento voy a empezar a retirarme, y Geno era una buena apuesta para reemplazarme.

Me dice, pero que todavía estaba verde:

–Era un poco teatrera. Bueno, todas empezamos así, pero algunas se quedan en eso. Unas pocas llegamos a la sabiduría.

–¿Y en qué consiste la sabiduría?

–Usted, con todo mi respeto, no sabría reconocerla ni aunque lo atropellara. La sabiduría no se dice, joven, se alcanza tras un camino plagado de asechanzas.

Dice –plagado de asechanzas–, y que era lógico que la pobre Genoveva todavía no lo hubiera podido recorrer y que por eso hacía ciertas cosas: que le gustaba demasiado hablar con los muertos, por ejemplo.

–Usted sabe, joven, las verdaderas videntes no lo hacemos. Nosotras miramos el porvenir, a ver si vemos, pero los muertos están muertos.

Dice, y se lanza a una larga tirada que yo traduciría con una fórmula discreta: con lo fácil que es inventar el futuro, a quién se le ocurre ponerse a inventar el pasado.

–Pero ¿qué piensa del tema de los muertos? ¿Que lo que ella hacía no era serio?

–Yo no diría nunca eso de Genoveva, y menos de una muerta. Pero yo no lo hago, eso es lo que le estoy diciendo. Y por algo será, ¿no?

Me dice, con un mohín de narices y labios que debía ser mortal hace unas cuantas décadas. Y, tras un silencio para que lo aprecie, me explica más: que ella, la Baletti, trabaja la ley kármica. Que si alguien quiere conseguir algo debe pagar el precio debido por sus errores e infracciones del pasado.

–Bueno, ya lo dijo su jefa.

–¿Mi jefa?

–Sí, la Salvadora, cuando la arrestaron, después del golpe de Uriburu, que dijo que ese golpe era el precio que pagaban los argentinos por sus errores, necesario para despertarlos y devolverles la moral cívica dormida.

Yo trabajo esa línea: yo le puedo hablar de su futuro, de las mejoras que comporta, pero siempre le voy a explicar que no las va a alcanzar a menos que expíe todo el lastre.

Dice, y que por eso hay gente menos exigente que se va con estos profesionales jóvenes, como Genoveva, que les ofrecen charlas con los muertos o mañanas perfectos a cuatro mangos la docena.

–Pero yo no tengo nada contra ellos, ¿eh? No me malinterprete…

Dice, otra vez la voz tirando a niña y el mohín antiguo. Y se calla y me mira muy intensa: su mirada me deja así chiquito.

–¿Y a usted, joven, le va bien en la vida?

Respiro hondo: no sé qué decirle. La Baletti debe estar acostumbrada a callar bocas; se sonríe. Maneja sus efectos: cómo, por ejemplo, una pregunta banal en un contexto desbocado puede sacarte de tu eje. Yo decido salir por la tangente cursi:

–Si yo pudiera saber qué es bien y qué es la vida.

La Baletti me mira como quien dice nomejodas, nene, acá soy yo la que dice esas cosas, y se queda callada; espera más.

–¿Sabe qué?

Le digo, me decido:

–No tengo nada de lo que querría y sin embargo lo extraño menos que lo que me temía.

–A esa chica sí que la extrañás.

Me dice, súbito tuteo. El primer golpe me impresiona; enseguida me digo que fue fácil.

–Sí, pero eso no me extraña.

La señora resopla: se ve que espera más sumisión, menos gambeta, y se aburrió de mí. A mí me pasa siempre.

–Bueno, joven, ¿qué más quería saber?

Yo le pregunto si tiene alguna idea de por qué Genoveva Nogueira tomó la decisión de suicidarse, y ella se mira las manos, las uñas, los anillos. Después toma aire para hablar, se calla, se los mira de nuevo. Al final arranca:

–Genoveva no se suicidó.

Yo me quedo un momento en silencio.

–¿Por qué dice eso?

–Porque es la verdad.

–¿Y usted cómo lo sabe?

–Yo no lo sé, joven, lo veo. Yo veo cosas. Y además a Geno la conocía suficiente, la verdad, como para saber que no parece el estilo suicida. Si yo no sé juzgar a las personas, mejor cambio de oficio, ¿no le parece, joven?

Dice, mohín definitivo. Yo le digo que sí y, sobre todo, me lo anoto. Ese argumento tiene peso y puede ser un título: La Gran Vidente niega el suicidio de su discípula –o algo por el estilo. Parece un disparate pero lo dice ella, que es una especialista. Corro al diario.

11

Fue cierto: fue un buen título. A la mañana, cuando llego, Kosinsky se acerca a mi escritorio, me pide un Hontanares, me dice que se alegra de que le haya sacado el jugo a la Baletti –como para decirme no te olvides de dónde la sacaste– y me pregunta si he visto a Señorans en estos días; le contesto que no.

–¿Vos lo viste?

–Bueno, de lejos. Volvió, pero me dice Tuñón que está cada vez más decidido.

–¿Decidido?

–Sí, a irse a España. A volverse, como dice él.

–Supongo que es lógico, ¿no? Que quiera, por lo menos.

Juan me mira, me calibra, me sopesa, y empieza una disquisición de esas que hacen que no siempre soporte a estos muchachos: que sí, que desde el punto de vista personal de Señorans tiene sentido pero que esas son las clásicas deformaciones pequeñoburguesas, que lo que tendría que pensar Señorans no es qué le gustaría a él sino qué necesita la causa, el pueblo, qué es lo que se necesita. Que quizás él se sienta mejor yéndose a Cataluña pero para los compañeros sea más útil que él se quede acá, que ayude desde acá, que aproveche su puesto en el diario para difundir, que recaude plata para mandar, que consiga incluso provisiones, armas, que haga lo que le digan no lo que le sale de las bolas, me dice, ya subido al banquito. Es curioso cómo se transforma: el muchacho tranquilo, un poco tímido, convertido en agitador de barricada por la gracia de unas palabras consagradas.

–Bueno, no todos tenemos tu disciplina, Juan.

Le digo, leve, tratando de rebajar la temperatura, pero nada:

–Sí, se ve. Y lo triste es que por eso muchas veces las causas más justas sufren la derrota. No paran, los fascistas.

Yo no quiero reconocer que hace un par de días que no me entero de nada: que sí, que leí pilas de diarios en el café de enfrente del Argerich pero ni idea de qué decían. Eso es lo bueno de los diarios.

–Por suerte, Rivarola, las capitales están resistiendo en serio. En Barcelona y en Madrid ya pudieron fusilar a casi todos los militares rebeldes, a ver si aprenden.

No sé qué militares eran pero me impresiona el brillo de triunfo en sus ojos claros: está hablando de muertes, de hombres ejecutados por sus enemigos, por los nuestros. Debe notarlo, porque trata de explicarse:

–Sí, ya sé que es duro. Nunca es fácil tener que matar, pero hay momentos en que no queda más remedio. Los pueblos tienen el deber de defenderse, y si esa es la manera…

Yo no quiero discutir y le cambio el asunto: que si hubo alguna novedad en el caso Madama.

–Uy, la vidente. Hablando de españoles… No, no pasa nada. Hoy sale el resultado de la autopsia pero no es nada, un trámite.

–Bueno, sí, quién sabe. ¿Y si voy a ver al comisario de la Tercera?

–Bueno, es lo que yo pensaba hacer.

Me acaba de decir que era un trámite pero resulta que pensaba ir. No quiero ponerme suspicaz: cansa, ocupa mucho espacio.

–¿Te molesta si voy yo?

–No, Andrés, ¿cómo va a molestarme? Mirá si te voy a impedir que vayas a ver a un comisario, con lo que a vos te gusta…

Me dice, cachador, y antes de volver a su escritorio se pone serio e insiste: que lo busque a Señorans, que hable con él, a ver si lo convenzo.

–Tuñón dice que no escucha a nadie, pero quizás a vos…

Me dice y aparece, casi al mismo tiempo, como en una película berreta, el aludido.

–¿Me mentaban?

Dice Raúl González Tuñón con una sonrisa que quiere ser pícara. Está en mangas de camisa; se ve que se levantó de su escritorio para dar una

vuelta o mear o buscar un vaso o alguna de las numerosas actividades con que solemos interrumpir nuestro diario trajín, y nos vio hablando y se acercó. Y ahora nos sonríe con esa cara flaca y franca de buen pibe, los ojos grandes negros, la camisa abierta, la corbata floja: un tipo en quien uno podría confiar sin más preguntas. O mejor no.

–Si hablaban del chiflado de Seño…

Tuñón me intriga: debe tener un par de años menos que yo –no sé si habrá cumplido los 30– pero ya es un poeta consagrado. Hace unos años, muy chico, se juntó con los escritores de Boedo y enseguida publicó su primer libro en el lugar más rana, la editorial del tío de Raquel, y después tres o cuatro más. Hasta yo, que no soy un gran lector de poesía, le recuerdo de memoria algunos versos: «…yo conozco una calle que hay en cualquier lugar / y la mujer que amo con una boina azul…», la famosa *Calle del agujero en la media*, un poema que podría ser un tango del carajo. Y además se fue a Europa a sus 24 o 25 y se pasó unos años ahí y conoció a los grandes y recorrió las grandes: París, Barcelona, Madrid. Y después Botana lo mandó a la guerra del Chaco en el avión del diario y a Brasil y a la Patagonia, y estuvo en más lugares que los que yo puedo siquiera imaginar. La verdad, lo primero que se me pasa por la cabeza cuando pienso en él es una envidia insoportable.

–…tienen razón en todo lo que digan, muchachos: el Talanca está hecho un kilombo, ya no sabe ni quién es. Tenemos que hacer algo.

Insiste, siempre la sonrisa. Lo que lo vuelve raro es que, más allá de esas medallas, es un tipo amable, atento, que puede preocuparse por las pavadas de un compañero de sección: un tipo normal, no uno con no sé cuántos libros publicados. Y, al mismo tiempo, uno que se vuelve intratable cuando se trata de cuestiones políticas: comunista hasta las bolas, intransigente, casi intolerante con los que no han recibido la revelación. «¿Pero cómo no vas a ser comunista cuando del otro lado están los Mussolini, los Hitler, los Roosevelt, todos esos?», me dijo un día y yo no supe qué decirle. Sospecho que en el fondo de su alma me desprecia un poco, como suelen despreciar los militantes serios a los rastacueros como yo.

–…hay que convencerlo de que no tome decisiones apresuradas, que la piense bien. Aunque es cierto que hay veces en que no se pueden pensar las cosas cuatro veces, ¿no?

Dice, y se lleva a Juan. Yo busco dos o tres diarios de estos últimos días: los fusilados de Barcelona son un par de generales que encabezaron el levantamiento en Cataluña; los de Madrid eran los que quedaban del Cuartel de la Montaña, donde los republicanos ya habían matado a casi todos. A cambio los nacionales tomaron Badajoz y mataron varios miles. Nunca es fácil tener que matar gente, diría Juan, pero hay momentos en que tampoco debe ser tan difícil. Me pregunto si de verdad vale la pena y no sé –de verdad no sé– qué contestarme.

–¡Pibe!

Hay uno solo, acá en el diario, que me llama así con ese vozarrón, así que le contesto sin mirar:

–¿Qué decís, Talanca?

Jordi Señorans tiene la camisa pura arruga y unas ojeras trabajadas con el mayor cuidado: profundas, negras, legañosas.

–Yo, bien, Andrés, espléndido. ¿Tomamos algo?

Yo, casi sin querer, miro el reloj: son doce menos cuarto, ni siquiera el almuerzo. Señorans reacciona:

–Ah, disculpame, me olvidé de que estaba hablando con sor Andrea. Disculpe, hermana, no quería molestarla.

–No me rompas las bolas, catalán. Dale, bajemos.

Sacos, sobretodos, bufandas y sombreros; nos llenamos de cosas, saludamos, bajamos.

–¿Vamos hasta el Tortoni?

–No, querido, no. ¿No ves que todo está cambiando?

Mientras caminamos por la Avenida de Mayo, Seño me dice que dejó de ir al Tortoni porque hay mucho botón, mucho fascista, y que se siente más cómodo en el Iberia, el café de los republicanos. El Iberia está acá en la otra

cuadra, en la esquina de Salta; caminamos, valientes, entre personas y humo de coches y nubes de nostalgia: cada vidriera se me vuelve un recuerdo.

–¿Supiste algo más de tu vidente?

–Nada, no hay mucho más. Lo único que no termina de entenderse es por qué se mató. El hermano dice que la cagó un fulano, otro español, pero nadie sabe qué pasó. Y la Baletti, bueno, ya lo viste. Yo creo que no…

Le digo, y siento que estoy hablando solo: me preguntó por cortesía, pero la cortesía no alcanza para que escuche mi respuesta. Llegamos, nos sentamos en una ventana: enfrente está el Hispania, más pomposo.

–Ahí se juntan los fascistas, los de los generales.

–¿Cómo, no era en el Tortoni?

–No, cómo se te ocurre. En el Tortoni hay de todo, por eso no quiero ir. Pero acá enfrente son solamente fachos. Andá, después, si querés, a ver si te enseñan a saludar con el bracito.

Comparado con el Tortoni, el Iberia es, con todo cariño, una fonda de barrio. Pero el patrón detrás de la caja nos saluda, y detrás del patrón está esa bandera tricolor –roja, amarilla, morada– que los republicanos españoles eligieron para reemplazar a la monárquica. Y el mozo que nos trae las ginebras nos sonríe y algunos parroquianos nos saludan –y cuando digo «nos» digo, por supuesto, a Señorans.

–Acá sí estamos entre amigos.

Me dice, y que ahora hay que tener mucho cuidado con quiénes te juntás, que hay lugares que se han vuelto verdaderas cuevas de fascistas, que están por todas partes, que lo peor que podés hacer es confiarte, dice. La palabra fascista se ha vuelto la clave de su vocabulario.

–¿La viste a Raquel, últimamente?

–Sí, la vi la semana pasada.

–¿Y te contó?

Yo no entiendo qué me está diciendo o, mejor dicho, entiendo demasiado.

–¿Que si me contó qué, Seño?

Él se pasa la mano por la cara como para borrársela y dice nada, nada; yo le insisto y él repite nada nada. Está tan incómodo que, para salir, pone

solito la cabeza en la horca:

–No importa lo que me digan, Pibe, voy a irme. Ya se lo dije a Inés, hizo un escándalo, pero qué se le va a hacer, así son las mujeres, parece que no entienden estas cosas.

Dice y que no hay caso, que me tengo que ir, que es una oportunidad única de hacer por una vez en mi vida algo que se parezca a lo que digo, que me he pasado la vida hablando al cuete y ahora que puedo hacerlo no puedo hacerme el gil, Pibe, no se puede.

–¿Vos sabés lo que se siente cuando decidís ser el que sos, no seguir escondiéndote, rajándote? En serio, ¿vos sabés lo que se siente?

Yo me quedo callado, respiro hondo. En la teoría estoy de acuerdo. En la práctica vaya uno a saber. Y eso es lo curioso del momento: que por una vez hay una práctica para enfrentar con las teorías de siempre. Seño tiene razón: una oportunidad única, tan inusitada. Y creo que tiene razón en no dejarla pero me da miedo: de verdad me da miedo que vaya a hacerse matar, pobre, siempre tan torpe, tan urbano, tan choborra de café y los libros y las charlas.

–Pero vos nunca agarraste ni una cerbatana, Seño, no tenés ni idea de cómo se pelea.

–Tampoco sabía cómo se escribía cuando aprendí a escribir, Pibe. Eso se aprende rápido. Una semana de instrucción y ya te vas al frente. ¿Qué hay que aprender, a tirar unos tiros, a cuidar el fusil, a no ser tan gil que te ametrallen? Eso lo sabe cualquier crío. Y yo no soy un crío.

–No, claro, pero por eso. ¿Te imaginás en las trincheras, en las marchas, las guardias, todo eso? ¿Cómo vas a aguantar todo eso?

–Qué sé yo, Rivarola. Pero si nos ponemos así vayamos a pedir un trabajo en el banco de ahí enfrente. No sé, en serio que no sé, y eso es lo bueno. Lo único que sé es que esto es lo más importante que me va a pasar en toda mi puta vida, ¿entiendes?

Yo le digo que sí, que lo entiendo, pero que si no pensó que quizá sea más útil a la causa quedándose acá, trabajando desde acá, que allá ya hay mucha gente y que acá de pronto lo necesitan más –y me siento una

pequeña rata repitiendo los argumentos de Kosinsky y Tuñón pero supongo que es necesario que lo haga. Señorans no se engaña:

–¿No vas a venir vos, o tú, o usted, Pibe, chaval, a tirarme con las giladas de los estalinistas? No jodas, che. ¿Ves? Esa es la diferencia: ellos antes de hacer piden permiso; nosotros hacemos y después preguntamos. ¿Ves por qué yo nunca podría ser comunista?

Me hace reír, levanto la copita, brindamos por su viaje.

–¿Tú sabes la cantidad de compañeros que se están arriesgando por la causa? Claro que yo podría quedarme acá y hacer cosas desde acá y sentirme muy útil pero la verdad, la verdad, seguiría siendo un cobarde, como toda mi vida. Es mi oportunidad, Andrés, es la oportunidad que nunca quise para ver si soy el que me creo que soy o soy la farsa que...

Dice, y cierra los ojos y se queda callado. Tengo la sensación de que es algo que ha pensado mucho y dicho poco, quizá nunca, y le pongo una mano en el hombro. Después le pregunto si tiene alguna fecha, alguna idea, y me dice que no, todavía no, le faltan dos o tres detalles, pero que espera que en un mes, dos como mucho. Es pronto, me preocupo:

–¿Y no creés que puede terminar siendo un suicidio?

–Un suicidio seguro que no, Pibe. Yo no voy a que me maten, voy a matar si es necesario.

–Pero podrían matarte…

–Sí, claro que podrían. ¿Pero sabes cuál es el verdadero suicidio? Cuando no corrés riesgos, cuando quieres tener todo tan seguro. Eso sí que te mata. Eso sí que es matarte, Rivarola.

–Tenés razón, hermano. Ya vas a ver la despedida que te armamos.

12

–Mire, periodista, escuchemé, que le voy a decir algo.

Me dice y, para no desmentirse, va y lo dice. El comisario Kraft, capanga de la seccional Tercera, debe ser de esos que creen que lo importante es tener una palabra:

–Escúcheme bien, que esto le interesa. Usted quizá no se da cuenta, pero algún día va a entender que lo que yo hago es humillante. Mi trabajo es humillante. ¿Qué es un policía? Uno que limpia las caquitas de la sociedad. Sin policías esto sería un chiquero, un verdadero caos, pero para mantener el orden hay que meterse en el chiquero.

El comisario no para: tiene las respuestas justas a las preguntas apropiadas –y todas ellas salen de su boca. Es casi un alivio que no me necesite.

–Además, usted ya sabe: ningún orden se mantiene si no lo vigilamos todo el tiempo. Usted habrá escuchado hablar de los principios de la termodinámica.

–Bueno, escuchado…

Digo, vago, pero le queda claro que no tengo ni idea. El comisario Kraft no toma mate: un cabo le trae su té con leche y se lo deja sobre el escritorio. El escritorio está impecable, reluciente, ni un papel, y el comisario no hace el menor amago de ofrecerme nada; yo saco un Hontanares y lo enciendo para mezclarle los olores –y me pregunto si una venganza tan pobre no es peor que ninguna.

–Escuchado, digamos. Bueno, entonces sabrá que el segundo principio define la entropía, ¿no?

Dice, pero esta vez no espera mi respuesta de compromiso y sigue viaje.

–Sí, la entropía, la forma en que todo se degrada todo el tiempo. Y nada se degrada más que un orden si no lo mantenemos. ¿O usted no vio lo que pasa en su casa si su señora no limpia el baño?

Yo intento una pequeña reivindicación: informarle que no tengo señora, que mi baño lo limpio yo y así me queda. Fracaso: el comisario no me deja resquicio. Quizá sea mejor para los dos.

–Yo soy como su señora limpiando los baños de nuestra sociedad, digamos, con perdón de la imagen. Pero prefiero ser brutal a ser confuso: siempre lo preferí. Y mire que esta sociedad es una auténtica letrina.

El comisario Kraft no tiene frenos: parece decidido a agotar la cuestión decisiva de su papel y el de sus compañeros en la civilización contemporánea –que, debo confesar, no es lo que más me importa. Yo quiero los resultados de la autopsia de Genoveva Nogueira (a) Madama Ducarré, pero no hay manera. El comisario me habla como si me dictara:

–Así que mi trabajo es mantener siempre seis bolas en el aire, sostener una puerta que doscientos perros están tratando de abrir a mordiscones. Otros tienen otros métodos: ya que es tan difícil mantener el orden verdadero, aceptan otro. Usted los conoce, por desgracia, ni siquiera disimulan demasiado…

Dice, y no me queda claro si la desgracia es que los conozca o que no disimulen demasiado o una buena combinación de ambas. En cualquier caso, se lo ve decidido a precisar:

–Sí, ya me entendió: son esos colegas que te dicen que lo mejor es pactar con los delincuentes para que no se nos salgan de cauce y eso les parece un orden posible, un ordencito. Yo creo que el orden se consigue de otro modo.

Me dice, y yo sigo sorprendido, la boca levemente abierta. Es nuevo en la Tercera, sólo habíamos hablado por teléfono y nunca imaginé que fuera como es: los teléfonos están creando más y más duendes raros. El comisario Kraft tiene unos 40, el pelo rubión cortado al ras, los ojos muy azules, la nariz un poco curva, más judía que alemana: la travesura de algún gen pizpireto. Su nombre completo es Guillermo Arnoldo Francisco Kraft, y nadie soñaría con llamarlo Guille.

–Sí, ya veo que lo está mirando: es el orden, es lo que le decía.

El comisario me muestra, junto a su silla giratoria, en una mesita de metal, un tablero de ajedrez, sus piezas desplegadas:

–Para eso tengo este ajedrez: mantener el orden es como pensar los movimientos, saber que si hacés tal cosa después vas a tener que hacer tal otra. Quizá le parezca raro, pero cada día yo me paso un rato con este tablero para que no haya más asesinatos en mi barrio.

Esa es una manera, pienso, casi sin querer; otra es decir que los asesinatos son suicidios. Le doy dos o tres vueltas a la idea, me pregunto por qué se me ocurrió. Se ve que la Baletti ha conseguido plantar su semilla.

–Sí, cualquier orden sirve para imponer el orden. Esto también me lo enseñó mi padre, que en paz descanse, pobre.

Pobre, sí: el comisario es hijo de uno de esos oficiales prusianos que llegaron a fines de siglo para transformar esa banda de jinetes con jinetas que era el ejército criollo en una estructura militar tan estricta y pomposa como la de su país. Aunque en Berlín no debía irles tan bien, si se vinieron para acá. Acá sí la hicieron: consiguieron que los militares argentinos se consideraran lo único ordenado en un país caótico y que decidieran, ellos también, que su papel era ponerle orden. Pero ahora el difunto coronel Hans-Franz Kraft, tan mullido en su tumba pampeana, no debe estar contento: su hijo es sólo un policía. A los canas les pasa lo mismo que a los periodistas: algunos venimos de abajo y lo conseguimos con esfuerzo o buena suerte y lo gozamos, otros cayeron desde más altas cumbres por sus perezas y pecados y lo sufren. El comisario Alsogaray, el que nos ayudó en el caso de la Zvi Migdal, descendiente de militares de la patria, o el hijo de puta de Lugones, el hijo del poeta, con su picana eléctrica, o este, retoño de un coronel prusiano, son miembros de ese club exclusivo de los oficiales de policía que desprecian a la policía, que saben que están ahí porque el mundo vive equivocado.

–Lo importante es saber que el orden y la orden son un matrimonio indisoluble, periodista: que entre ellos no puede haber desavenencias. Eso

es lo importante. Y no se crea que se lo estoy diciendo para darle charla; si le parece interesante, tiene todo el derecho de citarme.

Me ofrece, magnánimo. Yo le digo que bueno, claro, comisario, pero que quería preguntarle un par de cosas sobre el caso de la señorita Ducarré.

–Bueno, de eso le estaba hablando, periodista. Lo que le estoy diciendo, aunque usté no se entere, es que en este asunto hay un orden muy claro: la señora estuvo engañando a toda una legión de incautos y alguno se cabreó. Digo, alguno al que le hizo perder una plata, le hizo fracasar un matrimonio o un negocio o lo que sea, vaya usté a saber, y el tipo se lo cobró de la manera más directa.

–No le entiendo, comisario. ¿Usté me dice que se mató porque le arruinó la vida a alguien?

Ahora él no me entiende a mí, y me lo hace saber con su mejor cara de desprecio. Hay personas que cuando no entienden creen que se equivocan; hay otras, como él, que están seguras de que el equivocado es el mundo.

–¿Entonces usted no sabe las últimas noticias?

Yo me muerdo los labios, junto paciencia, le hablo suave:

–Disculpe, comisario Kraft, parece que esta vez no estoy al tanto. Si fuera tan amable de informarme…

–Informar es una gran palabra, periodista, ni usted ni yo deberíamos usarla. Pero le puedo contar que hemos recibido el resultado de la autopsia y tenemos un problema.

La idea me alegra y trato de disimularlo, pero él parece darse cuenta: sabe que los problemas de la policía son el alimento de la prensa.

–Tranquilo, periodista, quedesé tranquilo. No le digo que estemos seguros, pero algunos detalles no son consistentes con la hipótesis suicidio.

–¿Cómo qué, señor, si me permite?

–Le permito, hombre, le permito. Como que tiene golpes y raspones y unas marcas que indicarían, según el forense, que le pegaron antes de su muerte. E incluso que es posible que la hayan atado mientras se desangraba…

Dice, la voz cada vez más desmayada, como con vergüenza. Yo, por desgracia, no puedo contenerme:

–Y ustedes dijeron tan seguros que se trataba de un suicidio.

–Sí, periodista, lo dijimos porque lo creíamos. Y todavía no sabemos: lo seguimos analizando. Pero como hoy su diario publicó que esa vidente fina dice que no pudo ser suicidio, ahora todo nos resulta mucho más complicado.

Dice, como si no supiera –o sin saberlo– que eso lo escribí yo. Y ya no disimula su cabreo:

–Ese es el problema con la prensa, si quiere que le diga. Convencen a todos esos giles de una cosa, y después a nosotros se nos hace imposible hacer nuestro trabajo. Si por mí fuera, mire, prohibiría que los diarios hablaran de cualquier caso que no esté cerrado.

Dice, cada vez más prusiano, y yo ya no me atrevo a decirle que fueron ellos los que lo dieron por cerrado hace unos días, cuando dijeron sin la sombra de una duda que había sido suicidio. En realidad muero de ganas de decirle que nadie habría escrito nunca nada del suicidio si ellos no lo decían y que por qué carajo no pueden ser personas amables y educadas y que por qué no me chupa bien un huevo, pero es probable que no sea la mejor forma de conseguir información, así que me callo y lo sigo escuchando.

–Así que ahora, para que no se nos tiren encima, vamos a decir que es probable que fuera un homicidio: que alguno vino y la mató.

–¿Y no lo creen?

–Sí, yo creerlo lo creo. Pero seguro, lo que se dice seguro…

Dice, y yo lo odio.

Hay un momento de silencio: un momento, en realidad, de trágame tierra. Pienso en todo lo que escribí sobre el suicidio en general y sobre este en particular, la vidente que tal, la adivina que cual, tantas palabras que voy a tener que tragarme de una en fondo. Los odio: cómo puede ser que sean tan inútiles, tan incapaces de hacer bien su trabajo –y tratar, encima, de echarnos la culpa a nosotros. Pienso en las primeras líneas de un artículo incendiario sobre la irresponsabilidad de la Policía Federal, que engaña a los ciudadanos con una información sin el menor sustento, que asegura que

sabe lo que ignora, que no es digna de la confianza y los medios y el dinero que les entregamos –pero me interrumpe la voz seca del prusiano.

–¿Qué me dice, periodista?

–Rivarola, señor, si no le importa.

Le digo, tratando de contenerme, pero no alcanza. Kraft me dice que cómo.

–¡¿Cómo?!

–Que Rivarola, señor, que me llamo Rivarola.

–A mí no me molesta que me digan comisario, periodista. ¿O será que a usté su trabajo le da todavía más vergüenza que a mí el mío?

Yo debería decirle que a mí no me da vergüenza porque yo lo hago a conciencia y quién sabe cuántas diatribas más, pero entiendo que no vale la pena. Me sonrío, se sonríe: el prusiano tiene un humor raro pero, al fin y al cabo, aunque parece mentira, tiene uno.

–Es cierto que el mío, aunque sea vergonzoso, es necesario. En cambio el suyo, compañero…

Dice, y me vuelve a sonreír y pega un grito:

–¡Cabo!

El cabo entra caminando como si trotara.

–Le trae acá a mi amigo un tecito con leche.

Le dice y yo sonrío, y no le digo que a mí el té con leche me da arcadas.

Me tomo, con grave riesgo de mi vida, media taza, y le pregunto por este caso que de golpe se ha transformado en otra cosa: el Asesinato de la Vidente. Pienso por un momento en la triste alegría de la madre y el hermano cuando se enteren de que Genoveva no se mató: hay casos –pocos– en que un asesinato es un alivio. Pienso en los aires de superioridad que va a darse la Baletti: hay casos –muchos– en que el asesinato es pura jactancia. El comisario me dice que por ahora no tienen ningún sospechoso pero que están seguros de que fue un hombre corpulento, alguien capaz de dominar a la pobre mujer y pegarle y quién sabe incluso atarla y terminar por cortarle las venas.

–¿Y de verdad no tienen a nadie en vista?

–No, periodista, de verdad. Si tuviéramos uno quizá no se lo diría, pero sí le puedo decir que por ahora no tenemos.

Me dice, y yo –levemente superior, seguramente repelente– le hablo de mi visita a los parientes de la pobre y sus sospechas. Y ahora él me dice que no, que es un error, que de ninguna manera:

–¿Alonso Rodríguez de la Cierva? No, es un error. El hombre se llama Gutiérrez de la Cierva, pero es ese, seguro. ¿Alonso, dijo?

–Sí, Alonso.

–Alfonso, se llama, pero seguro que es el mismo: si ese señor fuera capaz de degollar a un ratón yo sería Mickey Mouse.

Me dice el comisario. Es cierto que acá Mickey Mouse se hizo bastante famoso porque en su primera película hacía de gaucho de las pampas montado en un ñandú, pero aun así la referencia me sorprende: el comisario Guillermo Kraft no parece el tipo de hombre que va a las matinées a ver dibujos animados. Aunque uno nunca sabe: en una de esas Minnie lo calienta.

–¿Usté lo conoce, entonces?

–¿A Mickey? Claro que lo conozco.

–No, disculpe, comisario. A este señor Alfonso, digo.

–Claro que lo conozco.

Repite el comisario, y me mira torcido:

–No se equivoque, periodista. Yo a Alfonso lo conozco hace tiempo y, como le digo, estoy dispuesto a portarme garante de su buen nombre y honor.

Me dice, y no se pone firme porque está sentado –pero estira el espinazo y alza la cabeza. En realidad el comisario Kraft es un hombre de espinazo estirado y testa alzada aún sentado, incluso puede que acostado.

–Disculpe, comisario, pero los parientes de la víctima parecían convencidos de que ese señor tenía algo que ver con el suicidio. Me imagino que ahora, con esto del asesinato…

–¿A usted los parientes de las víctimas le dicen cómo tiene que escribir sus notas o las escribe usted como usted sabe?

Yo prefiero no subrayar todas las diferencias, los variados errores de esa frase. En cambio le vuelvo a preguntar si lo buscaron, si lo interrogaron y el comisario me dice que de ninguna manera:

–Le insisto, yo a ese señor lo conozco y sé de qué está hecho, y acá no tiene ni arte ni parte. Imagínese, a mí con esta historia ya me tienen los huevos al plato. Ustedes, los periodistas, por supuesto, pero también mis jefes, nunca se tragaron lo del suicidio y me rompieron las pelotas y encima todo el lío en los diarios. ¿Usted se cree que si yo pudiera sospechar de él no lo habría detenido? Pero Alfonso no tuvo nada que ver, seguro. Acuérdese de Mickey Mouse.

–Disculpe, comisario, no le entiendo.

–Claro que no me entiende, periodista, esa es la gracia. Lo que acabo de decirle: acá a esta pobre mujer la desangraron. Desangrar no es cualquier cosa, no es acogotar, no es pegar un tiro. No hay tanta gente capaz de desangrar. Lo que tenemos que buscar es un desangrador: ese es el orden.

Dice, y se para: se ve que la lección ha terminado. Yo hago un intento más:

–Disculpe otra vez, comisario. A mí me gustaría hablar con este hombre, Alfonso. Si usté me puede decir dónde lo encuen…

–¡¿Para qué?!

–Para hablar, para que pueda decirme su versión.

El comisario me sonríe con esa falsa amabilidad del que se cree que te domina: parado es un hombrón casi imponente. Detrás, en la pared descascarada, el retrato de San Martín envuelto en la bandera justo antes de liberar la patria y el del cerdito Justo, nuestro querido presidente, justo antes de entregarla, también me miran desde arriba.

–Sería un error, estaría molestando a un hombre de bien. Yo no voy a contribuir a esa equivocación. Y si fuera usted, no lo haría. No le conviene, Rivarola.

Dice, ya serio, ya prusiano. El comisario Kraft debe saber mucho de armas, de delitos, de orden, quizás incluso de torturas; no parece que sepa demasiado de periodistas o, peor, de personas. Antes de que termine con sus amenazas yo ya decidí que voy a buscar a este español hasta debajo de las

piedras. O, mejor: que voy a obligarlo a venir a buscarme. Alfonso, Alonso, Pérez o Rodríguez: ya va a ver la cierva.

Pero ni eso puede compensar la decepción de haber pasado de suicidio a asesinato. El suicidio es dramático y complejo allí donde el asesinato sólo es violento y primario; el suicidio pone a bailar a todos los fantasmas, el asesinato solamente al miedo; el suicidio es una pregunta sin respuesta cierta mientras que el asesinato es una interrogación que va a ser contestada. Está claro que el misterio profundo de un suicidio no se puede comparar con las preguntas banales de un asesinato. En el suicidio el homicida sólo puede ser uno: la duda no está allí, sino en los motivos, en la dificultad de entender por qué alguien podría cometer el acto más radical, más extremo que alguien podría cometer, si lo hizo con plena conciencia y control, si se dejó llevar por vaya a saber qué raros vientos, si por qué, por qué, por qué. El misterio del asesinato, en cambio, es cuantitativo: podrían ser muchos, necesitamos que sea uno: ¿quién de tantos posibles lo habrá hecho? La causa –la razón– del crimen sólo es un modo de descubrir al individuo y la forma de, si acaso, conseguir su condena; no es, como en un buen suicidio, esa gloriosa construcción que, al precio de su vida, un hombre o una mujer desesperados consiguen dejar a los que van quedando. El suicidio es arte; el asesinato, trabajo de oficina. Así que me engañaron otra vez: yo tenía un magnífico suicidio y ahora tengo que conformarme con un triste asesinato. Minutos más tarde, cuando llego al diario, le informo a Galuzzi el bruto cambio y le da un ataque. Pero no, como yo, contra la policía o contra el mundo.

–¡Asesinato! ¡Pero qué manga de hijos de puta, asesinar a alguien haciendo creer que se mató, la concha recalcitrante de sus madres! ¿Adónde vamos a ir a parar?

Grita, nostálgico. Es cierto que por momentos parece que viviera en un pretérito perfecto –y este es uno de ellos:

–Ya no se puede creer en nadie, Pibe, en nadie. Antes la gente tenía palabra. Los malevos tenían palabra. Si tenían que degollarte te degollaban

al pie de la letra. Ahora todos mienten todo el tiempo. Antes se decía la verdad, cada cual moría con la suya. Ahora todos tratan de engañarte cada vez que pueden. Hasta para matarte van y te engañan los hijos de mil putas…

Dice, y parece dispuesto a seguir un rato largo. Yo, para achicar los daños, lo interrumpo con el señuelo de la pista:

–Hay un tipo que podría ser, tenemos que buscarlo. Nada muy seguro, pero me parece que vale la pena sacudir un poco el avispero a ver qué sale.

–¿Qué va a salir, Rivarola? Avispas, qué querés que salga.

–No, jefe, en serio. ¿Puedo escribir que hay un sospechoso, fulano de tal, esas cosas?

–Mejor poné que se está hablando de fulano, o algo así. No digas sospechoso, que por lo que me decís tampoco es eso.

–Lo que usté diga, jefe.

La nota queda lista en diez minutos: cada vez soy más eficiente para escribir pavadas. El titular, por supuesto, es todo cierto: ¡Asesinato!, dice, a tres columnas, y la nota explica que, en un vuelco dramático, ahora la policía considera que el supuesto suicidio de la señorita Genoveva Nogueira (a) Madama Ducarré no fue tal, sino un asesinato. Que así se diluyen muchas de las especulaciones que esa misma fuerza propagó con cierta ligereza sobre las razones que la pobre mujer podría haber tenido para matarse y se abre todo un terreno nuevo, inexplorado: el de sus eventuales asesinos. Y que, en esa selva virgen, hay nombres que llaman la atención: uno es el de un ciudadano de origen y filiación desconocidos, un tal Alonso o Alfonso Gutiérrez de la Cierva. «Nombres que llaman la atención» es un hallazgo: una buena manera de decirlo todo sin decir nada. Y de eso se trata, al fin y al cabo, o viceversa.

13

No me lo dijo ella directamente, pero le dijo a mi vieja que me dijera y es un avance del carajo: Estela me mandó decir que hoy a las diez Estelita salía del hospital, que si quería pasar a saludarlas. Así que acá estoy, las diez clavadas, más puntual que nunca en mi vida, firme como un bombero en la puerta del Argerich esperando que terminen los trámites del alta. No llueve pero hace frío, sopla el viento: es uno de esos días de agosto que hacen que Buenos Aires sea un nombre socarrón.

–¡Andrés!

Grita una voz que conozco demasiado y entonces las veo, Estela con un sobretodo de paño gris y un sombrero más o menos a juego y, colgada de su brazo, mi hija envuelta en una bata rosa que le queda muy grande pero consigue protegerla. Estelita tiene el cuello vendado y la cabeza cubierta con un gorro marrón y ya le llega al hombro a su mamá: si a sus 9 años está así, no quiero imaginar cómo será a los 15. Mientras tanto, corro a saludarlas. Cuando estoy a dos pasos Estelita me mira, me sonríe, levanta los brazos como para abrazarme pero vuelve a bajarlos. Abre la boca, también, como para decir algo:

–Pa…

Empieza, pero no termina y mira a su mamá y se queda callada. Yo me acerco, la abrazo, digo hija.

–Hija, hijita.

Ella se revuelve como si el abrazo la incomodara, o las palabras.

–Dale, vamos, no nos vamos a quedar acá paradas, con el frío que hace…

Dice Estela y yo le pregunto si puedo acompañarlas y ella me dice no, Andrés, ahora no.

–¿Cuándo, entonces?

–Hablemos.

–Quiero verla, Estela. Necesito verla.

Digo, sin pensar que ella está allí delante.

–Hablemos y arreglamos algo.

–Quiero verla.

–En cuanto se recupere lo arreglamos.

–¿Y de verdad no quieren que las acompañe? Busco un taxi y…

Estela tira del brazo de Estelita; las dos caminan hacia un taxi parado unos metros más allá. En el asiento trasero un hombre las espera. Parece mayor, pero no llego a verlo bien. El hombre se baja, las abraza, les sostiene la puerta mientras entran. Es bastante jovato, me parece –o por lo menos es pelado.

Me vuelvo caminando: necesito rumiar. Seguramente es él pero sin duda no es mi asunto, me digo, y me digo que sí, que Estela puede hacer con su culo una peineta pero que tengo el derecho de saber con quién vive mi hija, quién le hace –aunque no me lo diga así– de padre. Aunque por un momento temo que eso de mi hija sea sobre todo una buena excusa para saber en qué se metió Estela, quién y cómo y todo eso y que no seas gil Rivarola a vos qué te importa a esta altura esa mina y que ya se quedó tan atrás ahora que… El problema es que después de la palabra ahora no tengo muchas más. Ahora es un verbo peligroso: me concentro en mis pasos. Camino por el Bajo contra el viento, molesto, peleador, que me obliga a agarrar mi sombrero para que no se vuele y por alguna razón que no consigo precisar se me ocurre preguntarme si habrá hombres que la acomoden de los dos lados, que un día la lleven de un lado y otro del otro, digamos, por ejemplo, yo que siempre cargo de la izquierda y que jamás se me ocurriría pasarla al otro wing, que ya asumo como un dato de la vida que tengo el manubrio de ese lado pero quizá no todos sean iguales, pienso, tampoco en eso, y me parece tan extraño estar pensando en esto que doblo en la avenida Independencia a ver si evito el viento en las calles angostas de

San Telmo y me distraigo, pienso en otra cosa o consigo, por fin, no pensar nada. No lo logro: voy mirando personas, mercaditos, carteles, casas bajas, mucho conventillo y vuelvo a pensar en el pelado, en lo idiota que fui de no mirarlo en serio y sacarle la ficha y, por un momento, me pregunto si cargará a la izquierda o la derecha, si cargará de los dos lados y mi imbecilidad me ruboriza –supongo que me ruboriza–, hasta que salgo a la Plaza de Mayo y la Avenida de lo mismo y a todos esos edificios pretenciosos, faroles pretenciosos, coches pretenciosos, cafés y negocios y teatros pretenciosos que se empeñan en simular una ciudad sin crisis, sin mishiadura, una ciudad donde los tangos de Discepolín hablaran de marcianos.

Me cabrean: nada como cabrearse para recuperar cierta cordura.

Hago como que escribo. Ya son casi las doce y, tranquilo en mi escritorio, el Hontanares humeando en el cenicero de lata de Cinzano, tecleo palabras sueltas, espero alguna musa. No aparece ninguna ni tengo mucho que agregar a lo que ya salió esta mañana; por suerte Galuzzi no está, porque si estuviera seguramente me mandaría a buscarme otra. Dorrego intenta, a su manera:

–¿Rivarola?

Me medio grita desde su escritorio, y yo simulo que no oigo. Entonces grita más fuerte, con igual resultado; se levanta, se acerca. Pobre Dorrego: la distancia entre lo que se cree y lo que es se mide en años luz.

–¿No me oías que te estaba llamando?

–Ah, ¿eras vos?

Le digo, como si siempre oyera voces celestiales modulando mi nombre.

–No seas gil, Rivarola, no me busques que me vas a encontrar.

–No te calentés, Dorre, ¿qué querías?

Dorrego se queda callado un momento, se pasa la mano por el pelo engominado, mira al techo como si allí hubiera respuestas, suspira –o resopla– y me dice que nada.

–No, nada. Quería proponerte algo pero se ve que no se dan las condiciones.

Me dice, como si yo fuera una quinceañera que le va a saltar a la falda para que le diga de qué se trataba. Y pensar que al principio llegué a tenerle medio miedo.

–Ah, bueno.

Le digo, y vuelvo a mirar mi hoja en la máquina; se va. No hay nada más emocionante que la vida de oficina.

–¿Rivarola?

Oigo de nuevo, pero esta vez la voz está detrás y es otra.

–Debo ser yo.

Contesto, y me doy vuelta.

–Che, vos sos el que está llevando lo de Genoveva, ¿no?

–Sí, Gargano, ¿por qué?

Raúl Gargano es un señor, uno de esos que estaban para más y se hundieron en el periodismo, un cincuentón que lleva años escribiendo una sección de chismes de políticos que los políticos –y todos los que quieren parecer en el ajo– leen religiosamente los lunes, miércoles y viernes. Gargano tiene esas sienes canosas que se llevan tanto en los clubes de caballeros distinguidos y está siempre impecable; a veces se clava incluso un clavel rojo en el ojal. Por eso me sorprende que la llame Genoveva.

–No, nada. Quería decirte que te estuve siguiendo y, la verdad, me pareció lógico, pobrecita, lo del asesinato. No me cerraba que se hubiera matado.

Yo no disimulo la sorpresa:

–¿Que no te cerraba? ¿Qué no te cerraba? ¿Qué me querés decir?

–No, nada, eso, que no me parecía que ella pudiera hacer algo así.

–Pero no entiendo, ¿vos la conocías?

–Claro, la iba a ver con bastante frecuencia.

Me dice, como si fuera lo más normal del mundo: voz, gestos de lo más normal del mundo. Y después, más susurrado:

–Genoveva era una bomba.

–¿Una bomba?

–No, no como vos pensás. Por qué será que todo el mundo…

–No me digas que te contaba cosas.

Le digo, con una sonrisa, y él se pone serio. Está parado a un costado de mi escritorio y tengo que mirarlo desde abajo; ahora me sonríe, condescendiente pero serio:

–No, qué estás diciendo. Era una mina cabal, no iba a hacer eso. No, lo que te quiero decir es que sabía de verdad. No era una de esas farsantes de feria, había estudiado, cuando te decía algo te lo decía con fundamento…

Yo no sé qué decirle. O mejor: me da vergüenza decirle lo que sé que tengo que decirle.

–¿Me estás diciendo que sus predicciones funcionaban?

–Claro que funcionaban, Rivarola, claro que funcionaban.

–¿Querés sentarte, Gargano?

Digo, y le ofrezco un cigarrillo. Él me dice que no, que ya es la hora de comer pero que sólo quería decirme, un poco tarde, que no me la tomara en joda, que la madama le salvó la vida a más de uno.

–¿Y cómo trabajaba? ¿Qué era lo que hacía?

–Ahora no puedo, Rivarola. Cuando pueda te cuento.

Me dice, amaga irse. Yo le insisto: a él sí podría preguntarle todo lo que debería haberle preguntado a Raquel y me tragué por pudor, por vergüenza, por no darle más todavía la razón. Él lo piensa de nuevo:

–Mirá, tengo una idea: si querés te invito a comer y te cuento tranquilo.

La idea –le digo– me parece excelente y –no le digo– me sorprende: no somos amigos, nunca hemos charlado más que del tiempo y el partido del domingo. Pero tampoco están las cosas como para sacarle el cuerpo a un buen almuerzo gratis –y Gargano tiene fama de cuidarse.

–¡Qué gusto, Raúl, otra vez por acá!

–Bueno, si no recuerdo mal estuve el viernes.

–Por eso, cuanto más mejor. ¿La mesa de siempre?

El señor de smoking no espera respuesta: conoce la respuesta. De pronto se me ocurre que la buena educación, en estos sitios, es no hacer

ninguna pregunta que no conozca su respuesta. Es notable, en todo caso, la cantidad de preguntas que se hacen sólo por ritual, y más en lugares como este: a veces me parece que todo lo que hacen los ricos es un ritual muy ensayado.

–Justo hace un rato se fue el doctor Agüero.

Dice el señor de smoking mientras nos lleva. El señor camina entre las mesas de manteles tan blancos, copas relucientes, caballeros, como si fuera el patio de su casa. Es, en realidad: Julio Pedemonte –cuarenta y tantos años, más gomina que pelo y la sonrisa como una copa nueva– es el dueño, hijo del fundador, pope del comedero prestigioso, y su smoking negro impecable le permitiría ir sin más escalas a casarse o a hacerse enterrar.

–Aquí, por favor, pónganse cómodos. Ahora mismo les mando a Emilio que les tome el pedido.

Pedemonte tiene fama de ser uno de los mejores restaurants de la ciudad: cuarenta años abierto, ese cartel dorado y negro a puro firulete, la vajilla francesa, la ilustre máquina de café italiana, los espejos y las maderas trabajadas, los ricos más famosos y los otros. Está a dos cuadras del diario, sobre Rivadavia, y yo he pasado miles de veces por la puerta pero, hasta ahora, no la había atravesado nunca: no me atrevía, no era mi lugar.

–Gracias, Julio, vos siempre tan amable.

–Si yo no soy amable quién va a serlo, ¿no, Raúl? Para eso estamos.

En cuanto se va, Gargano me pregunta si en serio no lo conocía; yo le pregunto a quién, a qué.

–A Julio, hombre, quién va a ser.

–No, yo soy más de los ravioles de la mamma.

Le digo, con sonrisa para que crea que es un chiste: nada me gusta más que decir la verdad como si fuera una mentira o una broma. El restaurant debe tener dos docenas de mesas, todas llenas, y si acaso tres o cuatro mujeres. Los caballeros son mayores y pelados. Yo debo ser el más chiquito, un pendejo de 33 recién cumplidos, pero ninguna mina me elegiría entre ellos: no soy tan feo pero me faltan muchos ceros. Gargano me informa que vamos a pedir la pascualina, que es la mejor del mundo, y

después, si me parece bien, la milanesa. Yo le digo que claro, lo que él diga –y todavía no salgo de mi asombro.

La pascualina no está mal, pero tampoco entiendo por qué tantas historias: es una tarta de alcauciles con unos huevos duros y alguna cosa más, nada extraordinario, nada que mi vieja no pueda hacer mejor. Le digo a Gargano que está espectacular y le pregunto si de verdad la consultaba mucho.

–¿A Genoveva? Sí, a menudo. Era una fiera, no dejaba pasar una, se acordaba de todo. Vos la ibas a ver y te parecía que te estuviera atravesando con la mirada. Y ella misma decía que veía demasiado. Imaginate que a veces te atendía con los ojos vendados: para no distraerse, te decía.

–A mí me dijeron que hablaba con los muertos.

–A mí también, pero yo eso no le pedí nunca. Ya con los vivos tengo suficiente.

Me dice, como tratando de apartar el tema sin ser ofensivo.

–¿Y qué hacía, cartas, la bola esa que tenía?

–Las usaba, sí, pero no era por eso. Lo que la hacía distinta era lo que veía, se concentraba y veía cosas, era impresionante… Ojos que no ven, corazón que observa, decía, pobrecita. No sé cómo voy a hacer, ahora, sin ella.

Dice Gargano, y se diría que lo dice en serio. Después respira hondo, como quien se sacude una mala sombra, y se ayuda con un chorro de tinto. Yo le pregunto si tenía muchos clientes conocidos y él me dice que sí, que bueno, que ella hablaba poco pero que vio un par de banqueros y políticos y varios militares. Que por ejemplo un día de casualidad se cruzó en la puerta con el mayor Perón.

–¿El mayor qué?

–Perón. No me digas que no lo conocés.

–De nada, Gargano. ¿Tendría que conocerlo?

–Deberías. Es un tipo que pisa fuerte, un verdadero potro. Pero sé que iba porque estaba ahogado y no sabía cómo salir. El tipo tenía deudas importantes, estaba hasta las manos…

–¿Y ella lo ayudó a pagarlas?

–No, cómo se te ocurre. El que se las pagó fue Uriburu.

–¿Uriburu, el general Uriburu?

Gargano se ríe de mi desconcierto.

–Claro, che, fue Uriburu el que sacó el decreto aquel para pagarles todas las deudas a los oficiales del ejército después del golpe del 30. No me digas que no sabías, Rivarola.

–Ni idea, no, ni idea.

–Si fue público, ni siquiera lo escondieron. Como siete millones dicen que se gastó el estado en eso, manga de hijos de puta.

Dice, y parece casi acalorado: decididamente no le pega.

–¿Cómo? Yo creí que vos eras amigo de ellos.

–Definí ellos.

Me dice, con la sonrisa cachadora, y yo sé que no sé cómo hacerlo. Le balbuceo algo tipo los poderosos, personas importantes, nada muy preciso; Gargano me perdona la vida:

–Amigo soy, a muchos los conozco desde chicos, del colegio, del club; lo que no me gusta ser es imbécil.

Dice, justo cuando llegan las milanesas con sus huevos y papas, todo muy redorado, frito de luxe, y la segunda botella de Trapiche y Julio Pedemonte a preguntarnos si todo está de nuestro gusto.

–Claro, Julio, claro, como siempre.

Le dice Gargano, y hay un derroche de sonrisas.

–¿Y me estás diciendo que él la puede haber matado?

–Ni loco, Rivarola, cómo se te ocurre. No, ese a las mujeres no las mata, ni siquiera con la indiferencia. Ese las corre por todos los rincones.

La milanesa está excelente pero no entiendo nada. No entiendo por qué Gargano me invitó, por qué me habla del milico este, qué carajo estamos haciendo en este comedero para ricos. Las mesas están lo bastante separadas como para que nadie oiga las demás conversaciones pero todos se miran, anotan quién está con quién, se comunican y se sopesan y se

amenazan de mesa a mesa con gestos y miradas. Me impresiona pensar que en cuatro o cinco lugares como este se maneja la patria.

–No, lo que tengo que decirte es algo que podría ser grave.

Dice, limpiándose los labios con la servilleta reluciente, mandándose otro chorro de tinto, poniendo cara y voz de grave:

–Vos pusiste eso de que Alfonso podría estar relacionado con su muerte, ¿no?

–Sí, claro. Ya sabés que fui yo.

–Te estás equivocando, Rivarola.

–¿Vos también?

–¿Yo también qué?

–Vos también defendiéndolo a ese tipo.

–¿Por qué, quién más lo defendió?

Yo, por alguna razón que no me queda clara, prefiero no decirle que el comisario Kraft, ayer, me dijo más o menos lo mismo.

–Nada, no importa.

–A mí me importa. No, no quién lo defendió; me importa que no te equivoques con él, podría ser un lío para todos.

Dice, y es curioso cómo esa cara amable, de tío canchero y sosegado, se le vuelve de pronto pura saña:

–Yo a Alfonso lo conozco hace años. Sí, fue él el que me recomendó a Genoveva, la conocí por él. Pero no hay ninguna posibilidad de que él la haya matado. Ninguna, Rivarola.

Me dice y alza la cabeza, pone cara de digno: se ve que el tal Alfonso, a la distancia, sabe ponerlos firmes.

–Y yo sé cómo es esto: al fin y al cabo vos y yo somos colegas.

Dice, estableciendo alianzas. Y que entonces, para que sepa que no me está diciendo tonterías, me va a contar quién es ese señor.

–Así vos mismo vas a poder juzgar si un tipo como él haría una cosa así.

Dice, y se lanza a la sucinta biografía: que Alfonso Gutiérrez de la Cierva puede que no se llamara así cuando nació pero, de últimas, a quién le importa. Y que está claro que nació en España aunque no sabe

exactamente dónde y que lleva por lo menos diez años en Buenos Aires y llamándose así; que es un tipo elegante, educado, un verdadero caballero.

–Alfonso representa a un grupo de exportadores españoles, un grupo fuerte, mandan barcos enteros con aceites, bebidas, frutos secos, parecen chucherías pero es mucha guita. Y tiene muy buenos contactos, acá y allá, muy muy buenos. El tipo ya era importante, pero ahora, con la guerra, se volvió un personaje decisivo. Te lo digo en confianza, y te pido por favor que no lo repitas: Alfonso es algo así como un embajador secreto de los militares que se alzaron. Un tipo pesado, pero un tipo de ley.

Me pregunto de qué ley estará hablando, pero decido no preguntarle por ahora. Es bueno decirse, a veces, por ahora: justifica.

–Yo no sé bien en qué consiste su trabajo, pero sospecho que les consigue información, contactos, les pasa los mensajes, qué sé yo, centraliza las colectas, les manda la plata. Muchas cosas, cosas pesadas, ¿me entendés?

Ahora lo entiendo: me trajo para que me quedara claro que el tal Alfonso es alguien importante, que tiene banca en muchos lados, que él y sus amigos están dispuestos a bancarlo.

–Esa gente es necesaria, Rivarola, tienen razón, que hay que salvar a España de esa manga de desarrapados. Y Alfonso es alguien que va a ayudar para que eso suceda, no podemos permitir que todo su trabajo se vaya al garete por una acusación sin fundamento.

En los platos ya sólo quedan restos, migas de carne descartada, las huellas amarillas de las yemas.

–Y vos tampoco lo vas a permitir, ¿no, Rivarola?

Gargano me sonríe: me gusta cómo es capaz de decir estas cosas sin perder la sonrisa. Pero de pronto me da unas cosquillitas.

–No, supongo que no, Gargano, quedate tranquilo. Pero para quedarme yo también tranquilo te propongo una cosa: ¿por qué no arreglamos para que me tome un café con este Alfonso, y así vemos cómo podemos ayudarnos?

–Puede ser, Andrés, puede ser. No te prometo nada pero puede ser, dejame consultarlo.

Dice, y levanta una copa que ya no es de vino: Julio nos ha mandado dos cognacs que huelen que alimentan.

–Me parece que es el mismo que sirven en el Jockey.

Le digo, y Gargano me mira raro: ahora soy yo el que lo sorprendió. Yo no le digo más pero recuerdo una tarde, hace tiempo, cuando un tal Castelli me quiso engatusar con un cognac así; debería desconfiar.

–Puede ser, Andrés, es muy posible.

Brindamos, sonreímos, miramos alrededor para ver quién nos está mirando. Tras el momento de cariño, Gargano llama a un mozo y le pide la cuenta mientras me guiña un ojo.

–Hay que hacerlo, pero es pura fórmula.

Me dice y enseguida llega Julio y le dice pero Raúl, cómo se te ocurre. Entonces él deja un billete de cinco sobre la mesa, a modo de propina, y se va levantando. Yo lo miro con cara de explicame y él sonríe.

–No me digas que ustedes no lo hacen. Vamos, con los peringundines que salen en la sección de ustedes…

Yo le digo que no le entiendo bien y él vuelve a la mirada desconfiada. Los dos hemos tomado más que un poco.

–Dale, che, no te hagás el gil, vos sabés cómo es esto. De tanto en tanto pongo en el diario que algún político importante, un banquero, un juez hicieron tal o cual comiendo en Pedemonte, y Julio me invita cuando vengo. No me digas que ustedes no lo hacen…

Yo me callo: no le digo que a veces sí, pero en otros lugares.

Primero el comisario Kraft, ahora Gargano se tomaron el trabajo de charlar conmigo para defender al tal Alfonso; me pregunto si él los mandó o vinieron por su cuenta. Dicho de otra manera: si tiene el poder de mandarlos o si tiene tanto poder que ni siquiera necesita usarlo.

14

–¿Vos no lo conociste a Alfonso?

Le digo de movida, sin más presentación, y ella me mira como se mira a un loco o a un tarado. Tiene razón: no sé cómo terminé acá al salir de la comida en Pedemonte. Así que intento recular:

–No, disculpame. ¿Conocés el chiste de la sal, no? Ese que una mujer se queda sin sal y piensa en ir a pedirle a la vecina pero se imagina que la vecina le va a decir que por qué no tiene sal, que cómo no se dio cuenta, que tal, que cual, y entonces va y le toca el timbre y cuando la vecina le abre le dice sabés qué, la sal metetelá donde te quepa…

Ella me mira todavía más asombrada, y yo termino de confirmar que desvarío. Pueden ser las dos botellas de Trapiche o el embrujo de sus ojos brujos o alguna otra cursilería por el estilo –porque hablar del subibaja de sus tetas no sería apropiado. Su vestido de vendedora sigue siendo severo pero su cuerpo lo llena despiadado. Y su cara, sobre todo: el brillo, los hoyuelos.

–Sí, no, disculpame de nuevo.

Le digo, y mi cara debe ser tan patética que suelta por fin la carcajada: su risa es un portento. Yo no sé cómo reaccionar: que una chica se te ría en la cara nunca fue la mejor forma de llevarla a la cama –ni a ningún otro lado. Ella debe ver, también, mi desconsuelo, porque trata de callar su risa:

–Perdone, es que su chiste me hizo mucha gracia. ¿Usted no era el periodista que…?

–Sí, discúlpeme otra vez, Andrés Rivarola, periodista de Crítica. Yo vine hace unos días a preguntarle por su amiga Genoveva, la vidente…

–Sí, claro, me acuerdo, por supuesto.

Me dice, y me sonríe: su sonrisa piadosa es un ataque en toda regla. No hay clientes pero la institutriz germana –la jefa, supongo, de la sección marroquinería de Gath & Chaves– sigue sobrevolando. Y nos mira con toda su reprobación mientras yo intento hablar con ella más normal, tranquilo. Para eso se me ocurre no mirarla, pero no lo hago. Y paso al tuteo pero más sereno:

–Disculpame, sólo quería contarte que Genoveva no se suicidó. La asesinaron.

Le digo, y ella me mira otra vez raro:

–Sí, lo leí en el diario. En tu diario.

–Sí, lo escribí yo.

–Me imaginé.

Nuestros diálogos son por lo menos un fracaso. Pero la idea de que ella me imaginara escribiendo esa nota me da cierta esperanza. Suelo ser más desenvuelto con las chicas –por lo menos con las que no me importan. Esta torpeza no anuncia nada bueno.

–No, claro, pensé que te gustaría saberlo de primera mano. Y, ya que estamos, preguntarte algunas cosas más sobre ella. Como esto de Alfonso, disculpame.

Ángela me mira, me sopesa; al final se decide:

–Acá es difícil. Pero si me esperás podemos tomarnos un café y te contesto tranquila.

–Yo tengo que volver al diario, pero…

–Bueno, no, no si no podés no te preocupes.

–No me preocupo, no te preocupes. Al contrario, voy a poder.

Le digo, y arreglamos: a las siete, cuando ella salga, acá enfrente en la Richmond. Mientras me voy noto que estoy temblando y no miro hacia atrás. Son más de las cuatro; para hacer tiempo –y para hacerme ver– lo mejor es pasar un rato por el diario. Y también, por supuesto, para tranquilizarme.

–¡Rivarola!

Grita, en cuanto me ve entrar, mi jefe, el teniente coronel Galuzzi. Imagino que es puro reflejo y me hago el tonto y sigo a mi escritorio pero no: vuelve a gritar, me llama; me acerco y le pregunto si necesita algo.

–Nada, una gilada: te buscan los de internacionales.

Me dice, con su sonrisa marca «sorna»: para un viejo periodista policial los muchachos de internacionales son una manga de pretenciosos más o menos comunistas más o menos mentirosos más o menos vagos. Yo le devuelvo una mirada cómplice, me siento un oportunista de cuarta y encaro hacia sus escritorios. En el más cercano está González Tuñón: la máquina corrida, codos sobre la mesa, la cabeza hundida entre las manos. Me acerco, empiezo a decir algo; él alza la mirada y me pregunta, voz quebrada:

–¿Ya te enteraste?

Tiene los ojos achinados, rojos; yo lo miro asustado y le digo que no, que no sé, que creo que no. Él, muy bajito, me dice que lo mataron, lo mataron:

–A Federico, lo mataron. No lo quieren terminar de anunciar, pero yo sé que lo mataron.

La noticia había llegado una o dos horas antes, y más que noticia eran rumores: que dos semanas atrás, en Granada, unos fascistas habían detenido o secuestrado a Federico García Lorca y que ahora distintas fuentes, todas confusas, de distintos lugares de España aseguraban que lo habían matado. Los fascistas decían que no, que eran rumores de los rojos, una campaña de desprestigio en su contra.

–Yo acabo de hablar con Pablo, que está en Madrid, y me dice que sí, que lamentablemente sí, que no hay esperanzas… Dice que algunos dicen que puede estar vivo, preso, cualquier cosa, pero él está seguro de que lo mataron. Pablo está destrozado…

Justo cuando estoy por preguntarlo supongo que Pablo es Neruda, un poeta chileno también comunista, amigo de ellos, que tiene algún cargo en la embajada de Chile en España.

–¿Neruda está allá?

–Sí, está allá, se quedó. Está allá, como tendríamos que estar todos.

Dice Tuñón, casi un gemido. Y llega Kosinsky y cuatro o cinco más, nos rodean, murmuran cosas, preguntan tonterías. Siempre me sorprendió cómo la muerte, ese momento extraordinario, produce sobre todo lugares comunes.

–¿Pero están seguros? ¿Pueden estar seguros?

Tuñón se levanta, me agarra de un brazo.

–Vení, Andrés, acompañáme un momento.

Me dice, y en el pasillo del baño me ofrece un cigarrillo y saca otro. Los prendemos, y me pregunta si quiero escribir algo.

–¿Cómo?

–Sí, sobre Federico. Yo sé que vos lo trataste bastante cuando estuvo acá.

Yo no sé qué decirle: nuestro encuentro fue confuso, entre un chantaje y un flirteo, y sería mejor no ventilarlos. Para ir ganando tiempo le digo que no sé, que me deje pensarlo y que después –pero no puedo terminar la frase porque llega Kosinsky, agitado.

–Ah, estaban acá. Te necesitan, Rivarola. Te están llamando del primer piso, de la dirección. Que bajes enseguida, ya llamaron tres veces.

Respiro hondo, me ajusto la corbata. Me temo lo peor, pero entonces no sabía qué era lo peor.

La secretaria me pregunta mi nombre; se lo digo, me hace pasar sin más esperas. Entro en el antro: la oficina del jefe no es mucho más grande que mi casa pero, en cambio, tiene tanta madera noble –en las paredes, en el suelo, en el techo– como para armar un bosque patagónico; lo raro es que se ve vacía. No sé qué hacer y me quedo en la puerta, miro: el escritorio de dos metros por tres, el juego de sillones tan modernos tan sólidos, los cuadros, los adornos. Recién al cabo de un momento veo, en un sillón de un

cuerpo enorme, donde el suyo parece perdido, a una mujer. Carraspeo para que note que estoy aquí y se endereza, pero no me mira:

–¿Rivarola?

–Sí, señora.

Se da vuelta: es la señora esposa. Salvadora Medina Onrubia, la esposa de Botana, no es una mujer joven: ya debe tener como 40 años, la cara ajada, la voz un poco rota, el famoso pelo rojo desmechado –pero hay algo en sus ojos muy oscuros.

–Rivarola. Gracias por venir.

–Faltaba más, señora.

–Si me volvés a decir señora te hago echar.

–Sí, señora.

Le digo, y por suerte le da la carcajada: hoy es mi día de hacer reír a las mujeres. Sos un hazmerreír, me decía mi maestra de tercero cuando se enojaba.

–Salvadora.

–Lo que usted diga, Salvadora.

–¿Vos te creés que es fácil llamarse Salvadora?

Me dice, la sonrisa canchera, el tono lastimero: es una buena mezcla. Yo no me creo casi nada y me quedo callado. Hoy es mi día de hacer el tonto frente a las mujeres.

–¿No sabés por qué te hice llamar?

Me dice, mientras me muestra con la mano otro sillón individual enorme al costado del suyo. Me siento despacio, para no arrugarlo.

–La verdad que no.

–Me imaginaba. Se murió Federico.

Me dice, como si eso sintetizara algo –o explicara todo.

–Sí, acabo de enterarme. Pero me dijo Tuñón que no es seguro.

–¿Te dijo que no es seguro?

–Bueno, me dijo que no lo dijeron seguro pero que él está seguro. Se lo dijo Neruda.

–Ah, Neruda…

Dice, y se queda colgada: ah, Neruda, ese chileno de la voz finita, dice después, y vuelve:

–Se murió, lo mataron. ¿Te acordás de la recepción que le hicimos en mi casa?

¿Sería por eso? Claro que me acordaba: cuando Raquel y Manzi me llevaron a ese asado con toda la crema en la mansión de los Botana, uno de esos días en que podría haber creído que formaba parte.

–¿Te acordás de que Natalio se quejó de tener que hacer todo eso para él?

–Me acuerdo, sí, me acuerdo. Un tocador de castañuelas, le dijo, si no recuerdo mal.

–Bueno, no se lo dijo, así fue como lo llamó.

–Eso quise decir, seño… Salvadora.

La famosa Salvadora me sonríe: autora de teatro, madre soltera, poeta, pelirroja, anarquista, esposa de Botana. Salvadora está sentada frente a mí, en su sillón de un cuerpo enorme, y su cuerpo inclinado hacia delante y me mira muy intensa: me incomoda. Pero también me halaga y me pregunto si me está llamando. Aunque jamás pensaría en avanzar: peligro horrible.

–Es horrible pero puede servirnos.

–¿Perdón?

–La muerte del pobre Federico: es horrible pero puede servirnos.

Yo la miro a los ojos: esos ojos. Ella aprovecha mi silencio: puede ser, dice, como quien vacila. Pero no vacila.

–Sí, creo que con esto puedo terminar de convencer a Botana de que esos generales son una plaga para la humanidad y que tiene que hacer que el diario se meta en serio en el asunto.

Es cierto que, hasta ahora, *Crítica* no ha tenido una postura demasiado clara: alguna condena formal del golpe de estado –pero tampoco tanto: hace seis años, Botana apoyó con alma y vida la chirinada del general Uriburu contra el pobre Yrigoyen, así que un golpe no lo asusta. Es cierto que después empezó a criticarlo y el general lo metió preso junto con Salvadora.

–Sí, yo creo que con esto lo convenzo. Y quiero convencerlo de que mande a alguien a España.

Dice, como quien sueña o pone orden, y hace que sí con la cabeza, se arregla el pelo rojo. Y entonces se acerca más y me mira muy cerca:

–¿Vos irías?

Yo me muerdo los labios: es un tic que tengo que dejar. Para ganar algo de tiempo –y porque realmente no lo sé– le pregunto por qué.

–¿Por qué yo, Salvadora?

–¿Te digo la verdad?

–Bueno, no estoy seguro.

–Yo tampoco.

Dice ella y nos reímos y me palmea la rodilla. Su risa es contagiosa, y sus ojos tan negros. Su aliento huele a alcohol, o éter, o algo.

–Pero sí, claro, claro que sí. Por supuesto que iría, Salvadora. Y le agradezco tanto que haya pensado en mí.

–Si me tuteás voy a pensar más.

Me dice, con la sonrisa un poco turbia. Pobre, pienso sin querer: no le debe ser fácil conseguir un fulano que se arriesgue a molestar a uno de los dos o tres señores más poderosos del país. A menos que él no se moleste sino que lo agradezca: es una posibilidad. Estás pensando giladas, Rivarola: todavía se puede tolerar que te preocupe el cabreo de tu jefe si te cogés a su señora, pero que te preguntes si te lo va a agradecer porque le sacás un peso de encima es de puta barata: ¿entonces qué, te la vas a coger para quedar bien con él? Y además, primero y principal: ¿quién carajo te dijo que ella lo querría?

–La verdad, a mí me encantaría. Sí, de verdad: si yo pudiera me iría yo. Hay veces que pienso que ojalá pudiera, que ojalá no tuviera todas estas responsabilidades. También sé que estas responsabilidades me dan la chance de hacer estas cosas. Imaginate si puedo conseguir que el diario más leído de la Argentina se ponga del lado correcto… No es poco, ¿no, Rivarola?

–No, Salvadora. Yo de esas cosas no sé nada, pero me imagino que vale la pena.

–Sí, claro que vale. Voy a hablar con Natalio. Ahora anda por ahí, quién sabe dónde, pero creo que mañana vuelve.

Yo la miro y ella debe ver la pregunta que no quiero hacerle, porque empieza a explicarme que es común, que ya llevan más de quince años juntos:

–Si al principio aprendí a no preguntar, imaginate ahora: ya ni sabría cómo. Además el refrán es muy sabio: si no querés que te pregunten, no preguntes.

Me dice, y la sonrisa ya es muy ancha. Dicen que desde que se suicidó su hijo mayor, hace seis o siete años, nunca volvió a ser la misma; no quiero pensar cómo sería antes. Me revuelvo en mi sillón enorme; se levanta.

–Andá, no te preocupes. Ya te cuento cómo sigue esto. Pero sí, habría que hacerlo. Y, para que sepas, no te llamé por capricho, no solamente por capricho.

Me dice, muy de cerca, mientras me levanto.

–Te sigo, me gusta lo que hacés. Ahora me gustó cómo encaraste lo de esta pobre chica, la farsante esta que decía que era vidente.

Lo había olvidado: dicen que, además, es astróloga, ocultista, que se dedica a esos asuntos.

–Sí, me gusta cómo escribís, intenso pero simple, sin arabescos, sin hacerte el vivo. Como un verdadero periodista, y de esos hay muy pocos.

Yo le sonrío, le agradezco, me escabullo como un conejo hacia la puerta. Salgo al gran vestíbulo con la cúpula azteca y no espero el ascensor; subo hasta el quinto por escalera, de dos en dos, a saltos de conejo, y vuelvo a mi escritorio por la sombra. Estoy como en las nubes, no quiero hablar con nadie. Me siento, me prendo un Hontanares, me pongo a leer, en varios diarios, las noticias de España, y sueño con el viaje: Europa, una guerra, el centro de la atención del mundo. Si pudiera ir, si fuera, sería un avance que ni siquiera me esperaba, un gran salto en mi vida. Trato de no pensarlo: de mantener la calma. Quién sabe si funcione, Pibe, puede no funcionar, quizá son sólo cosas de esta mujer, qué va a decir el gran jefe, no te hagas ilusiones. Me da mucho miedo creérmela, la decepción, el desengaño. También, es cierto, me da miedo que salga. No es miedo de la guerra; es miedo de no estar a la altura, de fracasar de nuevo.

Sigo leyendo, imaginando. Primero iría a Madrid, haría unos aguafuertes, buscaría personas que me contaran sus vicisitudes, pero en cuanto pudiera me iría a un frente a contar cómo es una guerra: las esperanzas y los dramas, las formas caprichosas de la muerte. Y encontraría todo tipo de gente y contaría todo tipo de historias con ese estilo que dice Salvadora, simple, sin arabescos, de un verdadero periodista. A ver si resulta que soy, al fin y al cabo, un verdadero periodista. Ella lo cree, y si voy a esa guerra lo van a creer muchos, miles, millones, va a ser la cumbre y el principio y además voy a hacerlo por la mejor causa y será un homenaje al pobre Federico: por fin voy a hacer algo que importe.

Mi cabeza es una tempestad; cuando me acuerdo de mirar el reloj ya son las ocho y cuarto. La Richmond, las pelotas.

Y no me voy a casa porque no podría: porque la noticia me excitó demasiado, así que me doy una vuelta por Los 36 Billares. Tiempo sin venir, bastante tiempo, y más tiempo sin agarrar un taco. No hay casi nadie jugando, y no veo ninguno para hacer partido, así que arranco solo. Todavía no le perdí del todo la mano: alguna bola engancho. Pero estoy distraído: mientras taqueo, se me van armando en la cabeza unos versitos y al final paro para borronearlos.

Soy periodista, señores,
soy el que cuenta y no miente
aunque alguna vez lo tiente
ennegrecer los colores.

Soy periodista, señores,
soy el que cuenta y no miente,
soy el que siente y no siente
las historias, sus dolores.

De ahí puede salir un estribillo; sólo tendría que inventarme todo el resto. Y tratar de que no parezca que me estoy creyendo algo.

15

La noticia salió grande esta mañana, y el artículo era un verdadero firulete: «Con una reiteración siniestra, el cable insiste en repetirnos: "Sí, es verdad que Federico García Lorca ha muerto en manos de hordas reaccionarias". Si los rebeldes de Granada lo han muerto, han asesinado a uno de los espíritus que más honraban a la España del presente. No podemos creer que una vida tan joven y tan oferente de gloria para las letras hispanas haya sido barrida de modo salvaje», decía Edmundo Guibourg, nuestro crítico de teatro levemente poeta, que el año pasado ya había llenado de lágrimas y pimpollos la necrológica de Gardel. Y yo, que había dormido poco y mal, fui al diario y traté de trabajar pero tenía la cabeza desmadrada: la posibilidad de ir a la guerra, por supuesto, y el encuentro con Salvadora y, también, curiosamente, cierto dolor por la muerte del gallego. Últimamente vivo muy cerca de la muerte: es, al fin y al cabo, la materia con la que trabajo. Así que he aprendido –¿he aprendido?– a mirarla con cierta distancia, a buscarle los detalles resultones, la forma más eficaz de presentarla. Pero de vez en cuando hay una que me impacta; no suele hacerlo por su crueldad o su violencia sino por la posibilidad de sentirla más cerca, más posible. La muerte de Federico, supongo, podría ser una de esas. Pero tampoco: ¿qué chance tendría yo de que me sacara de mi casa una horda de fascistas desbocados para llevarme a asesinar a algún barranco?

Así que debe ser otra cosa: una de esas muertes de impacto sospechoso, como la de Carlitos, que te duelen porque te gusta la idea de que te duelan –porque en realidad yo no tuve con Federico más que un par de charlas cortas, par de miradas largas. Pero queda bien decir ay, cuánto me jodió que lo mataran, claro –y entonces cualquier pequeña excusa es buena para

justificarlo. Queda bien: no sólo ante los otros; incluso –¿sobre todo?– ante uno mismo. Hay que hacerlo, de tanto en tanto, para volver a convencerse de que uno es un buen tipo, atento y sensible a los males del mundo.

Por lo que fuera, es cierto que me golpeó, así que le digo a Galuzzi que tengo localizada a una mujer que conoce mucho a la vidente y que voy a tratar de entrevistarla, aunque no estoy seguro de conseguirla. Él me dice que de la vidente ya hablamos bastante, que no vale la pena decir mucho más a menos que aparezca el asesino, ese gallego o cualquier otro. Y yo le digo que sí claro jefe y él no se da cuenta de que es puro verso: una excusa para desaparecer por un buen rato. Quizá ya está perdiendo su olfato legendario, su habilidad de sargento de noticias.

–Déjeme intentar esto, y si no funciona ya lo cerramos, ¿le parece?

–Bueno, fijate. Pero mañana ya te ponés a trabajar en serio.

–Como siempre, jefe.

Ya voy saliendo cuando me cruzo con Señorans. Tiene los pelos revueltos, clásica pinta de no haber dormido, pero no huele a alcohol.

–Con esto me terminé de decidir, Pibe. Me voy, me voy.

Es raro verlo así. Señorans solía ser mi ancla, el amigo que me traía a la realidad. Y ahora es un desaforado que sólo quiere irse a matar fascistas a algún rincón del Pirineo. Lo malo es que yo, aunque no quiera matar a nadie, también querría estar allí.

–Ya me están averiguando cómo tengo que hacer, pero espero poder salir el mes que viene.

Casi le digo que quizá yo también, que sería increíble que termináramos yéndonos juntos –y no sé por qué decido callarme. Quiero irme, salir a la calle; intento despedirme pero me sigue hasta la escalera.

–Estamos organizando un acto.

–¿Estamos, Seño? ¿Vos y cuántos más?

–No me jodas, che, que no es momento para la joda.

–No me digas que a vos también te duele la muerte del gallego. Si lo tenías montado en un huevo…

Señorans me sonríe: no me rompas las bolas, Rivarola. Hacía mucho que no le oía la frasecita; le sonrío también. Después viene la justificación;

siempre hay una justificación:

–No, gil, eso no importa. No es algo personal. Un tipo tan puro, un tipo que nunca agarró un arma y lo matan así. Es, cómo te diría, que al matarlo a él nos están matando un poco a todos…

–Uy, talanca, la guerra se cobró otra víctima.

–¿De qué estás hablando?

–Tu buen gusto, Seño: te convirtió en un cursi.

Le digo y, cuando ya parece que me va a pegar, me da un abrazo.

–Tenés razón, che, disculpame.

(Su disculpa me cae como otro golpe en la cabeza: la memoria de esa chica a quien le pedí disculpas cuatro veces en dos minutos y medio, a quien le propuse que nos encontráramos en la Richmond ayer a las siete, que dejé esperando. Pienso en acercarme a Gath & Chaves a pedirle disculpas otra vez; pienso que es al cuete.)

Y Señorans deshace el abrazo y me dice que mañana no deje de ir al acto en el teatro Avenida, que nos vemos allí, y le digo que sí. Le debo mucho; por lo menos, eso. Y estoy tan perdido que se me ocurre una idea deplorable.

–¿Don Simón no está?

–No, de día se queda en la verdulería.

–¿De día, dijiste?

–Sí, nene, de día.

Me dice, firme, y yo prefiero desviar el asunto:

–Yo creía que la verdulería se la atendía el hijo.

–Sí, se la atiende. Pero él no estaba muy conforme, y además se aburre si no va. ¿Por qué me preguntás?

–Por nada, vieja. Porque me intereso por tus cosas.

–Vos tendrías que interesarte menos y visitarme más, que te veo cada muerte de obispo.

La queja: siempre alguna queja. Y esta vez, además, con sus matices brutos: no es amable mentar a la muerte cuando la última vez que nos

vimos mi hija, su nieta, la gambeteaba en una cama de hospital. Pero mi madre no se fija en esas cosas y, sobre todo, es mi madre. Y yo sigo perdido como turco en la neblina: si no, no hay forma de justificar mi idea de caerme por su casa –mi casa, le digo todavía– a la hora del almuerzo. Mi vieja está planchando, siempre el viejo cacho de fierro con sus carbones encendidos. Es una lucha vieja, que yo siempre pierdo:

–Madre, usted tiene que usar una plancha eléctrica, no puede seguir más así.

–¿Ah, sí? ¿Y quién la va a pagar?

–Yo se la compro, no se preocupe.

–No, si no me preocupo. ¿Y después, si se descompone, quién la va a arreglar? Y si me da una patada la electricidad? No, a mí no me vengas con esas cosas de los modernos. Yo planché con esto toda mi vida y nunca nadie se me quejó de mis camisas…

Entonces le digo que hay un aviso en el diario, que estamos en el mes del buen planchado, que te hacen un buen descuento y hasta te dejan pagarla en cuotas. Y el argumento decisivo: que le va a hacer ganar mucho tiempo. Que tampoco funciona, por supuesto:

–¿Ah, sí? Y qué querés que haga, yo, con ese tiempo? Yo planchando me entretengo. Imaginate, ¿más tiempo para pensar en los problemas? No, yo no quiero de eso.

Me dice y, pasada la tormenta, magnánima como siempre en la victoria, me pregunta si quiero comer algo.

–¿Querés comer algo, nene?

–¿Tiene algo preparado?

–Siempre algo puedo tener.

Me dice, con esa mezcla de orgullo y resignación y reproche y generosidad que es su marca registrada –o, quizá, la de toda madre que se precie. Pero tengo que reconocer que, desde que empezó su «amistad» –así la llama ella– con don Simón, el verdulero de la esquina, nuestro enemigo de la cuadra, se la ve mejor, más aderezada: la bata limpia, los pelos bien peinados. Le pregunto si supo algo de Estelita.

–Sí, claro. ¿No la volviste a ver?

–Todavía no, vieja. Quedamos en que esta semana arreglábamos.

–Arreglá, Andrea, arreglá, que ella quiere verte. Aunque no parezca, quiere. Te lo digo yo, que de eso sé.

Me dice, maestra de la ambigüedad. Mientras, va poniendo la sartén encima de la cocina de fierro y el calorcito se convierte en olores. Yo me sirvo un buen vaso de tinto con soda.

–¿Quiere, vieja?

–Ay, no, a esta hora, ¿vos qué te creés?

Me dice, con una sonrisa de virgen ofendida que me dice que tengo que insistir; insisto, acepta, se lo sirvo. En la sartén crepitan unos fideos con salsa y ella me pregunta por este Federico García que escuchó por la radio que lo habían matado:

–¿Vos lo conocías, nene?

–Sí, vieja. Un poco, nomás, pero sí.

Se queda callada: quizás sopesa el hecho de que su hijo conoce a uno que sale por la radio. O quizá no:

–La gente que se mata en las guerras tiene que estar loca. Yo creo que están enfermos, pobrecitos.

–Bueno, a veces hay causas que lo justifican.

–¿Causas? ¿Qué causas, nene? ¿Qué causa puede justificar que un cristiano vaya y mate a otro cristiano?

–¿Y si no son cristianos?

Mi madre –toda su vida Gianna, ahora Giannina– me mira como diciendo este hijo mío siempre el mismo hinchapelotas. O quizá no diría hinchapelotas pero el concepto es ese: uno que retuerce las cosas para convertirlas en vaya a saber qué.

–Da lo mismo, Andrea, es una forma de decir. Que una persona vaya y mate a otra persona, eso no se entiende. Por más guerras que haya, ¿me entendés? Lo que hay que hacer es llevarse bien con todos y saber ponerte en tu lugar y trabajar para que los tuyos estén bien…

Me dice, en apretada síntesis de su filosofía. Pero se ve que los que matan y los que son matados la siguen fascinando porque me pregunta por la vidente. O quizá sólo me quiere mostrar que sigue mi trabajo:

–¿Y esa mujer vidente que se mató o que la mataron, esa de verdad adivinaba el futuro?

Yo me río bajito: no es fácil poner las palabras «verdad» y «adivinar» tan cerca, tan pegadas.

–¿A vos te parece que alguien puede adivinar el futuro?

–Claro, nene, vos que te creés.

Me dice, como quien se sorprende de tener que afirmar cosas tan obvias. Y, para sustentarlo, me cuenta cómo cuando mi padre y ella eran jovencitos fueron a ver a una adivina en Chiavari, su pueblo en la Liguria, y que fue esta señora tan sabia la que les dijo que veía en su futuro un largo viaje, sí, sí, una emigración, que veía una ciudad lejana con un nombre hecho de dos palabras y que veía que se iban a instalar allí, y todas esas cosas que pasaron, me dice, si no fuera por ella vos no habrías nacido acá, Andrea, mirá, capaz que serías italiano y estarías peleando con esos bersaglieri que mandaron a España, en esa guerra, y yo estaría muerta de miedo, me dice, escuchando la radio todo el día en italiano para ver si dan noticias tuyas –y así de seguido: un destino tremendo del que, primero, hace treinta años, me salvó la pitonisa ligur y, ahora, treinta segundos, el olor a quemado que empieza a salir de la sartén y que la obliga a lanzarse al rescate de mis tallarines.

–Sentate, nene, que te sirvo.

Yo me siento, aliso el hule de cuadritos, me cuelgo la servilleta al cuello y por un momento se me ocurre pensar que qué bueno sería vivir con esas convicciones simples, sólidas, que me muestra mi madre; enseguida, que sería aterrador. Entonces, como siempre, trago: sus fideos recalentados están extraordinarios.

–No dejes de llamar a la nena, Andrea. Te va a hacer bien ser un padre otra vez.

Me dice, ya en la puerta, cuando me despide. Yo le digo que sí claro y pienso pobrecita y que tengo que venir más a menudo y, como cada vez, respiro aliviado cuando doy vuelta la esquina. No tengo más remedio que volver al diario. Y me juro que mañana llamo a Estela, lo organizo.

16

Se diría que González Tuñón tiene vergüenza. O que es tímido y le molesta estar ahí, parado solo sobre el escenario, centro de todas las miradas, un reflector en plena cara, un micrófono con su pie de metal justo delante y él, sus hojas en la mano izquierda, recitando:

> …estaba toda manchada de sangre,
> estaba toda matando a los guardias,
> estaba toda manchada de barro,
> estaba toda manchada de cielo,
> estaba toda manchada de España.

Dice, la voz ronca pero no muy fuerte. Ya cuatro o cinco han intentado su homenaje: una actriz llena de lágrimas jugó con frases de sus *Bodas de sangre*, dos o tres amigos suyos lo ensalzaron y dijeron que sin él la literatura en español quedaba huérfana o vacía o herida o medio muerta o no tan española y que había que unirse contra los bárbaros que vienen marchando con sus cruces y sus autos de fe a quemarnos de nuevo en la hoguera de sus ambiciones imperiales, por ejemplo. Y otro habló más llano de esos días inolvidables que pasó en Buenos Aires, presentando sus obras en este mismo teatro, y contó unas anécdotas simpáticas y entrañables donde él –el narrador– aparecía invariablemente en primer plano. Allí había, sin duda, un género en ciernes: «Yo y Federico, mis historias con el gran García Lorca, poeta y mártir». Pero de todas maneras me emociona recordarlo y ver a mi compañero de redacción tan confundido, tan aplastado por la luz y la pena. Debe ser duro estar ahí, enfrentarse a todos nosotros, imponernos sus versos, una premonición que se ha cumplido:

Ven, catalán jornalero, a su entierro,
ven, campesino andaluz, a su entierro,
ven a su entierro, yuntero extremeño,
ven a su entierro, pescador gallego,
ven, leñador vizcaíno, a su entierro,
ven, labrador castellano a su entierro…

Es, dirá después, un poema de *La rosa blindada*, su libro publicado unos meses atrás, pensados como homenaje a Aída Lafuente, una mujer asesinada un año antes en la cuenca minera de Asturias y cuya muerte representa todas las muertes, como la de Federico también las representa, nos dirá. Yo me pierdo: pienso que quizá lo estaban matando mientras yo comía con ese farabute que quería convencerme de ayudar a los fascistas. O mientras le miraba las tetas a la vendedora de Gath & Chaves. O mientras simplemente era yo, este gil que no sabe qué hacer con su vida porque no encuentra un camino pero al mismo tiempo está demasiado cómodo como para buscar en serio uno. Tuñón termina con unos versos nuevos:

Dónde estará su muerte con heridas y sola.
Dónde estará, desprevenido,
su voz desamparada bajo un arco,
su corazón, donde le nace un río.
Entre los llamadores enlutados,
y el alba de asesinos y de obispos,
sobre la siempreviva fallecida
¡qué raro que se llame Federico!

Tuñón termina, y calla los aplausos levantando la mano izquierda, cerrando el puño en el saludo comunista. Unos lo vivan, otros lo abuchean, algunos empiezan arriba los pobres del mundo en pie los esclavos sin pan y muchos los siguen y los veo tan fervorosos que me dan cierta envidia: a veces me gustaría ser como ellos, ser uno de ellos, poder compartir ese arrebato, esa ilusión. Pero a mi lado una pareja se levanta y se va:

–Ahora lo quieren convertir en un comunista, carajo. Federico no era comunista, pobre, pero estos carroñeros quieren robarse su cadáver.

Dice una mujer madura a su amigo distinguido mientras va hacia la salida. Mientras, otros gritan una canción que empieza diciendo que si me quieres escribir ya sabes mi paradero. La palabra paradero me hace gracia, y me preocupa. Trato de imaginarme ahí arriba y no lo logro, y me pregunto incluso si podría hacer de periodista en situaciones como esta: ver su entusiasmo, mirarlo desde afuera, contarlo sin prejuicios. A menos, claro, que me convencieran, pienso, y que sería tan bueno tener una causa –y que sería insoportable. Desaliento: no sé si soy capaz de tener una causa.

–…en pie, los esclavos sin pan. Y gritemos todos a coro…

Siguen los gritos, los cantos divididos; en los palcos hay banderas republicanas y banderas rojas; en el patio de butacas somos varios cientos: muchos más hombres que mujeres, más jóvenes que viejos –pero tribus distintas: los muchachos comunistas con sus gorras, los señores escritores con sus trajes al uso, las señoras de asociaciones culturales con sus vestidos rojos, Salvadora en un palco, con un sombrero negro de ala ancha que le tapa la cara. Por un momento pienso en saludarla.

En medio de los gritos, sube al escenario un señor sesentón con papeles en la mano y un pañuelo rojo atado al cuello:

–La pelea de los obreros y campesinos españoles es la pelea de los oprimidos del mundo, porque en el mundo de los oprimidos no hay países, no hay España, Inglaterra, Alemania, Argentina. Esos inventos de la burguesía y sus lacayos no conseguirán detener la marcha ineluctable de los pueblos…

Perora, y me pregunto si será necesario que hablen tan rimbombante, tan llenos de sí mismos.

–Cuando las bestias fascistas matan en los campos y las ciudades de España también están matando en la Argentina, en sus campos y ciudades. Cada triunfo suyo es una derrota de la humanidad toda, de los pueblos del mundo, del futuro del hombre…

Declama, y ya no puedo soportarlo: mi capacidad de emocionarme con la muerte de Federico García Lorca está a punto de acabarse, salgo a fumar un cigarrillo. En el vestíbulo casi vacío está, recostado contra una columna, el ínclito Jordi Señorans.

–Viniste, Pibe.

–Claro, te dije que iba a venir.

–Es verdad.

El diálogo no nos lleva muy lejos; le ofrezco un Hontanares.

–¿La viste?

–¿A quién, Seño?

–No te hagas el gil.

–En serio, no tengo ni idea de qué me estás hablando. Vi a una actriz llena de lágrimas y vi la pena y la zozobra que la muerte del poeta ha derramado sobre el mundo, pero no mucho más. Estaba oscuro.

–Raquel. Está ahí adentro.

–Y sí, a veces pasa. Que esté adentro, digo.

–Está con uno.

–Si me dijeras que está con cuatro me sorprenderías.

–Dejate de hacerte el vivo, Andrés. No me digas que no te molesta que esté ahí adentro con un tipo.

–No te lo digo.

–¿Ni te molesta?

–No te lo digo.

Casi me reconforta pensar que nada de lo que pasa consigue desarmar nuestros rounds de esgrima: esa manera de entendernos por encima o por debajo del rumor de palabras. Hablamos un ratito de pavadas: que no, que Inés no sabe, que todavía no se atrevió a decírselo, sí, ella sabe que lo está pensando pero no que es una decisión firme y que de todas formas en estos días no avanzó, que querés, desde ayer o anteayer, que estuvo muy ocupado con el diario y también dio una mano en la organización de este acto, que no, que no sabe qué va a poder hacer cuando llegue allá pero seguro que aparece algo, que los camaradas necesitan toda la ayuda que puedan conseguir.

–¿No tenés miedo de ser una carga?

–Sí, Pibe, tengo. Pero no voy a dejar de ir por eso, ¿no?

–No, supongo que no.

Le digo, y otra vez me contengo de contarle mi charla con Salvadora, la posibilidad de que yo también vaya. En el vestíbulo del teatro hay cuatro grandes retratos de Federico con sus crespones negros: sus labios llenos, su mirada carnal; es raro verlo así, convertido en imagen tan solemne.

–Ahora le van a salir amigos de debajo de las piedras: total, ya no hay forma de comprobar si es cierto.

Le digo, y Señorans confirma:

–Qué curioso que ahora Federico se nos vaya a volver nuestro símbolo. Con lo que se reía de nosotros, pobre gallego…

Dice, y yo, en silencio, me prometo no hablar nunca de mis breves cruces con él: no por pudor sino por el orgullo de no ser uno de esos.

–Disculpen, ¿supieron algo más sobre su muerte?

Pregunta una voz demasiado cuidadosa. Me doy vuelta: Borges también vino a rendir su homenaje, también quiere saber. Tiene los anteojos en la punta de la nariz, dos libros en las dos manos juntas sobre el vientre, cabeza gacha, la calva que progresa.

–No, no hay más detalles, Georgie. Pero todo lo que se sabe es espantoso.

Últimamente lo he visto poco: desde que dejaron de publicar su revista cultural en el diario –y dejó de correr detrás de la Rusita– casi no nos cruzamos.

–Hijos de mala madre…

Dice, al borde del gritito, y estoy a punto de recordarle cómo lo desdeñaba cuando estaba acá pero me callo: la muerte no sólo trae banalidad; también, una manera rara de la tolerancia. Borges se aparta y Señorans se ríe:

–¿Este se habrá acordado de sus tiempos de peligroso comunista?

–¿Comu qué?

–Dale, no me digas que no sabes que sus primeros poemas eran grandes loas a la revolución rusa. «Pasan las muchedumbres / y el sol crucificado en

los ponientes / se pluraliza en la vocinglería / de las torres del Kremlin…»

Recita Seño y yo me río y le digo que bien que se lo aprendió, y las puertas de la sala se abren: cataratas de personas salen hacia el vestíbulo y la calle, algunas todavía cantan algo. Señorans me agarra del brazo:

–Ven, Pibe, te quiero presentar a alguien.

Me dice, y me lleva hasta un grupo de tres que fuma en la puerta, ya casi en la vereda. Uno es el sesentón que me ahuyentó con su prosopopeya; otro es un muchacho muy fornido, el chaquetón a punto de estallar, la gorra de cuero negro hasta las cejas, que uno tomaría por un guardaespaldas si pensara que esa gente tiene guardaespaldas. Y el tercero es bajo y flaco, el pelo negro, las cejas negras, los ojos negros, la barba de dos días renegrida, quizá cuarenta años; tiene un traje marrón gastado y la camisa blanca abierta. Antes de presentármelo, Señorans me instruye:

–Manuel Godoy es el compañero que me va a ayudar con mi traslado. Y también es la persona indicada si necesitas cualquier información real sobre la guerra. Es el jefe del Socorro Rojo en Buenos Aires.

–Ah, perdón, yo creí que el jefe era el que habló recién.

–No, ese es el que habla, el que se muestra en público.

Me dice, con sonrisa cómplice. Nos acercamos y el más bajo da un paso hacia nosotros:

–Mi nombre es Manuel Godoy, compañero.

Me dice, formal, y me tiende la mano. Yo pienso en corregirlo y pienso, al mismo tiempo, que si voy a irme de corresponsal el hombre puede ser un buen contacto.

–Andrés Rivarola, para servirlo en todo lo que pueda, compañero.

Le digo, casi con entusiasmo. A su lado una mujer más joven me recuerda a Ángela, la de Gath & Chaves, y de pronto recuerdo también que Raquel debe estar por acá, en algún lado –así que me concentro en no mirar.

–Seño me ha hablado de ti. Parece que tú también conocías a Federico.

Me dice Godoy, con acento quizás andaluz, sin duda hispano, y yo le digo que sí pero no mucho, que sólo hablamos un par de veces de pavadas, y entonces me pregunta si yo también trabajo en *Crítica* y le digo que sí pero que en policiales y que de todos modos por cualquier ayuda que

necesite no deje de llamarme y, mientras se lo digo, se me ocurre que quizá podamos invertir el orden:

–Quizá yo le puedo pedir una pequeña ayuda ahora. ¿Usted no conocerá, por un casual, a un tal Gutiérrez de la Cierva?

Su cara se transforma: entre risa e insulto, cólera y sorpresa.

–¡¿El hijo de mil putas?! Claro que lo conozco, claro que lo conozco. Ojalá no lo conociera, pero sí. Es el mayor canalla que he conocido en mucho tiempo…

Empieza por decir, y ya no para: que el tipo es un exmilitar o algo así, que de eso no está seguro pero sí que sin la menor duda es un fascista, uno de los realmente peligrosos, que tiene una tapadera de unos negocios pero que está aquí desde hace años agitando para los fascistas, todos los fascistas, argentinos, italianos, alemanes, los que haya pero por supuesto los españoles más que ningún otro y que es un hombre sin piedad, capaz de cualquier cosa para lograr sus objetivos. Yo, mientras lo oigo, me pregunto si ellos no se consideran, también, capaces de cualquier cosa para lograr sus objetivos, pero decido no indagar.

–¿Y por qué me lo preguntas, compañero?

–No, porque justo estoy escribiendo sobre el asesinato de una pobre mujer, una gallega, que trabajaba de vidente acá muy cerca y su nombre aparece, la familia…

–Ah, sí, la muerte de Madama. Sí, la he visto en el periódico. ¿Tú eres el que lo está siguiendo?

Yo le digo que sí y hace una mueca: no sé si de reconocimiento o de desprecio.

–¿Y qué tiene que ver ese hijoputa en esta historia?

–No lo sé, el hermano de la muerta dice que tenía algo con ella, que le sacaba plata…

–Por plata no creo que sea, compañero. Este no necesita plata, los fascistas lo mantienen bien forrado. Pero quizá por alguna otra razón, ¿quién sabe? Por lo que dicen los diarios, esta mujer tenía buenos contactos, ¿no? Quizá le interesaba algo de eso…

–Quizá, quién sabe. ¿Y ustedes saben dónde podría encontrarlo?

–Ni la menor idea, compañero, ni la menor idea dónde está. Y si lo supiera te diría que te fueras lo más lejos posible. El tipo es realmente peligroso porque…

Está diciendo Godoy pero se calla, ahogado en un abrazo: Raúl González Tuñón acaba de sumarse y lo saluda intenso. Los dos hombres se ofrecen mutuos pésames, se palmean los hombros, se dicen que qué dolor y que hay que seguir adelante pese a todo.

–Ahora tenemos una razón más para pelear.

–Como si hiciera falta.

–Como si hiciera falta.

Después, más leve, Tuñón nos saluda a Señorans y a mí y la charla se disgrega; en minutos el grupo se separa. Yo me quedo un momento en la puerta: el teatro ya está casi vacío. Un hombre pasa por la vereda, sombrero bajo, sobretodo de pelo de camello, cigarrillo en la mano. No termino de verle la cara, pero de pronto me recuerda al de la foto de la casa de Madama, el cincuentón elegante con gomina y traje con chaleco: el supuesto Alfonso. Es una tontería: debe haber millones de hombres como ese, y ese nunca podría estar acá. Me debo haber sugestionado, por supuesto, burlas de la mente; cuando quiero volver a mirarlo ya no está.

Camino por Salta hacia mi casa. Son diez cuadras, hace un frío de perros, podría tomar un colectivo, pero necesito pensar; está de más decir que no lo logro. Y para colmo se viene un estribillo a la cabeza:

> No te mataron, Gallego,
> no lo saben pero no.
> Eso lo sabemos yo,
> vos y unos cuantos millones:
> que estás en los corazones
> de los buenos de este mundo
> y ellos arden en el fuego
> del agujero más profundo.

Los tangos casi nunca cantan estas cosas. Digo, a veces algunos de los mejores, como los del maestro Discépolo, se quejan de la mishiadura y las injusticias. Pero casi nunca toman cosas que estén pasando para cantarlas y contarlas; eso es lo que yo tendría que hacer, si supiera cómo.

17

Es cierto que lo mío fue cerdo oportunista. Pero también es cierto que llevo un par de días produciendo poco así que, cuando la telefonista –que no era Josefina– me anunció que un señor Indalecio Nogueira estaba abajo y quería verme, no pude resistirme a la tentación de decirle que lo hiciera pasar. Es infrecuente: no solemos dejar que los civiles suban a la redacción, pero esta tarde necesito –o creo que necesito– que mi jefe me vea haciendo algo, y la presencia del lechero puede ser un buen golpe. Indalecio Nogueira es bajo pero fornido, buenos hombros, la barba bien cerrada, una ceja importante justo debajo de la boina, los bombachos: la viva imagen de esos gauchos que inventa este señor Molina Campos para los calendarios de la fábrica Alpargatas.

–Este es el señor González Galuzzi, jefe de la sección de policiales. Jefe, quería presentarle a Indalecio Nogueira, el hermano de Madama Ducarré.

–Ah, sí, claro, ¿cómo está?

Le dice Galuzzi casi sin mirarlo, mientras intenta hacerme ver que cree que estoy loco. No hay problema: después le diré que se lo presenté porque quería impresionarlo para que me contara más, y asunto arreglado. Pero ahora Galuzzi saca un cigarro, no convida, se lo lleva a la boca. Me queda claro; me llevo al lechero hasta el perchero, agarro mi sombrero y mi bufanda y le digo que lo invito a tomar un café acá abajo, al 36. Él me mira como quien se pregunta por qué no al 8 o al 129 pero no protesta.

–No, no vengo casi nunca. La verdad, si te digo la verdad, yo acá no me hallo. Me parece que están todos como locos, tan apurados, como si estuvieran llegando siempre tarde. Corren, cómo corren. ¿Adónde quieren ir?

Me dice Indalecio porque, para abrir conversación, le pregunté si viene mucho por el Centro –y él aprovecha para comunicarme sus ideas. Estamos sentados en una mesa de la ventana en Los 36 Billares; no pedimos cafés sino dos vasos de moscato y unos manises para ayudarlos a bajar. Ya sin boina, sentado, no parece tan pajuerano –pero hay algo en su forma de moverse que lo sigue vendiendo.

–Acá todos quieren venderte que tienen muchas cosas que hacer, que están muy ocupados, porque la verdad que no tienen ni una mierda. ¿Qué hacen, llenan papelitos, traen papelitos, llevan papelitos? ¿Vos conocés a alguien que coma papelitos?

Dice, y se manda el vaso de moscato sin más ceremonias. Yo levanto la mano, pido otro.

–Yo soy un tipo tranquilo, un tipo de laburo, y mi laburo sí que se come: si no hay leche, los pibes lloran. Pero no me creo ni una, sabés, ni una me creo. A mí lo que me guía son las dos o tres cosas que me enseñó mi viejo: ser decente, no engañar, ser respetuoso con los que se ganaron el respeto.

Dice, y para un momento como para que le pregunte quiénes son; yo me quedo callado, él no se achica:

–Mi viejo sí que se la bancó, mi vieja: se vinieron de allá con una mano atrás y otra adelante, nada no tenían cuando llegaron, pobres viejos. Todo lo tuvieron que hacer, pobres. En cambio nosotros somos una generación de cómodos, nacimos acá, ya teníamos un techo, la comida. Ellos son los que hicieron todo el sacrificio, pero los que nos quejamos somos nosotros. Una generación de llorones, eso es lo que somos.

Dice, siempre bajito, sin forzar la voz: toda la bronca en el sentido, ninguna en el sonido. Yo supongo que los demás nos miran pero miro alrededor y veo que nadie: otra ventaja de las grandes ciudades. Indalecio no para: que esa queja y esa aceleración también se ven en otras partes pero en el centro mucho más, que acá los llorones son legión y que son tan infelices que te miran como si pudieran despreciarte: pobrecitos, ellos, despreciarte, dice, con sus papelitos, y que cada vez que viene lo único que quiere es volverse enseguida.

–Sí, yo no cambio mi barrio por esto ni mamado. Allá conozco a todo el mundo, si me miran es para saludarme. En cambio acá la gente parece que te están midiendo todo el tiempo, dos por tres dan ganas de agarrarse a piñas. Yo no sé cómo la pobre Geno soportaba…

Yo veo una entrada y me abalanzo: no es cosa de desaprovechar. El campesino lacónico resultó un charlatán.

–¿La veías mucho?

–¿A quién, a mi hermana? Claro que la veía. ¿Cómo no la iba a ver? Era mi hermana. Ella nunca se rio de mí, yo la quería.

Dice, abriendo un flanco nuevo, el gesto seriamente triste. Por un momento pienso en la posibilidad de que su amor fuera más que fraterno; la desecho por sucia, por idiota.

–¿Y a mí para qué querías verme, Indalecio?

–Decime Inda, que Indalecio parecés mi viejo cuando me mandaba una cagada.

Dice, con la sonrisa triste, y que es por ella:

–Por ella, jefe, por la Geno. Ella no se merece que esto quede así. Cuando viniste a vernos te lo dijimos, pero vos no nos hiciste caso. Parece que no te importa lo que te dicen los humildes.

Dice, agregando ingredientes a la mezcla: su pobreza, mi supuesto desprecio, yo como un cajetilla inverosímil. Estoy a punto de picar pero me escapo:

–Estuve preguntando por el tipo que me dijiste. Se llama Alfonso, no Alonso. Gutiérrez de la Cierva.

–Sí, eso, se llama así.

–Estuve preguntando pero me dijeron que era un tipo derecho.

–¿Derecho? ¿Qué quiere decir derecho? ¿A quién le preguntaste? ¿Por qué a ellos sí les creés y no a nosotros?

Son demasiadas preguntas amontonadas pero tienen razón –o alguna forma de razón. Inda respira hondo, como quien trata de no decir lo que está por decir, pero al final lo dice:

–Yo estoy seguro de que la mató él. Seguro, cien por cien seguro. Me tenés que ayudar a demostrarlo.

Yo prefiero ir por partes; para empezar, le pregunto por qué está tan seguro:

–Porque es un hijo de mil putas.

–De esos está lleno, pero no andan matando a sus novias.

–¡¿Novia?! ¿Quién carajo te dijo que Geno era su novia?

–No, disculpame, creí que vos decías…

–No, yo no decía. Yo te dije y te digo que se veían, que él la maltrataba, le sacaba la guita, que la usaba…

–¿Cómo que la usaba?

–Sí, no sé, la usaba. No sé cómo, pero estoy seguro.

Yo lo miro y él se pasa las dos manos por la cara y el pelo. Son anchas, poderosas: las imagino en las tetas de las vacas. Su vaso está vacío, mira al mozo. Después me dice que sí, que él sabe que no sabe pero que es así, que le crea que es así, que él no puede saber, no tiene todos los detalles y que además él es así pero que está seguro que fue ese hijo de puta. Y que su madre piensa lo mismo y que su madre puede no tener tanta educación pero que en esas cosas nunca se equivoca.

–Se lo veníamos diciendo que lo dejara de ver, que iba a terminar mal, pero ella se reía. Se creía que podía con todo, pobrecita. Mirá que yo se lo decía…

Le pido al mozo su tercer moscato, segundo para mí, y no sé qué decir. Nos quedamos callados un momento. El lechero tiene una mirada extraña: no consigo saber si es completamente estúpida o astuta, si es lo que parece o me está vendiendo un personaje. De pronto la recuerdo:

–¿Vos sabés si tu hermana tenía una foto con este fulano en la plaza San Martín, con la torre de los Ingleses ahí al fondo?

–Sí, justo estoy levantando su departamento y la vi, sí, claro, en esa foto está con él.

Pienso en pedírsela, aunque no puedo publicarla sin saber si Alfonso fue de verdad el asesino. Pero por lo menos confirmo que tenían una relación y confirmo su cara. De pronto pienso en el tipo de anoche en la puerta del teatro; no tiene sentido.

–Dame un par de días, Inda. Voy a ver si puedo sacudir el avispero.

Le digo, insistiendo en mi metáfora fallida –que de pronto me parece de lo más campera. Él se queda mirándome, le explico:

–Sí, voy a publicar algo sobre él, a ver si algo se mueve. ¿Te parece?

Inda se encoge de hombros, como si le estuviera diciendo tonterías, y pide otro moscato.

–Ustedes nunca entienden estas cosas.

Me dice, como si eso lo explicara todo.

Para mi sorpresa, Galuzzi no se opuso: «Hay un sospechoso que sigue sin aparecer, sin ser interrogado. Amigos y parientes –eso de "amigos y parientes" fue lo más ambiguo que se me ocurrió– reclaman que la policía cite a un ciudadano español notorio en ciertos medios políticos que, según ellos, mantenía con la difunta una relación muy peculiar y que, siempre según ellos, podría tener algo que ver con su muerte», escribí, y lo mandamos arriba en la página ocho. Cada vez tengo menos idea, pero mi ventaja es que puedo decir que la que no tiene ni idea es la policía, y es verdad. Ese es el privilegio que tenemos los periodistas: que todo lo que pasa siempre es culpa de otros.

–Estás aprendiendo a decir sin decir o a no decir diciendo, Rivarola.

Me dice Galuzzi y yo lo veo tan amable que estoy a punto de decirle que, en parte, lo escribí por el cabreo que me produjo la muerte de García Lorca –pero, por suerte, me contengo a tiempo. Es mi jefe, no mi confesora.

18

Esta mañana hay sol: un sol tibio, tímido, uno de los primeros de septiembre. Me doy el gusto de caminar despacio hasta el diario, esas diez cuadras. Antes de salir llamé a Estela –ahora que tengo un teléfono en mi casa mi abanico de excusas se ha reducido mucho– y quedamos en que mañana Estelita va a venir a dormir. Así que camino pensando cómo voy a hacer, qué necesito tener para darle, qué voy a hacer con ella. Tonterías: pienso sobre todo cómo vamos a entendernos con esa nena de 9 años casi desconocida que lleva mi sangre y mi apellido, mi hija Estela. Al lado de eso la guerra es un paseo, pienso mientras entro en el hall del diario, siempre lleno de la gente que viene al servicio médico, al servicio jurídico, a todos esos servicios que Botana les ofrece como para decirles que se ocupa de ellos.

Subo; la redacción no está ni muy ruidosa ni muy llena –son las diez, acaban de mandar a imprenta la quinta edición y los de la sexta todavía andan por ahí–, así que oigo la campanilla de mi teléfono cuando todavía me faltan varios metros para llegar a mi escritorio. Corro, y mientras corro me imagino que hay alguien mirándome, espiándome para llamarme apenas llego. Es una tontería, pero después descuelgo:

–¿El señor Rivarola? Lo llamo de la comisaría Tercera, el comisario Kraft quiere hablar con usted.

Dice una voz muy policial: de pronto el chiste es menos chiste. Pero se ve que el diario de la mañana ya está causando efecto.

–¿Rivarola?

–Sí, comisario, digamé.

–Bueno, no sé qué más decirle. ¿Yo no le dije que don Alfonso no tenía nada que ver con todo esto?

–Sí, creo que me lo dijo, no me acuerdo.

–No me tome el pelo, periodista, que no estoy para jodas. Ya estoy harto de hablar por teléfono y no son las diez de la mañana.

Yo estoy por decirle que sí son, pero de pronto creo que entiendo: deben –¿quiénes?– haber creído que fue él el que me pasó la información de Gutiérrez de la Cierva y lo estarán cagando a pedos desde temprano. La idea me parece deliciosa.

–Pero por favor, comisario, ¿cómo se puede creer que yo me río de nadie?

–Yo no me creo nada, pero hay algo indudable y objetivo: usted está ofreciendo información completamente equivocada.

–¿A qué se refiere, comisario?

Me hago el tonto, lo gozo; del otro lado del teléfono, Guillermo Arnoldo Kraft resopla. Después grita:

–¡No me tome el pelo, Rivarola!

Se ve que el tema capilar lo tiene preocupado. Yo le repito que eso nunca se me ocurriría y que si por favor me puede decir de qué se trata, que yo estoy siempre dispuesto a rectificar mis errores, por supuesto.

–Mire, se me ocurre algo mejor.

Me dice: que le va a dar mi número al señor Gutiérrez de la Cierva para que él me llame y me lo explique, ¿me parece? Yo le digo que claro, que faltaba más, que cuando quiera, y le agradezco su llamado. El comisario no se despide; cuelga. A mí me queda una sonrisa turbia dibujada en la cara.

Después me pregunté si no estaría con él en la comisaría, porque el llamado tardó minuto y medio. Si no, se ve que el comisario Kraft es rápido para los mandados –y que al señor Alfonso no le gusta esperar:

–¿El señor Rivarola?

–En cuerpo y alma.

Contesto, para poner el tono: ¿servil? ¿burlón? ¿caballeroso? La voz del otro lado es tan hispana: grave, pagada de sí misma. No sé quién fue que

dijo que los españoles hablan como si ignoraran la duda; seguramente el Alemán.

–Soy Alfonso Gutiérrez de la Cierva, para servirlo. Creo que debería escucharme.

Me dice, sin preguntarme nada. Pensando en algún modo de justicia poética le digo que bueno, que si quiere nos podemos ver en Los 36 Billares; el señor me dice que preferiría en otro lado. Entonces yo decido mejorar la oferta:

–¿La confitería del Excelsior, le parece?

Es el hotel donde estuvo alojado Federico, donde trabajaba Marek, donde pasaron y me pasaron tantas cosas. El español me dice que no, que ese es un mesón de mala muerte. Yo estoy por preguntarle si conoce una buena, pero no me da tiempo:

–Si le parece lo invito a una copa en la Richmond.

–Si le parece…

–Sí, por supuesto. ¿Esta tarde a las siete?

Me propone, tajante. La cita, pese a todo, me suena de algo.

–De acuerdo, ahí nos vemos. ¿Cómo lo reconozco?

–No se preocupe, yo lo voy a reconocer a usted.

Dice, y me cuelga.

La idea de la Richmond a las siete me da un ligero ataque de melancolía. La Richmond son aquellos primeros cruces con Raquel, cuando me la encontré allí con Borges y sus amigos, hace tres o cuatro años. Pero ahora es la cita que no cumplí con Ángela, una chica tan prometedora, tan llena de sí, tan brutal su sonrisa, tan casada, que me sigue doliendo. Pienso que, ya que tengo que ir para allá, podría pasar a verla por la tienda pero lo descarto: desde que la dejé esperando me debe detestar con toda la razón del mundo y convencida, como yo, de que soy un idiota por no haber ido. Lo que no sabe es que últimamente es siempre igual, que en cuanto hay una mina que me podría ser me las arreglo para cagarla. Y capaz que hace un tiempo no era tan grave, yo seguía siendo un muchacho rana, buena pinta, buena parla,

pero esto no va a durar, Rivarola, te estás haciendo viejo y te vas a quedar viejo y solo como un perro sarnoso. O por lo menos, para no ponerse melodramáticos, como un gatito pekinés.

Trato de consolarme diciéndome que Salvadora, que esa mujer es un mito, que la guerra de España. Y, para mi sorpresa –o para mi salud– pienso más en la guerra que en Salvadora Onrubia: me pregunto cómo será realmente estar en una guerra. Si podré, si lo soportaré. Siempre supuse que no soy cobarde, pero cómo saberlo. He estado en situaciones donde podría haber tenido miedo y nunca tuve mucho; nunca estuve en ninguna que pueda compararse con lo que me imagino de una guerra. Cada vez que vi esas imágenes de las trincheras en la Gran Guerra en Europa, de los soldados acurrucados mientras llueven las bombas, de cuando salen a enfrentarse a la metralla, las bayonetas, los cañones enemigos, de cuando saben que están tan cerca de sus muertes, siempre me pregunté cómo podían. Es cierto que ir como periodista no es lo mismo, pero no sé qué será de mí si, por ejemplo, debo pasarme días y noches en un páramo frío esperando un ataque, compartiendo el fogón con esos hombres, sabiendo que ellos sí pero yo no, que frente a ellos soy puro privilegio. O, más banal, si estoy en Madrid, tranquilo, y empiezan a caer las bombas de la aviación fascista. ¿Seré capaz de soportarlo? ¿Seré capaz de trabajar en esas condiciones? ¿Quiero?

Es temprano; todavía me falta un rato largo para la cita con el señor Cierva. Despacho dos o tres notitas de ocasión –un ahogado en Olivos, un robo a cuchillazos en Pompeya– pero las preguntas no se me van de la cabeza. Entonces, para tratar de sacudírmelas, con perdón, vuelvo a pensar en un proyecto que se me ocurrió hace unos meses. Se me había ocurrido intentarle una letra a El Choclo: parece joda que uno de nuestros mejores tangos no tenga unas palabras a su altura.

Así que lo miro: El Choclo tiene un ritmo tan especial que te obliga a una métrica rara. Los primeros ocho versos son dos cuartetas de trece sílabas, tan infrecuentes, que en realidad son cinco más ocho, pero eso no mejora nada. Y en las dos versiones malas que ya hay, el primer verso y el

tercero –y el quinto y el séptimo– riman, pero los pares no. Yo creo que es mejor si todo rima, y empiezo a intentarlo:

> Si vos supieras lo que piensa cuando llora,
> si vos supieras lo que llora cuando piensa,
> no negarías que te quiere y que te adora
> y le abrirías tus brazos sin vergüenza.

Algo se me escapó. Más allá del «sin vergüenza», que podría quedar gracioso: me estoy dejando llevar por mis tonterías, mis cositas, pero el espíritu de El Choclo no tiene nada que ver con el lamento chirle de tantos tangos posteriores. Tengo que empezar por cualquier otro lado –y es curioso lo que pasa cuando uno empieza, cuando encuentra o se tropieza con ese primer verso, esas primeras palabras: todo lo demás se arma a partir de ahí. Lo primero es azar, todo el resto, necesidad a partir de ese azar. Igual, diría cualquier choborra de almacén, que la vida.

> Son como ratas que se rajan aterradas,
> en cuanto el barco se ladea sobre el agua;
> son como perros que corremos a pedradas
> pero que vuelven con la cola entre las patas.

Raro: empecé con las ratas que se rajan y todo lo demás vino de ahí. Debe ser de tanto escuchar a estos comunistas, pero hoy el azar me agarró combativo:

> Son los canallas que dicen que nos mandan,
> son esos farabutes que se afanaron todo;
> un día cualquiera vamo’ a salir en banda
> y vamos a colgarlos de lo alto de un farol.
>
> Y se creyeron
> que nunca se acababa,

hasta que ahora aprendieron
que ya se les acaba.
De puro miedo
van a sacar las garras
pero es al cuete,
les vamo'a dar igual…

Qué triste verlos,
pobres farsantes,
acurrucados en el fondo de su espanto
y oír sus dientes repiquetear.
Cuando se pierdan, va a ser el mundo
un lugar tanto más amable y más decente,
que nunca vamos a parar de festejar.

Es demasiado peleador, un poco raro para tango, pero puede ser una base. Cualquier día lo vuelvo a agarrar.

19

Don Alfonso Gutiérrez de la Cierva es un brazo de mar. La expresión es bien shiome: la leí alguna vez en alguna revista muy idiota, tipo *El Hogar*, que decía que tal o cual aristócrata hispano estaba hecho «un brazo de mar» –y me dio risa. Juro que le di vueltas pero no terminé de entender de dónde salía la relación entre un señor muy emperifollado y un poco de agua salada encajonada; seguro que los españoles sí lo saben. En todo caso, el señor que levanta la mano para llamarme desde una mesa del fondo del salón de la Richmond, entre señoras que toman sus tés con torrecitas de masas de crema y señores que toman sus whiskies y vermús leyendo diarios, debe ser uno de esos: un brazo de mar.

–¿Andrés Rivarola?

Me pregunta, ceremonioso, cuando llego, y me extiende la mano. Yo le digo que sí y él que Alfonso Gutiérrez de la Cierva, para servir a usted –que, esta vez, soy yo–, y me señala con pompa una silla vacía frente a la suya y su copa de cognac con muchos brillos.

–¿Lo mismo?

Me pregunta, y yo le digo que prefiero un café, si no le importa. No es que no quiera tomarme un buen cognac; es que, por ahora, me importa más marcar las diferencias. El español, creo, lo entiende y endurece el gesto –y se repone rápido.

–Le agradezco infinito su presencia, Rivarola. Confío en que nuestra conversación no será sino de mutuo beneficio.

Cuando su frase termina de enroscarse le digo que yo también lo espero, y que espero que me diga lo que quería decirme. Don Alfonso levanta la copa y brinda con el aire:

–No es lo que quiera, es lo que no querría. Pero usted me lo ha tornado indispensable.

El brazo de mar debe tener unos 50 años: la cara larga y angulosa, las primeras arrugas, el pelo negro engominado, la boca estrecha, el bigotito anchoa, la mandíbula de burro poderoso. Debe afeitarse cada media hora y se le ve el perfume; también se le ven los cientos de mangos que cuesta la alpaca azul oscuro de su traje, el resplandor del brillante en su corbata rojo oscuro, el brillo oscuro de sus ojos, la manicura de las uñas, el blanco marfileño de sus dientes: sus dientes, sobre todo sus dientes. Don Alfonso Gutiérrez de la Cierva es un brazo de mar o un tocino del cielo o, por lo menos, un hombre que no deja al azar ningún detalle indumentario. Si vive como viste, su vida debe ser mucho trabajo.

–Vi que observaba mis dientes, periodista: se nota que es usted un buen profesional.

Me dice, y me confunde: un chico sorprendido mientras se roba un dulce.

–Sí, no se avergüence de hacer bien su trabajo, enorgullézcase. Y este asunto de los dientes es muy serio. Sí, son nuevos, son caros, son de los mejores. ¿Sabe qué pasa? Que todavía no nos hemos acostumbrado a estas formas de hacernos mejores. Nos parece que lo natural es mejor y no, lo mejor es lo humano, lo que el hombre ha sabido inventar para mejorar la especie. Y es cierto que, en este tema, antes no se podía, las dentaduras se caían, eran un engorro; ahora han inventado unos pegamentos extraordinarios, increíbles. Es el progreso, periodista; antes la gente se moría por no tener dientes o se quedaba sola por no tener dientes; ahora no. Pero los comunistas quieren que vayamos todos sin dientes, eso es lo que pretenden: nivelar para abajo, despeñarnos. Y, por el otro lado, algunos de mis amigos creen que para defender nuestras mejores tradiciones hay que ir contra el progreso: más errores, más equivocaciones…

Dice, y podría seguir pero me ve la cara. Si quería despistarme lo supo conseguir: lo último que esperaba era encontrarme con un brazo de mar que

me hablara de dientes con prosodia de revista pretenciosa. Por salir del paso –para tratar de confundirlo– le tiro la única bomba que se me ocurre, una bombita:

–Usted estuvo en el homenaje a Federico García Lorca.

Le digo: afirmación, no pregunta. El brazo no parece sorprendido.

–Claro, por supuesto. Yo no podría estar más en desacuerdo con sus ideas políticas. Pero reconozco la profundidad de sus palabras, la grandeza de su espíritu. ¿O usted se cree que nosotros peleamos contra eso? Al contrario, señor, nosotros peleamos por eso, para eso: para que el espíritu triunfe contra las trampas del materialismo.

Dice, y me sonríe como un maestro satisfecho: qué bien que el idiota del penúltimo banco a la derecha está empezando a entender algo. Yo pienso en pedirle que me aclare el nosotros pero no me da espacio.

–Así que si usted quiere participar del alumbramiento de este tiempo nuevo, sepa que siempre será bienvenido a los puestos de vanguardia. Pero, mientras, vayamos al grano, mi estimado, que ni usted ni yo tenemos tiempo. O, mejor dicho: tenemos todo el tiempo, pero ninguno que perder, ¿no es cierto?

Don Alfonso se detiene un momento y me mira: está claro que no espera respuesta. Ni yo tengo ganas de contestar pavadas.

–Sí, es cierto, el futuro es nuestro; sólo nos queda por ponernos de acuerdo en quiénes somos nosotros. Pero no se preocupe, que no voy a aburrirlo con lo que ya sabe. Al contrario, me veo obligado a decirle ciertas cosas que parece no saber. Para empezar, y para terminar: no voy a tolerar que la maledicencia de un gañán llegue a la imprenta y amenace mi reputación.

Dice, en un tono bajo que es mejor amenaza que si me lo gritara.

–¿Un gañán? ¿De qué me está hablando?

Le digo y él, por un momento, se queda callado. Después me dice otra vez que no perdamos tiempo.

–No perdamos el tiempo, periodista. No nos detengamos en simular que no sabemos lo que sí, ¿entendido? Esta denuncia no puede venir sino del

lechero ese del hermano, ese gañán porfiado de quien, si quiere, otro día le cuento las hazañas…

Sus palabras también son un brazo de mar: parece como si las comprara en las mejores casas del ramo, primorosamente elegidas a una velocidad de vértigo. Como si ignorara la duda, decía el Alemán.

–Pero hoy no nos hemos dado cita para eso. Hoy voy a ser claro, tanto cuanto conciso: yo no la maté. Yo no maté a esa mujer. No le voy a decir que no haya habido veces en que quizá lo mereciera, pero yo no hago esas cosas. ¿Cómo voy a matar a una mujer, periodista?

Me dice, y me mira desafiante. Lo del merecimiento fue un toque distinguido: no niega que quizá lo hubiera hecho; niega que lo hizo –y así desarma los argumentos del hermano y la madre. Pide otro cognac con el menor gesto posible; casi sin gesto, sin palabras, me pregunta si quiero otro café; yo niego, saco un cigarrillo. Él me mira con un poco de asco pero se contiene:

–Yo no mato mujeres, periodista. Yo soy un caballero y, sobre todo, soy un hombre. Los hombres no matamos mujeres; eso se lo dejamos a los impotentes y a los maricones, en ese o cualquier orden. Se lo voy a explicar, si le parece. Nosotros creemos que uno puede, si es necesario, matar a sus iguales. Son las reglas del torneo, las reglas de las justas justas entre caballeros: un caballero puede matar a su igual en justa lid. Lo que no puede es deshonrarse matando a un inferior, ensuciando su espada en cualquiera o cualesquiera. Y es muy raro que una mujer no sea inferior a un hombre verdadero.

Dice, y saca de un bolsillo interior del saco –la alpaca vuelve a su lugar sin una arruga– una libreta del tamaño de una mano, tapas de cuero negro, hojas sin renglones, y una Parker bordó que desenrosca con cuidado. La abre, busca una hoja en blanco, traza una raya vertical y, paralela pero más abajo, otra semejante.

–A ver si se lo explico, a ver si me lo entiende: el rango de inteligencia de los hombres es esta primera raya, la de más arriba. La inteligencia de las mujeres es esta segunda. Usted ve, periodista, que la intersección de ambas sólo se produce entre la parte más baja de la superior y la más alta de la

inferior, ¿no es cierto? O sea: que sólo las mujeres más inteligentes pueden estar a la altura de los hombres menos. ¿Me comprende? Lo cual significa que un hombre como yo nunca podría encontrar una mujer que estuviera a su altura. Y, por lo tanto, jamás podría matar a una sin faltar a su deber de caballero: no estaría matando a un igual sino a un ser inferior. Creo que he sido claro.

Me dice, como si redoblara un tambor de desfile, y ladea muy levemente la cara para mirar en la mía el resultado de su explicación. No sé qué ve; yo sigo tratando de decidir si querría escupirle un ojo o matarme de risa. Aunque sé que si tuviera un palo de amasar le partiría la cabeza.

–Muy claro, señor, muy claro.

Le digo, volviendo a mi papel.

–¿Y tiene alguna idea de qué fue lo que pasó?

–¿Yo cómo voy a tener nada de eso, periodista? Para decírselo con toda precisión: ¿yo qué sé? Yo de ese asunto no tengo ni idea, ni puedo tenerla ni quiero tenerla.

–Pero usted la conocía bien…

–La conocía, digamos, sí, la conocía. Bien es una forma de decir. No vamos a debatir en qué consiste conocer bien a una mujer. Pero, en cualquier caso, no estoy seguro de que una mujer como Genoveva se dejara conocer bien, como usted dice.

Yo recuerdo una vez más la foto, dos tortolitos en la plaza San Martín, Retiro al fondo.

–Pero bien que la conocía…

Insisto, casi guarango, como para decirle que no voy a entrar en silogismos y pavadas y el brazo de mar, tras un silencio, vuelve a ladear la cara y baja la voz para decirme que es cierto que esa mujer no era, para él, una mujer cualquiera:

–Sí, es cierto que nos teníamos un verdadero afecto mutuo. Además, entre nosotros, mi estimado, yo le enseñé todo lo que sabía: yo invertí mucho tiempo en ella, mucho esfuerzo; no iba a ser tan necio como para despilfarrarlo. Y me dolió, se lo confío: su muerte me dolió más que lo que habría imaginado.

Dice, como si el dolor fuera una basurita en un ojo. En modo confesional resulta menos convincente que en modo rimbombante, cuando no lo resulta casi nada. Es repugnante y fascinante: me llena de envidia un tipo tan seguro, tan satisfecho de sí mismo. Esa gente que vive feliz en medio del odio de casi todos los demás. Y que por eso, es cierto, suelen cuidar a los que sí los quieren: saben que no son muchos y que no pueden darse el lujo de perderlos.

–Sí, me dolió. Y de hecho todavía me duele.

Dice, uña encarnada en vías de curación, ampolla chica en el talón derecho. Es curioso hablar civilizadamente con alguien de quien estás seguro que te está mintiendo, pienso –y que en ciertas culturas de Papúa Nueva Guinea y del Occidente cristiano es lo que llaman, entre otros nombres, el amor. Me sonrío.

–¿Qué tiene, periodista? ¿Me podría decir de qué se ríe?

–No, Gutiérrez.

Es bonito decirle Gutiérrez: el brazo de mar se queda manco.

–No, Gutiérrez, no podría. Algo, quién sabe qué, alguna cosa. ¿Así que usted no tiene ni la menor idea de cómo mataron a la pobre Genoveva?

–Exactamente eso le estoy diciendo. Con una mujer así, pueden haber sido tantas cosas… pero si alguien la mató, quién sabe si no fue la familia. Ese hermano delincuente que tenía, pobrecita.

–¿Hermano delincuente?

–Sí, ese hombre, el lechero…

Dice Gutiérrez, con una vaguedad tan calculada que resulta demasiado precisa.

–Pero le insisto, periodista, que no tengo ni la menor idea.

–Bueno, entonces no tenemos más nada de qué hablar, ¿no le parece?

Le digo, con una sequedad que me sorprende. Yo solía ser uno que trataba más o menos bien a todo el mundo.

–No, periodista, ahí es donde usted vuelve a equivocarse. Es usted quien dio comienzo a esta conversación con las sandeces que publicó en su diario, si es que vamos a llamar diario a ese hato de papel manchado. Así que la

conversación no acaba hasta que usted publique sus disculpas. O, en su defecto, se tendrá que acabar de formas antipáticas…

Dice, y se acomoda el saco: recién ahora noto que la prestancia de la alpaca permite, también, que casi no se note el bruto bulto a la altura de su sobaco izquierdo. El brazo, se diría, es de armas tomar. Me levanto y, ya parado, hago algo sorprendente: pongo las dos manos en la mesa, me inclino sobre él, lo miro fijo, mi cara a dos palmos de la suya.

–Puede esperar sentado.

Le digo, y salgo caminando. Yo no suelo hacer cosas como esa.

A los pocos pasos me da como un tembleque. No es realmente un tembleque; llamémoslo una agitación. Vuelvo a escuchar en mi cabeza sus historias de caballero con espada, su legitimidad para matar. Y me preocupa entender que no se mide: si al principio de la conversación pude –quise– creerle que él no había sido, el momento de la amenaza me convenció de lo contrario. Mi madre solía cocinar las verduras hasta su punto perfecto, decía el otro, y después quince minutos más. Así, este gilún: si se hubiera callado a tiempo me habría convencido. Pero ahora creo que sí, que la mató o que por lo menos sabe quién la mató y fue uno que él conoce. Sigo sin tener ni idea de por qué, ni de qué podría hacer. El comisario Kraft está de su lado, y yo no tengo ninguna prueba –ni siquiera ninguna certeza– como para escribir esto en el diario. O sea que estoy atrancado pero, por suerte, amenazado. Y su amenaza sí sonó verdadera.

La situación empieza a ser perfecta. En la esquina de Florida y Corrientes le compro a un pibe la sexta de *Crítica* –cosa inusitada– sólo para ver si los fascistas españoles no perdieron esta tarde una batalla decisiva, si no están en plena desbandada, pero lo que sale es que siguen ganando posiciones –que avanzan en el País Vasco y en Asturias, que sus aviones bombardean Madrid con octavillas para decirles a los madrileños que se rindan– y que los gallinas de ingleses y franceses se han reunido en Londres para garantizar que las «potencias occidentales» no van a intervenir en la guerra: como si Italia y Alemania no lo hubieran hecho. Se

ve que lo único que quieren es justificar su cobardía ante los fascistas y lavarse las manos. El odio que me da consigue sorprenderme –y me digo que qué me importan a mí todas esas cosas, y sigo caminando por Corrientes hacia el Obelisco entre luces y paseantes, coches y miradas, y otra vez envidio al Alemán: «Calle de la galantería organizada, de los desocupados con plata, de los soñadores, de los que tienen una condicional y se cuidan como la madre cuida al niño…», escribió últimamente. «Vigilantes, canillitas, fiocas, actrices, porteros de teatros, mensajeros, revendedores, secretarios de compan˜i´as, co´micos, poetas, ladrones, hombres de negocios innombrables, autores, vagabundos, cri´ticos teatrales, damas del medio mundo; una humanidad u´nica cosmopolita y extran˜a se da la mano en ese desaguadero de la belleza y la alegri´a. Basta entrar a esa calle para sentir que la vida es otra y ma´s fuerte y ma´s animada. Todo ofrece placer. Y libros, mujeres, bombones y cocai´na, y cigarrillos verdosos, y asesinos inco´gnitos, todos confraternizan en la estilizacio´n que modula una luz superele´ctrica. ¡Que´ maravillosamente atorranta es por la noche la calle Corrientes! ¡Que´ linda y que´ vaga!».

Me da envidia, y no tiene sentido. Yo no quiero escribir cosas como esas. Yo quiero, sí, encontrar algún tango que se precie. Camino, tarareo, empiezan a asomarse unas palabras: «Una calle que no es una calle. / Un camino que no va ni viene. / Un galán y su mina del talle. / Una pena que nada contiene…». Me paro en la esquina de Suipacha, las anoto, me acuerdo de la libreta negra del hijo de mil putas. «Corrientes, sos la marca de la vida, sos la vida con sus marcas, sos la barca del suicida, sos la risa de la parca…» Ahí puede haber un estribillo. Habrá que ver, capaz que sale algo –y me puedo olvidar de estos idiotas que se pelean para ver quién es más guacho, más machito. Y mientras tanto, seguir caminando: podría cruzar la Nueve de Julio, recién inaugurada, reluciente, bordear ese adefesio enorme que le pusieron en el medio y seguir hasta el Ramos o la Giralda o el Politeama a ver si, de casualidad, no me encuentro a Raquel en alguno. ¿Y entonces qué?

Entonces, como siempre, nada, que es lo mío.

20

Al final no escribí sobre Gutiérrez de la Cierva ni sobre Genoveva ni sus asesinatos; en rigor, no tenía nada nuevo que decir, pero me sigue preocupando lo que este hijo de puta pueda hacer: por momentos me parece que su amenaza estaba clara y era de verdad, por momentos que no era más que una bravata de farsante hispano. No lo sé, pero no sé si puedo darme el lujo de ignorarlo –e ignorarlo, en este caso, tiene dos significados parejamente caros. Estelita duerme en el cuarto de al lado, y no sé si eso me da fuerzas o flaquezas.

La madre me la trajo a eso de las siete: yo le había pedido a González Galuzzi que me dejara salir a una hora razonable y, cuando le dije la razón, me autorizó sin más cuestiones. Así que cuando Estela tocó el timbre todo estaba listo: había barrido el living, sacudido el polvo del sillón, enchufado la radio; había hecho la cama de mi cuarto y, por supuesto, la camita del otro –que por fin sería suyo.

Acá me siento cómodo. Ya llevo más de un año y a veces me descubro pensando que esta es mi casa. Es la primera vez que me pasa: cuando me casé y me mudé con Estela nos fuimos a una casita que nos prestaron los padres de ella y el lugar era claramente suyo; yo era un invitado –y no sé si eso no fue uno de los motivos por los que empecé a hacer cagada tras cagada y todo se fue, finalmente, al garete. Acá en cambio ya tengo mi pequeña biblioteca, mi mesa con sus cuatro sillas, mi sillón de dos plazas de tapizado rojo, un ventilador, mis dos o tres botellas. Y el balconcito y la

cocina y mi cuarto con una cama grande y el cuarto de Estelita con una cama chica: todo mío, todo ganado con el sudor de mis dedos.

Y una de las razones principales para conseguirla era tener un lugar donde pudiera recibir a mi hija pero ahora, que está por suceder, estoy muerto de miedo. Me preparé. No sólo limpié; también compré ravioles en la fábrica de pastas de la vuelta y, por si acaso, me compré la *Radiolandia* y la estuve leyendo: imaginé que ahí podría enterarme de cosas para hablar con ella. Pero no sé: de verdad no sé qué cosas le interesan, de qué habla. No la conozco y la conozco tanto. ¿Cómo voy a hacer, qué tengo que hacer para ser su padre? Mi viejo, pobre, estaba ahí: le alcanzaba con estar ahí. Yo tengo que inventar una manera.

A las siete, entonces, suena el timbre: abro la puerta y tengo que contener a Estela que quiere pasar, chusmear donde vivo. En la entrada nomás le corto el paso; no dice nada, pero yo sé que se queda molesta. Estelita, en cambio, le suelta la mano, me da un beso en el aire cerca de mi mejilla y entra sin despedirse. Yo no sé si abrazarla, si besarla; no sé cómo tratarla y tengo miedo de asustarla. Tengo miedo, sobre todo, de decepcionarla.

–Yo la llevo mañana al colegio, no te preocupes.

–De acuerdo, yo la voy a buscar. Cuidala, por favor.

–Sí, Estela, como si fuera su padre.

Me sigue resultando difícil hablarle sin un rictus amargo; quizás alguna vez aprenda, quizá no. La nena, en todo caso, ya está en casa. Lleva un vestidito azul oscuro con breteles sobre una camisa blanca, medias oscuras para el frío, sus zapatitos guillermina con su hebilla. Ya tiene 9 años: las piernas largas desgarbadas, el pelo oscuro en melenita, la nariz respingada, una sonrisa que me la comería; se parece, por suerte, mucho más a su madre. Todo muy bien salvo yo, tan asustado.

–Me gusta tu casa, papá.

–Nuestra casa, hija.

Le digo, tratando de que suene normal, pero los dos sabemos que estamos ensayando: intentando recuperar unos sonidos que, durante años,

estuvieron callados.

–¿Querés que cocinemos?

–¿Vos cocinás, papá?

Me dice, entre la risa y la sorpresa.

–¿Por qué, vos creés que los hombres no cocinan?

Le digo y me doy cuenta, quizás un poco tarde, de que ella puede creer que le digo otra cosa.

–No sé, papá, yo qué sé lo que hacen los hombres.

Me dice, casi pizpireta. No va a ser fácil, va a ser entretenido; ya es aterrador.

Cocinamos, comemos, le pregunto por sus maestras, sus amigas, sus materias favoritas. Es raro estar tan cerca de alguien e ignorarlo tanto. Ella, por ahora, no me pregunta nada; yo no sé si ponerme a contarle o esperar que ella se interese. La estoy pasando casi bien, pero en ningún momento pierdo esta sensación de seguir caminando sobre huevos: mucho cuidado, precaución extrema.

–¿Sabés que cuando estaba en el hospital, en la cama de al lado una nena se murió?

Me dice, y se toca la cicatriz del cuello. Yo le pregunto si le duele, si se siente bien y me dice que sí como pasando rápido: quería ir a otra parte y por supuesto va:

–Menos mal que no me morí.

Dice, de un modo entre casual y trascendente que me deja de piedra. Estamos los dos sentados a la mesa, los platos ya vacíos, vasos con soda, un par de mandarinas.

–Eso dice mamá, que estuve cerca de morirme.

Yo la maldigo en silencio: cómo le va a decir esas cosas a la nena. Pero ya estamos: debo desarmarlo. Le pregunto si sabe qué es morirse.

–No sé, creo que se van a otro lugar, más lindo, un lugar como un cielo. Bueno, eso dice Alberto.

En el desorden de la muerte apareció: el tercero acallado. Yo no puedo ni quiero callarlo:

–¿Dice muchas cosas Alberto?

–Me dice cosas, claro. Vive con nosotras. Pero no es mi papá, papá, no te preocupes.

Me dice, voz muy baja. Yo hago un esfuerzo enorme para no abrazarla. Ella se baja de su silla, se acerca a mí, me abraza, me da un beso. Creo que no llega a ver mis lágrimas. Después la llevo a su cuarto, la dejo que se cambie, me siento en su cama mientras se va durmiendo. Después, para pensar en otras cosas, trato de retomar el tanguito de Corrientes: no puedo, la cabeza me da miles de vueltas. Después no duermo en serio y me despierto varias veces y me levanto a mirar si la nena está bien, si duerme bien, si necesita algo. Y trato de dormir de veras pero los nervios no me dejan: tengo que levantarme temprano para darle el desayuno y llevarla al colegio, y tengo miedo de que lleguemos tarde.

21

–¿La señora Salvadora Onrubia?

–Ya le aviso. ¿Su nombre, por favor?

Me dice, más cortante que amable, marcando las distancias: debo tener pinta de pobre. Se lo digo: el portero está detrás de un vidrio, agarra un teléfono, marca, murmura algo. Alrededor, el hall del edificio es una noche de mármoles, maderas y sillones: reflejos y silencios.

–Dice que pase. Es el octavo D. ¿Sabe cómo subir?

Le tengo que confesar que no; el hombre, con desdén, me da instrucciones. Media hora antes, todavía en el diario, su secretaria me había llamado para decirme que la señora Salvadora necesitaba verme. Su secretaria ahora es Josefina, y fue Josefina quien me llamó, seca como un páramo. Yo le dije que claro, que ya subo, y ella me dijo no.

–No, la señora no está acá. Anote por favor la dirección adonde tiene que ir.

Me dijo –de usted– con un dejo de sorna. Florida 1065: si no era el hotel Plaza, donde tuve aquella cena memorable con Cuitiño, debía estar muy cerca.

–¿Cuándo?

–¿Cómo que cuándo? Dice que quiere verlo. Vaya.

Así que salí disparado, bajé Florida entera a paso vivo –pasé incluso delante de Gath & Chaves– y llegué hasta la puerta del Plaza: Florida 1005. No era ahí. Recién entonces me di cuenta: tenía que ser el edificio nuevo, la bestia de cemento.

La bestia no había cumplido un año. Le dicen el Kavanagh y es, parece, el edificio más alto de Sudamérica, lo que ahora llaman rascacielos: una mole de más de cien metros, muchas puntas, un modo raro de complicar el

aire. Dicen que pronto toda la ciudad va a ser así: la idea me zozobra. La inauguración, meses atrás, fue un acontecimiento y yo, como todos, había leído en el diario sobre su historia y sus extravagancias: un sistema para enfriar el aire de los departamentos, una pileta para los vecinos, un gimnasio, un frigorífico para guardar los tapados de piel, todo tipo de giladas para ricos. Y ahora entro en el ascensor, aprieto el botón con el número ocho, me pregunto dónde carajo me estaré metiendo. Después me veo en el espejo.

–Rivarola. Gracias por aceptar mi invitación.

Dice, mientras me abre, aunque los dos sabemos que no tenía otra opción. Salvadora lleva una bata de seda violeta atada en el talle con un cordón violeta con sus borlas, chinelas rosas con pompones, el pelo rojo suelto; yo entro sin saber –de nuevo– cómo saludarla. Nos decimos hola sin tocarnos, me lleva hacia adentro, me instala en un sillón muy blanco de dos cuerpos; enfrente una ventana en semicírculo nos muestra el cielo, la ciudad, el puerto.

–¿Qué vas a tomar?

–Lo que usted esté tomando.

Le digo, cauto, y ella me sonríe: ¿no me vas a tutear?

–¿Le parece?

–No me parece: te lo ordeno.

Me dice, como quien sabe su poder y se burla y lo ejerce.

–Lo que vos estés tomando.

Le digo, para mostrarle que he aceptado la orden. En la mesita baja entre el sillón y la ventana hay una bandeja de plata con dos vasos de vidrio pesado, un botellón de vidrio con facetas. Uno de los vasos está por la mitad, el otro todavía vacío.

–Un whisky, entonces.

–Que sea un whisky.

Salvadora me sirve y se me sienta al lado. Cruza una pierna debajo de la otra, la bata se le abre, me sonríe.

–¿Nunca habías estado acá?

–¿Acá, dónde?

–Acá en el edificio, digo. Ya sé que en mi casa no. Y además es muy nueva, la tengo hace semanas.

Me dice, y que Natalio –ella dice Natalio– se la buscó para tratar de emparejar un poco.

–Una típica maniobra de las suyas. Él ya tiene su bulín hace años. No es que vivamos separados, todavía tenemos nuestra casa, los chicos, todo eso, pero ahora cada uno tiene su cotorro.

Me dice, con una sonrisa que puede ser de seducción o queja. Yo intento ir por un camino más tranquilo: me intereso por la cuestión inmobiliaria.

–¿Y entonces te compró este depto?

Salvadora se ríe:

–Andrés, ¿en qué mundo vivís? Los departamentos no se venden, la ley dice que solamente se pueden alquilar.

Yo no sabía pero aprovecho para vengarme un poco: ¿en qué mundo, me preguntaste?, le pregunto. En el mundo de los pobres, que no podemos ni soñar con comprarnos algo así. Ni siquiera con alquilarlo.

–A mí no me vas a correr con un cuento de Dickens, pichón. Más pobre que yo era muy difícil.

Dice, canyengue, y vacía el vaso en un trago muy largo, el cuello estirado, la cabeza hacia atrás, la bata abriéndose. Yo no puedo evitar mirarla ni que me vea mirándola. Ni quiero, supongo. Ahora me mira muy de cerca, me sonríe, suspira; después se pasa la lengua por los labios:

–No, pichón, no te ilusiones. No te quiero coger. ¿Te imaginás el lío? No, no porque vos trabajes en el diario, aunque también. Pero es un lío acostarse con un hombre, en general, se arman historias, los hombres se imaginan cosas. Los hombres son como los perros, les tirás un palo y después no hay manera de que lo suelten. No, pichón, yo no quiero de eso. Con las mujeres es más fácil, aunque a veces también se complica…

Dice, y nos sirve otro whisky y me mira callada, de muy cerca, pura provocación, pura bravata. Estoy por cabrearme pero creo que su juego me gusta: me intriga, me interesa.

–A veces se complica, sí, también. Por eso preferimos no hacerlo con mi amiga Alfonsina, por ejemplo, aunque tantas veces estuvimos a punto, y quizás algún día... ¿Vos sabés, no, que las dos empezamos igual? Sí, las dos llegamos a la ciudad muy jovencitas, las dos embarazadas de un hijo sin padre. ¿No es una coincidencia rara? Sólo que el mío se mató…

Dice y se calla, se apoya en el respaldo. La bata se abre más, yo me quedo muy quieto.

Son dos o tres minutos, quizá más, espesos, en silencio. Por la ventana el sol se está poniendo, nos baña de reflejos. Su bata violeta se le tornasola, sus piernas blancas son puro brillo blanco, sus manos blancas sobre sus muslos blancos. Tiene la vista perdida en la ventana, no me mira; yo sí la miro y sé que ella lo sabe. Me debato, voy y vengo inmóvil, me confundo: quizá me está probando, quizá me dice que no para que sea que sí y estoy quedando como un cobarde, un desgraciado. Pero puede que no. Al fin, por suerte, habla:

–Hablé con Natalio.

Es una forma clara de cambiar el clima. Se yergue en el sofá, se pasa las manos por la cara, sigue mirando la ventana:

–De lo de España, digo. Y me dijo que sí, que tenemos que darles más espacio a los republicanos, apoyarlos más, que los rebeldes ya se pasaron de la raya. Y después se puso juguetón.

Dice, y por fin me mira. Yo espero que me explique:

–¿Sabés qué me dijo? Me dijo que quizá podría mandarte de corresponsal, pero que tenés que ganártelo. Que te manda a la guerra de España si te conseguís la solución del asesinato de la vidente. Que hagas como puedas, que lo averigües vos, que te consigas un policía amigo que lo haga, que eso no le importa: que si el diario publica la exclusiva, vos te vas a la guerra.

–¿La exclusiva?

–Sí, claro. Si lo conseguís antes que nadie.

Yo le sonrío, los odio, me ilusiono. Tengo ganas de preguntarle si su marido siempre se divierte así pero veo que ella también lo encuentra divertido, y me callo la boca. Se ve que son, pese a todo, un buen equipo.

Hay un silencio, pero sin contenidos. Termino el whisky y le digo que me tengo que ir, que ya se me hizo tarde, y ella me dice que sí claro. Le pregunto si puedo usar el teléfono: quiero llamar a Galuzzi para ver si hace falta que vuelva.

–¿Dónde carajo te habías metido, Rivarola? ¡Vení corriendo!

–¿Por qué, qué pasa?

–Ahora vas a ver, vení corriendo. ¡Ya!

Supongo que lo de correr es eso que llaman, por puro abuso, una metáfora. Así que troto, tardo diez minutos. Cuando entro no consigo llegar a mi escritorio:

–¡Acá, Rivarola!

Me grita González Galuzzi. Está parado junto al suyo y, a su lado, metro y medio más alto, mi querido Dorrego. La reunión de Estado Mayor me impresiona –y es Dorrego el que habla:

–¿A que no sabés a quién mataron?

–No, Dorre, a menos que yo también sea una vidente.

–Dale, Rivarola, hacé un esfuerzo.

Yo le digo que no tengo ni idea y Galuzzi interviene, el monda hecho un demonio entre sus labios:

–Dale, Pibe, si tuvieras que elegir a uno, ¿a quién elegirías?

–No sé. ¿El general Queipo del Llano? ¿Hitler? ¿El cerdito?

–Más modesto, che, no te agrandés: acaban de avisar que apareció muerto tu amigo Alfonso.

–¡¿El brazo de mar?!

22

Llamo corriendo a la Tercera: hoy todo rebosa de urgencias. Pero el zumbo que me atiende me dice que el comisario Kraft no está, que seguramente se fue a la escena del crimen. Entonces, lógicamente, le pregunto dónde es eso y me contesta que no está autorizado a decírmelo.

–¿Y quién lo puede autorizar?

–El comisario Kraft.

–Pero me acaba de decir que el comisario no está.

–Por eso.

–¿Por eso qué?

–Por eso no puedo decírselo.

Pienso en solicitarle que se dirija de inmediato a la concha de su madre o, en su defecto, que me comunique con nuestro querido amigo el sargento Di Pietro, pero se me ocurre que si lo hiciera lo dejaría muy culo parriba. Así que con gran dolor de mi alma agarro el saco y el sombrero y me lanzo otra vez a los trotes. La Tercera está a unas ocho o diez cuadras del diario pero son cuadras del centro y son las seis de la tarde de un jueves del final del invierno: torrentadas de personas, gritos, bocinas, coches –y, por supuesto, la posibilidad de que el sargento tampoco esté en la seccional: las aventuras del periodista intrépido no tienen tasa ni medida.

Está: Di Pietro me lleva al fondo, entre los calabozos y los baños y ahí, tan disimulado, me dice que efectivamente el comisario está en el lugar donde encontraron el fiambre, que viene a ser, si no se lo cambiaron en la última hora, muy cerca de la entrada del Botánico por la puerta de Plaza Italia.

–¿Muy cerca cómo, dónde?

–No sé, Rivarola. Ahí adentro del Jardín Botánico, entre unos yuyos, yo qué sé.

–¿Adentro?

–No, si lo van a matar en la avenida Santa Fe. ¡Claro que adentro, che!

Di Pietro está demasiado quisquilloso: se ve que cumplir con su tarea de soplón en plena comisaría lo pone de los nervios. Le agradezco, le pregunto si le parece que me van a dejar salir o me van a confundir con un prófugo, no se ríe, me voy –y consigo egresar. En la puerta consigo también el milagro de un taxi y le pido que me lleve a Plaza Italia; media hora después, cuando llegamos, el sol está terminando de incendiar el horizonte.

Recién cuando trato de entrar al Botánico por la puerta de Plaza Italia me doy cuenta de que tendría que haber llamado al diario para pedir un fotógrafo; ahora es tarde –y sospecho que Galuzzi me va a cagar a pedos. Pero tengo problemas más presentes: dos botones están parados en la puerta y me cortan el paso. Tengo que dar una vuelta, meterme por la entrada de Santa Fe y Acevedo –que no tiene ninguna custodia– y volver caminando hasta las inmediaciones de la otra; ahí, al costado del estanque de los peces rojos, entre varios arbolitos con sus chapas explicativas, media docena de personas van y vienen. Ya está casi oscuro, pero la testa rubia del comisario Kraft sobresale cómoda.

–Muy buenas tardes, comisario.

–¡Periodista! ¿Qué mierda está haciendo usted acá?

–Lo mismo que usted, comisario: trabajando.

Estoy cada vez más convencido: el comisario Guillermo Arnaldo Kraft es el sueño húmedo de cualquier jerarca alemán, un servidor impertérrito de la ley y el orden. Incluso en estas circunstancias complicadas, embarradas, mantiene enhiesta la espina dorsal, adusto el gesto, serias las palabras, impecable el traje azul con su corbata verde.

–¿Pero cómo llegó, quién lo mandó, cómo hizo para entrar?

–¿De verdad quiere que le cuente todo eso?

Kraft suspira hondo y me dice que no, que a quién le importa, que tratar de parar a la prensa es como agarrar agua con la mano y que de todas formas no tienen nada que ocultar. Yo aprovecho su resignación para preguntarle si es cierto que Gutiérrez de la Cierva…

–Sí, periodista, tristemente cierto. Bueno, triste para él, por supuesto. Para mí también, pero al mismo tiempo me alegra ver que se confirman todas mis teorías. El orden, periodista, el orden.

Su orgullo es enternecedor pero no es lo que busco. Le digo que claro, me imagino, y que si antes de contarme teorías puede decirme qué fue lo que pasó. Kraft me mira torcido, evalúa seguramente la posibilidad de mandarme al carajo, la descarta, me agarra del brazo y me lleva unos pasos a la izquierda: ahí, panza arriba entre ramas y arbustos y un policía que lo fotografía y un policía que lo mira, el cuerpo del brazo de mar se ve muy desarmado. Tiene las piernas abiertas en direcciones raras, el brazo izquierdo doblado por encima de la cara, el derecho estirado, el traje de alpaca arrugado y manchado y, sobre todo, el cuello casi cortado en dos por un tajo estrepitoso. No diré que me alegra, pero es casi un alivio. El comisario Kraft me mira, intento desviarlo:

–¿No es muy teatral degollarlo así? ¿Un buen balazo no habría sido más fácil?

El comisario se sonríe: estos civiles. Pero se ve que la supuesta confirmación de sus ideas lo pone generoso, porque se toma el trabajo de desasnarme:

–Se sorprendería, periodista, si le dijera la cantidad de asesinatos que se cometen con arma blanca. No debe ser el caso acá, pero la mayoría de los muertos de ocasión, por peleas, por broncas impensadas, salen a cuchillo. El cuchillo sirve para muchas cosas. Cualquiera puede tener un cuchillo, un revólver no es fácil. Y en casos como este también sirve para no hacer ruido.

Dice, y se entusiasma: que si es por fácil, lo más fácil debería ser estrangular, que no requiere ningún arma, pero para estrangular a alguien hay que tenerlos muy bien puestos, dice.

–Uno que lo había hecho varias veces me contó que lo que hay que hacer es apretar y apretar hasta que apeste: eso quiere decir que el tipo se cagó y eso quiere decir que ya está muerto.

–¿Quién se lo dijo?

–Se dice el pecado pero no el pecador.

Sentencia, casi pastoral, y que me acerque más, si quiero, que total ya estoy acá. Yo me mantengo a distancia prudente: un par de metros. Ya llevo unos años visitando fiambres con cierta frecuencia pero no termina de sentarme bien: ese golpe de náusea que trato de disimular –porque sé cuánto se ríen los policías de los seres humanos que no sabemos reírnos cuando vemos unos litros de sangre derramada.

–¿Ya se sabe qué pasó?

–Bastante, periodista. Para empezar, que el cuerpo está acá desde anoche. Imagínese, en este rincón, si no hubiera sido por ese perro que lo olió se podía pasar tres o cuatro días antes de que lo vieran.

Me imagino la escena del perro disparado a puro aullido, su dueño corriendo a ver por qué, el hallazgo macabro. Pero antes de hablar caigo en la cuenta de otra cosa:

–¿Anoche? Yo estuve con él ayer a la tarde.

–Entonces habrá sido de los últimos. O el último, si no contamos al que se lo cargó.

La idea me impresiona: cómo se puede pasar en una hora de ser un vivo bárbaro que se toma cognacs en la Richmond mientras engatusa a un periodista a ser este cacho de carne tirado en la maleza. Me impresiona, también, haber sido lo último que el pobre imbécil hizo: un desperdicio.

–¿Y cuándo fue que lo encontró ese perro?

–Ahora, hace un par de horas. El dueño corrió a buscar un policía, no sabe cómo estaba.

–Y, disculpe la pregunta: ¿por qué no intervino la 23, que está acá al lado?

–Intervino, claro que intervino. Pero el comisario, entre nosotros, es un amigo, y cuando vio de quién se trataba me llamó. El hombre sabe que a Gutiérrez yo lo conocía. Pero de esto usted no va a decir nada, periodista.

Solamente que, dada la relación del occiso con una investigación nuestra en curso, nos hicimos cargo del asunto, ¿entendió?

Yo le digo que sí –qué remedio– y me anoto mentalmente averiguar quién es el comisario de la 23, tan al tanto de todo, tan amigo como para llamar a Kraft tan diligente.

–Así que, en síntesis, lo que puedo decirle es que el señor Gutiérrez de la Cierva fue asesinado con arma blanca en horas de la noche de ayer miércoles…

–Disculpe, comisario, pero ¿el Botánico no está cerrado a la noche?

–Sí, digamos que sí. Más o menos cerrado. Está, cerrado está, pero es fácil entrar, siempre hay alguna puerta abierta… Con tantas como hay alguna siempre queda, algún empleado que se olvida o que se lleva unos mangos para olvidarse. Así algunos vienen a la noche a hacer sus cositas. ¿Nunca estuvo, Rivarola? Vamos, no sea modesto.

Yo le insisto que no pero sueno ridículo. Más lo sería si le confesara que no tenía ni idea de que el Jardín Botánico, tan amable, es un lugar de citas nocturnas atrevidas.

–Ahora, disculpe mi ignorancia, comisario, pero hay que tener un par de huevos para venir de noche a este lugar medio salvaje, tan cerca de la Penitenciaría, complicado…

–Sí, hay que tenerlos. Y le diría que también hay que querer usarlos para…

Me dice, con una sonrisita impropia: nunca lo habría imaginado así de pícaro. Ya es de noche: estoy bajo un farol incierto, al lado de un cadáver, con un comisario de dudosa confianza. Me quiero ir, pero todavía tengo que averiguar un poco más. Por el camino de piedritas rojas llegan dos policías de uniforme con una camilla; seguramente van a llevarse el cuerpo.

–¿Y tiene alguna idea de quién puede haber sido?

–Claro, periodista. Por supuesto.

Me dice, mientras juega con algo que tiene entre las manos: una especie de rosario, una cadena, algo. Que de pronto se le cae; nos agachamos a buscarla y así, en cuclillas, me la explica:

–La tenía el difunto en el bolsillo, pero no se asuste.

Yo me río: un poco demasiado fuerte, como para mostrarle que no estoy asustado. La escena empieza a ser patética: dos señores en cuclillas en el pasto, la oscuridad casi completa de un farol de plaza, tanteando con las manos a ver si recuperamos ese algo. De pronto yo lo toco y lo agarro: es una cadenita de oro con una medalla. No consigo ver de qué santo o santa. Le digo que ya la tengo, nos paramos, se la doy.

–¿Cómo que la tenía en el bolsillo?

–Sí, eso: la tenía en el bolsillo.

–¿Y usted sabe qué es?

–Sí, igual que usted: una cadenita. Santiago, parece, es la medalla.

Entonces, el milagro: Santiago se dedica a eso y es sin duda un milagro que yo consiga hacer la relación:

–¿No será la de Genoveva Nogueira?

–¿Y usted cómo lo sabe?

–Porque trabajo de eso, comisario.

Le digo, un poco exagerado. Enseguida reculo:

–Porque la madre me dijo que ella siempre la usaba y que cuando la encontraron muerta le faltaba.

–Así es. Nosotros también pensamos que puede ser la suya.

–Y eso sería una prueba.

–¿Una prueba?

–Sí, comisario, una prueba de que Alfonso la mató.

Le digo, demasiado rápido, y Kraft me mira retorcido:

–Mire, si va a hacer mi trabajo avisemé, que me voy a tomar unas copas. Es lo contrario: es una prueba de que están tratando de inculparlo o, como se dice, de cargarle el muerto. La muerta, en este caso.

–¿Y eso por qué?

–Digamé, periodista: si usted mata a alguien, dios no lo permita, y le saca una medalla, ¿la va a andar llevando en el bolsillo todo el tiempo para ver si lo descubren? Usted no sé. Don Alfonso, que era un hombre inteligente, seguro que no.

El argumento es enrevesado pero tiene alguna lógica. Le pregunto y entonces. Y entonces qué, me retruca, y yo que entonces por qué: que por

qué la tenía.

–Se lo dije, porque el que lo mató lo quiso incriminar. Y lo hubiera conseguido con gente como usted, mentes poco entrenadas, con perdón.

Yo trato de pasar el agravio por alto: en la semipenumbra me resulta más fácil. Ojos que no ven –o culo que se frunce. Me pregunto si en este oficio es realmente necesario dejarse basurear así para que te cuenten ciertas cosas. El comisario se da cuenta y suaviza una pizca:

–Digo, poco entrenadas para estas cosas, periodista, no me tome a mal. Pero es eso: el asesino lo quiso incriminar y no supo entender que, al hacerlo, en realidad se incriminaba solo.

–¿Cómo?

–¿Ve? No es tan fácil seguirme. Pero es eso: fue como si dejara su nombre, su firma. El único que lo pudo haber hecho, que sabía lo de la cadenita, que podía tenerla, es el hermano, el tal Indalecio. ¿Me sigue, periodista?

Yo creo que no, pero se ve que a él no le importa. Tengo el tiempo justo para volver al diario y meter la historia en la edición de la mañana, así que le agradezco y me despido.

–Usted hágame caso, periodista, y va a ver cómo ganamos todos.

La frase es de una ambigüedad casi perfecta.

Ya debían ser como las diez de la noche; yo estaba terminando el artículo cuando se me acercó Dorrego y se quedó parado detrás de mi silla. Hay pocas cosas que detesto más que uno que lee lo que escribo por encima de mi hombro; quizá, que ese uno sea Dorrego. Así que paro, me doy vuelta, le pregunto amable si necesita algo:

–Llamaron de la Tercera, Rivarola. Dicen que ya detuvieron al sospechoso de la muerte de Gutiérrez.

–¿Ellos dijeron sospechoso?

–No sé, creo que sí. Sospechoso, acusado, no me acuerdo.

–Y ahí está toda la diferencia, Dorre. ¿De verdad no te acordás?

–Sospechoso, sí. Dijeron sospechoso.

Dice, de un modo absolutamente sospechoso –pero yo voy a tomar por buena su palabra.

–Y que también creen que es él el que mató a la vidente, me dijeron.

El comisario Kraft en todo su esplendor. Toda la historia me parece un leve disparate, pero la escribo, claro: yo no trabajo de corregir las decisiones de la policía sino de contarlas. Así que ahí va: «En cuestión de horas, la Seccional Tercera comunicó que ha detenido a Indalecio Nogueira, el hermano de Genoveva (a) Madama Ducarré, acusado del crimen de su hermana y del de Alfonso Gutiérrez de la Cierva». En unas horas miles y miles de personas lo van a leer y, si acaso, se lo van a creer.

23

Viernes, casi tranquilo. En España parece que los fascistas se pusieron de acuerdo en elegir a un solo jefe; dos o tres candidatos ya se murieron en accidentes o los mataron ellos o quién sabe, y ahora se decidieron por uno que se llama Francisco Franco, como si fuera un cantante de cantina –pero lo primero que hizo fue imponer la enseñanza de la religión en las zonas que van ocupando. Y la Internacional Comunista decidió que sus partidos en el mundo deben reclutar voluntarios para ir a pelear en esa guerra: ya están hablando de unas brigadas mundiales o internacionales o algo así.

Acá, mientras, no pasa nada: la crisis ya dura tanto que no es crisis sino normalidad. Y en el tema de mis asesinatos todavía no hay novedades: Di Pietro nos contó que están interrogando a Indalecio que, por supuesto, pobre, niega todo. Lo imagino en un calabozo de la Tercera, azorado, sin saber cómo le ha caído encima todo esto. A menos que Kraft tenga razón: también es posible. Al fin y al cabo él sabe mucho más de todo esto y yo me estoy dejando llevar por impresiones, por prejuicios. Pero igual no lo entiendo: ¿por qué carajo este lechero de barrio iba a matar a su hermana y al cajetilla gallego? Podría creer, de últimas, que hubiera matado al brazo de mar como venganza por la muerte de su hermana, aunque igual me resulta difícil imaginarlo como el tipo de persona que arma todo un montaje para vengarse a cuchilladas de un supuesto asesino. ¿Pero a ella? ¿A su propia hermana? ¿Por qué? Kraft dice que porque Genoveva le había prestado plata y él no podía devolvérsela. Es cierto, muchas veces la guita puede envenenar las cosas hasta puntos increíbles. Pero yo lo tengo visto, vi cómo vive, ¿para qué podía necesitar tanta plata como para terminar matando a su hermana? A menos que sea jugador o drogón o algún otro vicio de esos que yo ni me imagino –o que sí.

Y además, el que mató al brazo de mar tenía que ser un amigo o conocido suyo, alguien en quien tuviera la confianza suficiente como para aceptarle una cita de noche en el Jardín Botánico –y él, creyendo como creía que Indalecio había matado a Genoveva jamás lo habría hecho. Tiene que ser otra persona, tiene que ser otro. Pero yo sé cómo es esto: cuando un tipo como Kraft tiene una idea, va a hacer todo lo posible por demostrar que, además, tiene razón. Y en ese empecinamiento se puede perder mucho tiempo o, directamente, la posibilidad de encontrar la verdad.

Una cagada. Pero al fin y al cabo no es mi asunto.

Este llamado, en cambio, sí lo es: Raquel, nada menos que la Rusita Raquel Gleizer en el teléfono, que me dice si no quiero que vayamos al cine. Yo dudo: estoy un poco cansado de jugar a los amigos. En una fracción de segundo la odio, la deseo, me odio, no me deseo, pienso en matarla y en matarme –pero menos–, me digo que de todas formas no tengo nada mejor que hacer y no me digo que nada me gustaría más pero igual le digo que sí. A las ocho, entonces, en la puerta de este cine que acaban de abrir en Corrientes y Esmeralda, el Ópera. Yo nunca fui, le digo, y ella me dice que tampoco: vamos a debutar juntos, le digo, y su respuesta no me queda clara. Quizás otra vez me pasé de frenada.

–¡Qué elegante, Rusita!

Le digo cuando la veo llegar, y ella me mira raro. Recién entonces me doy cuenta de que me pareció elegante porque no va vestida de varón –un vestido negro, su sobretodo rojo, tacos altos– y que quizá me equivoqué de nuevo, que al elogiarle su ropa femenina estoy poniendo en cuestión su estilo habitual, o algo así. No es fácil.

–¿Viste? Toda una dama, ¿no?

Dice, y me sonríe con docenas de dientes. Está levemente maquillada y tiene los rasgos más redondos, más suaves que otras veces: todavía más linda que otras veces, la desgracia. El cine también es muy impresionante: un edificio de varios pisos, blanco, tan moderno con sus columnas rectas y

su marquesina poderosa de círculos y filigranas, y el hall de mármoles y arañas y cortinas.

–Muy en el estilo del Kavanagh, ¿no te parece?

–Caramba, Andrés. Así que ahora frecuentás a los señores.

Me dice, zumbona, y yo me apuro –un poco mucho– a decirle que no frecuento a nadie, que el otro día pasé por delante y me pareció que estaban hechos en el mismo estilo.

–Sí, che, tranquilo, todavía no te estoy acusando de nada. Dame tiempo.

El cine está lleno de parejas razonables: él que se pasó toda la semana cumpliendo en la oficina o el negocio, ella que se pasó toda la semana cuidando a los chicos y la casa, y por fin llega el viernes y pueden darse un gusto. Se los ve muy compuestos, cumpliendo sus papeles con dignidad, con entusiasmo, con resignación –según los casos. Y la película viene muy recomendada: parece que Carlitos Chaplin se puso serio, crítico avieso de nuestra sociedad. Yo, la verdad, no tenía muchas ganas, pero Raquel insistió y, como sabemos, se me hace muy complicado contrariarla. *Tiempos modernos*, se llama, y dicen que es casi toda muda, así que la modernidad se le debe haber perdido en algún lado. Con lo que costó hacerlos hablar…

–¡Uy, las estrellitas…!

Ese tono de falsa nena sorprendida, que en algún momento supo derretirme, ahora me irrita. Pero miro lo que está señalando: el techo del cine, negro noche, refulge de miles de estrellas pintadas y es cierto que es bastante impresionante. También los laterales: hay ventanas, balcones, una especie de falso palacio a cada lado.

–Qué bueno todo lo que hacen para que uno casi no lo vea…

Dice, porque enseguida se apagan las luces y empieza el noticiero y, como todo en estos días, está lleno de España: imágenes y explosiones del bombardeo de un cuartel o un palacio, un tal Alcázar de Toledo, que parece que los rebeldes defienden como héroes, poniendo el pecho para detener al comunismo internacional –dice el locutor.

–¿Cómo puede ser que los dejen decir estas cosas?

–¿Que los deje quién? ¿El gobierno del fascista de Justo? Lo raro es que a veces se puedan decir otras…

Le digo, y ya está empezando la película, que se abre con el reloj y ese rebaño de obreros –y de ovejas– entrando en la fábrica y esa idea futurista delirante del patrón que aparece en una pequeña pantalla y desde ahí le dice a un capataz que acelere el ritmo de la producción y entonces por fin sale Carlitos con sus tenazas ajustando tornillos en una línea de montaje que avanza cada vez más rápido, demasiado para él, y empiezan los problemas –sobre todo porque en todas partes hay pantallas desde las cuales el patrón lo controla y lo apura. Es raro: por momentos todo me parece demasiado ingenuo, demasiado obvio; en otros, lo que veo me emociona y me cabrea. En todo caso me muevo demasiado; Raquel pone su mano en mi brazo para tranquilizarme, pero la deja ahí. Al cabo de unos minutos, yo pongo mi otra mano sobre la suya, y ella no la saca. La película pasa a ser la música de fondo para esas manos que se buscan, se tientan, y todo así hasta ese final en que Carlitos y la chica se van caminando de la mano hacia el mañana: una cursilería.

–Y se casaron, ¿sabés?

–Sí, y fueron felices y comieron perdices y todo eso.

–No, Andrés, en la vida real, digo, se casaron. Ahora, hace muy poco.

–Sí, no sé, puede ser…

La vida sexual de Carlitos Chaplin me importa tanto como la del león marino en cautiverio, pero tampoco puedo ponerme idiota:

–Bueno, la película está muy bien, la crítica social, la valentía. ¿Pero era necesario que al final metieran un romance, que Carlitos se enamorara? Me parece que el amor la arruina.

Mientras se prenden las luces del cine y nos vamos parando, Raquel me mira con una mezcla de ternura y sorna:

–¿Ahora vos vas a decirme a mí que el amor arruina las cosas?

Y, ya en la calle, entre los cientos de personas que salen del cine con nosotros, Raquel se para delante de mí y me mira a los ojos:

–¿Puedo ir a tu casa?

–¿Para qué?

Mi respuesta no es buena, pero ella la deja pasar.

–¿Puedo o no puedo?

Otra vez las catorce operaciones simultáneas –la odio, la deseo, me odio, no me deseo, pienso en matarla, etcétera– para llegar al resultado obvio:

–Sí, claro, Rusita, por supuesto.

Mi casa no estaba preparada para semejante honor: desorden, un par de platos sin lavar, ceniceros tupidos, aquel olor a encierro. Le pido disculpas y me sonríe raro:

–¿No te acordás cuando lo único que teníamos era tu pieza en la pensión? Nos parecía un palacio…

Yo le digo que sí; la cabeza me da vueltas a mil por hora tratando de entender qué pasa. No quiero equivocarme una vez más. Por si acaso, para ir ganando tiempo, mientras entramos le cuento que el otro día por fin vino Estelita, que se quedó a dormir; Raquel, como es lógico, me pregunta cómo nos fue y yo no sé qué contestarle. La luz del living es sombría: cada noche me digo que tengo que cambiarla.

–Bien, creo que bien, pero cómo saberlo.

–Algo sabrás.

–Bueno, con las mujeres nunca se sabe. Yo, por lo menos, nunca sé.

Le digo, y ella esquiva mi mirada. Todavía estamos parados en medio de la sala. Las –pocas– veces que había venido a casa se había portado como la dueña, como siempre; ahora, en cambio, espera que le diga que se siente y, cuando lo hago, se acomoda en el borde, tímida, como si no debiera.

–¿Te traigo algo de tomar?

–¿Tenés té?

La maldición ceylán avanza; después de Kraft, Raquel.

–¿Té? ¿No preferís un vino, una ginebra?

–Prefiero un té, si puede ser. Me hace mejor.

Le pido que me espere, voy a la cocina, encuentro unas hebras en el fondo de la lata, pongo agua a calentar. Ella aparece, de pronto, apoyada en el marco de la puerta.

–¿Seguro que no querés una ginebra?

–No puedo, Andrés. Creo que no puedo.

Me dice, tono oscuro, como un presagio raro, y se alisa el vestido y se queda callada. Yo sé que tengo que hacer algo; doy un paso hacia ella. Ella levanta un brazo para detenerme.

–Estoy embarazada.

Dice, en voz muy baja. Tantas veces soñé que me dijera esas palabras. Pero no era así, no era así, así no era.

–¡¿Qué?!

El qué me sale fuerte, grueso, destemplado. Ella se encoge como si le pegaran, cierra los ojos, vuelve a abrirlos.

–Embarazada, Andrés, que estoy embarazada.

–Sí, ya lo entendí.

Le digo, y hago cuentas rápidas. Debe hacer tres, cuatro meses que no cogemos, y no se le ve ninguna panza. Por si acaso, le pregunto de cuánto.

–Dos meses, por ahí. Tuve dos faltas, por eso fui a hacerme el análisis.

Mi tono cambia. No habría querido pero no supe evitarlo: una voz seca, casi hielo:

–¿Y quién es el padre?

Seguimos parados en mi cocinita, dos por dos; ella en la puerta, yo junto al fuego donde hierve el agua. Si estirara una mano alcanzaría la suya; no lo hago, por supuesto. Ella se mira los zapatos como si pudieran darle la respuesta. Después levanta la cabeza, intenta sonreírme, suavizar:

–¿Vos?

–Sabés que no, a menos que te lo haya hecho con el verbo, como dios.

–¿Y te parece difícil?

–No jodas, Rusita.

Otra vez el tono equivocado: chicotazo. Me gustaría poder tomarlo con ligereza o con humor o charlarlo como se charlan cosas entre amigos, pero no soy capaz.

–Decime, Raquel, en serio, que me estás matando.

–¿La verdad?

–Y sí, la verdad.

–La verdad es que no sé.

Entre todas las respuestas posibles, debe ser la peor: imágenes de Raquel cogiendo con varios, cogiendo sin saber con quién, tonteando, sobrando. Además, no termino de creerle que no sepa. No sé si porque me resulta demasiado extraño o porque me duele demasiado imaginar que ni siquiera sabe. O quizá le pasa lo mismo que a mí ahora: quiero saber pero no quiero saber. Se me debe notar en la cara.

–No, no es para tanto, Andrés, pero no sé, no estoy segura.

Trato de convencerme: quizá sea mejor así, por lo menos significa que no hay uno, que no eligió a uno, que no está enganchada. Las uvas están verdes, insiste la zorra.

–¿Y entonces?

–¿Terminamos de hacer el té y nos sentamos?

Yo le digo que sí claro; a mí también me viene bien una pequeña pausa, un oasis de silencio. Así que saco el agua del fuego, meto las hebras en la pava, agarro una taza y el azucarero y voy hacia la sala. Ella ya está de vuelta en el sillón, siempre en el borde. Le dejo la taza en la mesita, me siento a su lado. Ella me agarra la mano; yo estoy a punto de sacarla.

–No lo voy a tener.

Respiro hondo: sí, claro, me parece lo más lógico, le digo, y que no tiene sentido tener un chico en este momento, en estas condiciones, sin saber quién es el padre… Ella asiente como una nena a la que descubrieron portándose mal y sabe que tiene que aceptar cualquier reproche. Yo me siento, por enésima vez, un idiota absoluto. Después ella se recupera un poco:

–Y tampoco es momento para traer a un nuevo ser al mundo. Con la guerra en España, Hitler en Alemania, Mussolini en Italia, y acá todo esto… Más allá de mis circunstancias personales, por supuesto.

Llamarlo mis circunstancias personales es casi un golpe de genio –o una agachada tamaño familiar. Pero todo lo anterior es sólo un prólogo:

–Por eso, quería pedirte algo.

Me dice, y me aprieta la mano. Yo le digo que si puedo ayudarla por supuesto, que cuente conmigo.

–Gracias, Andrés. Necesito que me acompañes.

–¿Que te acompañe? ¿Adónde?

No es, en realidad, que no lo entienda: es que lo que entiendo me parece tan disparatado que he decidido que no entiendo.

–Sí, ahí: que me acompañes al consultorio para hacerlo.

Yo empiezo a reírme: no es el momento ni el lugar, es una estupidez, pero no puedo parar: la risa más triste de mi vida.

–¿No te parece un chiste extraordinario? En lugar de tener un hijo con vos, como soñé más de una vez, lo que voy a tener con vos es un aborto.

–Bueno, si te ponés así…

Dice Raquel, de pronto digna. Es ella al cubo: incluso en este patinazo encuentra un modo de sentirse ofendida. Yo le aprieto la mano y le digo que no se preocupe:

–Vos sabés que yo lo voy a hacer, que si vos me lo pedís lo voy a hacer, pero por lo menos dejame reírme un poco de mi suerte.

–Gracias, Andrés.

Me dice, muy seria, muy en serio, y nos recostamos contra el respaldo del sillón, su cabeza en mi hombro; yo le acaricio el pelo, ella llora muy suave. Lo único que sé es que no la entiendo. Ya hace tiempo que acepto que ella decide qué hacemos y qué no hacemos; no porque quiera sino porque me di cuenta de que es la única manera. Pero para aceptar eso tuve que armarme una historia: una mujer tan fuerte, tan resuelta, una que siempre sabe lo que quiere y que lo hace y lo disfruta y todo eso. Ahora de pronto me parece que quizá me estuve engañando no sólo sobre mí sino también sobre ella: que al fin y al cabo es una pobre mina medio extraviada que da vueltas y va y viene y se pierde y se encuentra y se vuelve a perder. Porque si no, no tendría sentido que en medio de todo esto se encuentre con ese kilombo del aborto y me pida a mí que la acompañe.

–¿No será peligroso, Rusita?

–No, dicen que no. Qué sé yo, no sé, no sé más nada…

Hace mucho que no estábamos tan cerca, pienso, y después pienso que soy un pelotudo y, después, que hace mucho que no estábamos tan cerca. Más tarde me cuenta que ya tiene una cita para el viernes próximo, que una

amiga suya le consiguió un médico muy capo, un tal Urcovich, pero le dijo que era mejor si iba con un hombre, que le va a costar una guita pero qué remedio, y que me agradece tanto que haya aceptado acompañarla. A mí se me ocurren todo el tiempo frases del estilo «para eso están los amigos», y no quiero decirlas: bastante mal está la cosa sin hundirme más todavía entre palabras necias. Ya son más de las doce cuando me dice que está cansada, que le da mucha fiaca volverse a estas horas a su casa, que si puede quedarse. Yo le digo que sí claro, que use mi cama y yo duermo acá mismo, en el sofá.

–No, Andrés, para nada. En todo caso si alguno se tiene que quedar me quedo yo, pero no es necesario. Podemos compartir una cama sin tener que revolcarnos, ¿no?

Yo le digo que sí y me siento patético. Por suerte estoy acostumbrado.

24

–Disculpame que te lo diga así, pero ¿vos de verdad te creés que ellos no saben?

Llevaba tiempo pensando en decírselo pero me había hecho el gil. Y esta mañana, con todo lo que pasó anoche, ya no tengo ganas de callarme. La caminata hasta acá, bajo la lluvia suave, fue todo un recorrido. La luz del día me ayudó a repensar, me cambió las ideas: no puedo hacer esa tontería que me pide Raquel. Anoche le dije que sí porque con ella es siempre igual: me dejo embaucar embrujar embobar y termino aceptando lo inaceptable. Pero no tiene sentido; en cuanto pueda se lo voy a decir. Y tengo que empezar a manejar mejor las cosas. Por eso ahora el pobre Di Pietro la liga de arriba:

–¿Cómo no van a saber? Ellos saben, Di Pietro. En serio, si no, ¿para qué son botones?

El sargento Di Pietro –su bigote tupido encanecido, sus ojos ranuritas en la cara gastada– me mira con hastío, revuelve su café con leche, me mira con desprecio:

–No importa, Rivarola. Capaz que saben, capaz que no saben. Pero todos sabemos que hay que hacer como que no saben. Eso es lo que importa.

–La verdad no importa, ¿no? Nos quedamos con las apariencias.

Di Pietro está de civil mal afeitado, yo todavía con la resaca de anoche: dos tipitos haciendo durar nuestros cafés con leche en la Martona de Cangallo y Callao. Hace un rato me llamaron del diario para decirme que el sargento quería verme ahí; salí corriendo. Raquel, por suerte, todavía dormía y le dejé un cartel: que desayunara lo que quisiera, que cerrara la puerta, que nos hablábamos y nos veíamos.

–No son las apariencias, no me rompás las bolas. Son arreglos: yo sé que a ellos les sirve que yo les cuente a ustedes por izquierda todas estas cosas que ellos no pueden contarles por derecha. No sé si saben el detalle de cómo lo hacemos, pero supongo que la idea la tienen. Tampoco son giles: si ustedes saben tal y cual cosa ellos saben que alguien se las dice, capaz que hasta saben que soy yo, no sé. Pero para que yo lo siga haciendo tienen que hacer como que no saben: así nos sirve a todos. A ellos les sirve porque sale la información que les conviene, a ustedes porque así la consiguen, a mí porque me hago unos mangos. ¿Y cómo se sabe si una cosa está bien? Cuando nos sirve a todos, Rivarola: cuando todos le sacamos tajada.

Hacía tiempo que no iba a una Martona a las ocho de la mañana: trabajadores apurados, fiesteros arruinados, el ruido de cucharitas y de tazas, las mesitas de mármol, el vaho en las ventanas. Hacía tiempo; recién el otro día me enteré de que el dueño de las quichicientas sucursales es el padre de ese amigo de Borges, el que estaba con él en la Recoleta cuando enterraron a la chica de Olavieta, Adolfo Bioy: guita guaranga. Y recuerdo de pronto aquellos encuentros con el hijo de puta de Marek, que tanto me engañó, que consiguió incluso engañar al pobre Federico.

–Pero bueno, ¿la noticia cuál era?

–Que confesó el lechero.

–¡¿Cómo?!

Últimamente todas las noticias me agarran de trasmano. Di Pietro se divierte –seguramente con mi cara.

–Eso, que el tipo confesó. Los dos asesinatos, confesó, esta madrugada.

–¿Vos lo viste?

–No, yo no estaba. Yo entré a las seis y ya se había acabado, ya tenían el acta firmada.

–¿Y vos le creés?

–Yo tengo que creerle, Rivarola.

–Le habrán pegado como en bolsa.

–Pegado, no, no creo.

–¿Y entonces?

–La escuela del profesor Polito, te diría.

Dice, y se calla. Los dos prendemos cigarrillos: estos de muy temprano suelen ser los mejores, los que más raspan, los que más te pegan. Me acuerdo de una charla, hace unos días, con Tuñón y Kosinsky: nos reíamos discutiendo cuál de los dos Lugones le había hecho más daño a la Argentina.

–Pero cómo se te ocurre, el hijo es un sádico hijo de mil putas, el inventor de la picana.

Decía Kosinsky, irrefrenable. El hijo, el comisario Leopoldo Lugones, se jacta de haber inventado la picana eléctrica: dos cables conectados a 220 en la punta de un palo. El padre, el literato Leopoldo Lugones, se jacta de haber reinventado la poesía nacional: empezó de anarquista proclamando la revolución y ahora las va de señorón declamando las reses y las mieses.

–Sí, pero el hijo tortura a uno por vez. El viejo en cambio tortura por manadas, miles de lectores, bandas de admiradoras.

Le contestó Tuñón, y nos reímos y yo recordé eso que dijo el padre sobre el tango, que era una coreografía de burdel y que sólo un negro puede aguantar semejante pornografía, o algo así. Pero ahora Di Pietro me habla del legado de Polito, el hijo, sus utilidades, y la broma se está volviendo más que negra.

–Sí, parece que le aplicaron unos toques. Pero esto de verdad te lo digo entre vos y yo, si llega a salir algo te recago a trompadas.

Dice, y creo que la ironía es perfectamente involuntaria.

–En fin, la cosa es que Indalecio firmó la confesión, ya está. Solucionado. Pasamos a otra cosa.

–Al final lo veo a usted más que a mi sombra, comisario.

Media hora después estaba sentado en la oficina del comisario Kraft, más té pero con leche, el escritorio siempre tan vacío, el tablero de ajedrez en la mesita del costado. El comisario tiene una cara lamentable: ojos rojos, ojeras, las arrugas marcadas. Así quedás, supongo, si te pasaste toda una noche destruyendo a alguien.

–Sí, ya podemos montar un número de zapateo americano.

Me dice, y que si no vi la última de Fred Astaire y Ginger Rogers, *Ritmo loco*: un despiporre, dice, portentoso. Sus recovecos nunca dejan de sorprenderme y se lo digo.

–Porque usted se debe creer que yo sólo canto el himno y leo a Julio César…

Me dice, displicente, y no le digo que es porque yo más bien pensaría que ni canta ni lee ni ninguna otra cosa. En cualquier caso esta confianza –que yo mismo le doy– está empezando a molestarme. Una cosa es escuchar a un policía para tratar de conseguir información; otra muy distinta, hablar de bailecitos gringos.

–¿Ya lo acusaron formalmente?

–Faltan unos papeles, periodista, pero nada, cuestiones burocráticas. El tipo ya confesó, ya no nos quedan dudas.

Yo estoy lleno de ellas, y creo que se me nota:

–¿Les contó cómo lo hizo, cómo consiguió atraerlo hasta ahí, cómo se lo cargó?

–No puedo darle más detalles, periodista, usted lo sabe.

–A veces no pueden, sí, lo sé. Y esta vuelta les debe haber costado que confiese…

El comisario Kraft me mira con una mezcla de desprecio y precaución:

–No se preocupe. No más que de costumbre.

–Pero si viniera un médico a ver al detenido…

Me detesto cuando empiezo a hablar con puntos suspensivos: cuando no digo lo que querría decir, cuando me voy al mazo.

–No va a venir, no se haga problema. Y además le digo que no le vería nada, casi nada.

Me dice, con una especie de sonrisa en la cara tan blanca. Con una mano se aparta un mechón rubio –se ve que esta mañana no tuvo tiempo para la gomina–; con la otra levanta la taza. Sorbe, hace un silencio, me dice que me va a decir algo:

–Espero que podamos hablar entre hombres, periodista. Usted parece preocupado por nuestros métodos de interrogatorio.

–Bueno, los aportes de Lugones…

–Eso, precisamente eso: sus aportes. ¿Podemos hablar en serio, sólo entre nosotros?

–Podemos, comisario.

Le digo, y enseguida lo lamento: no quiero ser su cómplice pero acabo de aceptarlo. El comisario Kraft, liberado, se lanza y se abalanza: que lo que hizo Polito es admirable, realmente admirable.

–Usted tiene que reconocer que a veces la tortura… bueno, tortura es un nombre muy desagradable… que ese tipo de intervención es necesaria. Imagínese, por ejemplo, si hay una bomba que está a punto de explotar y va a matar a docenas de personas, y usted sabe que tal tipo sabe y no se lo quiere decir. No me va a decir que en un caso así no se justifica usar toda la violencia necesaria para que se lo diga, ¿no? Yo creo que ahí estamos todos de acuerdo.

Dice, sin dejar ningún lugar para la duda o el disenso. Pero que lo que hacían, dice, era un enchastre:

–Se lo digo yo, que llevo más de treinta años en la fuerza: a veces el trabajo era un verdadero enchastre, parecía un calabozo de la Inquisición, si ve lo que le digo. Entonces lo que hizo Polo es progreso puro: inventar una forma más limpia, más moderna, más acorde a nuestro tiempo. ¿Sabe qué, Rivarola? Su invento nos permite hacer nuestro trabajo con las mejores técnicas: nos pone en el camino del futuro.

Remata, satisfecho, y me sonríe: parece que consiguió decir lo que quería, y que ahora sí nos entendemos. Yo le podría decir que su ejemplo de la bomba no tiene nada que ver con lo que le hizo a Indalecio, que acá no había ningún peligro más allá de su vanidad y sus ganas de tener razón. Pero sobre todo detesto que crea que puede decirme todo esto, que puede tenerme esta confianza. Así que no le digo nada y trato de salir de este pantano:

–Yo entiendo que Indalecio podría haberlo matado a Alfonso, si creía que el tipo le mató a la hermana, que le robaba y después la mató, ¿pero a la hermana? Eso sí que no le veo sentido.

–Bueno, él insiste en que Gutiérrez asesinó a la hermana. De ahí no lo sacamos, no hay manera de que se haga cargo. Pero el asesinato de

Gutiérrez al final lo asumió. Nos costó pero terminó por confesar. Orden, periodista: un pequeño triunfo del orden.

Yo trato de imaginar a Indalecio llamando o escribiendo a Alfonso Gutiérrez de la Cierva, proponiéndole esa cita en el Botánico con alguna excusa que no consigo imaginar: ¿un chantaje, una deuda pendiente, algún negocio raro? Y después yendo, cortándole el gañote, dejándolo tirado entre los yuyos. Todo parece perfectamente inverosímil pero bueno: yo no soy el que tiene que descubrir nada; yo soy, si acaso, un periodista, el inútil que cuenta lo que la policía le cuenta, poco más o menos.

–¿Y con esa confesión van a cerrar el caso, entonces? ¿Queda establecido que Indalecio mató a Gutiérrez y Gutiérrez mató a Genoveva?

–Vamos a ver, periodista, vamos a estudiarlo. No hay que precipitarse. Lo de Alfonso no está en absoluto comprobado.

–Claro, un caballero no puede hacer esas cosas, ¿no?

Le digo, y el comisario no ve o no quiere ver la carga de ironía que yo traté de darle.

–No, un caballero no hace esas cosas. En general no las hace; a veces un caballero pierde los estribos. O, incluso, tiene una causa que lo justifica y que a veces los demás no conseguimos ver, no conocemos. Por eso le digo que vamos a seguir mirando.

Dice, y agarra el teléfono de su escritorio. Parece que nuestro momento de intimidad y confesiones acaba de acabarse: es un alivio, pero todavía me queda una:

–Comisario, ¿no me permitiría hablar con el detenido?

–No se puede, periodista, usted ya sabe. Por ahora no se puede, sigue incomunicado.

Era evidente, pero tenía que probar.

–¿En cuanto se pueda me avisa?

–Faltaba más, sin duda.

Me despido, salgo a la calle, troto hasta el diario, corro al escritorio de González Galuzzi:

–Jefe, el hermano confesó que fue él, que él lo mató.

Galuzzi me mira como si le estuviera hablando en braille.

–¿El hermano de quién? ¿A quién mató?

Nos reímos: a veces pasa, cuando seguís en voz alta una conversación que ya venías sosteniendo en tu cabeza. Le digo que es Indalecio, el hermano de Madama, que vengo de la Tercera y que Kraft me dijo que el tipo confesó el asesinato de Gutiérrez de la Cierva y todo eso.

–¿Y vos le creés?

–Yo no, pero eso no importa, ¿no? Usté siempre lo dice, la noticia no es lo que nosotros creemos sino…

Galuzzi me mira con un dejo de odio: parece que lo que su enseñanza no termina de aplicarse en este momento del diálogo. Yo sigo impertérrito:

–La noticia es que la policía informó que el tipo confesó. Por ahora, mientras no se demuestre lo contrario, es el asesino. El famoso asesino confeso…

–¿Y la vidente?

–No, la vidente no pudo participar, ya estaba muerta.

Galuzzi se agarra la cabeza entre las manos, se mesa los escasos, suelta una carcajada:

–Si serás pelotudo, Rivarola.

Dice, y que ya sabe que la chica está muerta, que me estaba preguntando si hay algo sobre su asesino.

–Nada, jefe, más shiome todavía. También se lo quieren colgar al pobre Indalecio, pero por ahora no se atreven del todo. Ya veremos. Pero lo del gallego hay que meterlo en la sexta de hoy. ¿Le parece que llegamos?

–Claro que llegamos, Rivarola, si vos llegás a escribirlo en menos de tres horas y media. ¿Te parece que podrás o te consigo un amanuense egipcio?

La propuesta es tentadora, pero al fin la declino y corro a mi escritorio. Es sábado, así que voy a tratar de terminar rápido. No es que tenga mucho que hacer después pero no por eso deja de ser sábado.

Para tratar de consolarme –para evitar la certeza de que estoy demasiado al cuete– retomo el tanguito ese del periodista. En estos días le estuve dando

vueltas: eso de soy periodista señores, más allá de que en mi boca suene a camelo, retoma ese modelo que usaban al principio muchos tangos, que venía de unos cuplés que consistían en definir al supuesto personaje que los cantaba: soy el apache argentino, o yo soy la morocha. Ya no lo hacemos, somos más sofisticados, más complejos, pero acá da la impresión de que casi sin querer lo retomé, así que podría decir que es una especie de homenaje a aquellos ni tangos realmente primitivos, petulantes, ligeramente pícaros. La ventaja que tiene el modelo es que, de puro simple, sale fácil:

Soy periodista, señores,
soy el que cuenta y no miente
aunque alguna vez lo tiente
ennegrecer los colores.

Soy, señores, periodista:
tipo que para la oreja
y para mejor la deja
siempre atenta, siempre lista.
Soy periodista y les cuento
cómo el mundo se deshace:
cómo los grandes nos hacen
cada vez más chiquititos,
cómo nos dejan el grito
y se quedan con el vento.

Soy periodista y se entiende
que si eso es lo que se vende,
yo también les venda eso:
todo perro necesita,
además de una perrita,
el perfume de un buen hueso.
Soy periodista y por eso
vivo a vino, pan y queso:
soy periodista y me gusta

porque el hambre no me asusta
mientras me coma unos besos.

Soy periodista, señores,
soy el que cuenta y no miente,
soy el que siente y no siente
las historias, sus dolores.

Soy periodista y lo sé:
si no fuera periodista
yo no sé lo que sería;
un perdido, un pocafé,
un ortiba shomería,
uno más de tantos miles:
uno que estaría en la lista
donde se anotan los giles
que quieren ser periodistas.

O algo así. El final no está mal. Todo el resto se puede usar de abono.

25

–Discúlpeme que lo llame a esta hora.

El tipo tiene razón en pedirme disculpas: ya son las diez de la noche de domingo, el día ha sido largo y aburrido, sólo interrumpido por un par de horas larguísimas y aburridísimas en casa de mi vieja, almuerzo familiar con mi querido hermano y su querida mujer y mis queridos sobrinos, y yo, faltaba más, ya hace rato que perdí todo interés en el género humano. Más si, como esta voz en el teléfono, el ejemplar pertenece a la noble tribu peninsular hispana:

–Me dio su número don Alfonso. Disculpe, ¿le puedo decir algo?

No creo que puedas, pienso: el fulano está muerto –pero no se lo digo. No son horas para llamar al más allá.

–¿Decir algo? ¿Ahora?

–Pues sí, si se puede, mejor que fuera ahora.

–Bueno, dígame.

–No, disculpe. Quiero decir decírselo en persona.

Ya no soporto tanta disculpa: media hora más tarde estoy sentado en una mesa del fondo del café de Lima y San Juan, abierto toda la noche –o casi toda–, esperando a un español desconocido. Trato de leer la sexta con los partidos de la tarde, pero no consigo que me importen. Después de lo de Bernabé me quedé tan decepcionado con el fútbol que se me fueron las ganas, pero debería tratar de recuperarlas: hubo tiempos en que me gustaba o, incluso, me calentaba lo que pasaba en ciertas canchas. A menos que ya sea una cuestión de edad y que entonces no haya vuelta atrás.

–…en lo mejor de mi vida, dejándome el alma herida…

El café está vacío salvo por un borracho que canta Mi noche triste y ni siquiera desafina mucho. El tipo está despatarrado en una silla y tiene pocos

dientes; detrás de la barra, el encargado aburridísimo limpia vasos con un trapo sucio. Yo pienso que podría ser cualquiera de los dos y que mataría por ser el que escribió ese tango que un borracho canta tarde y solo; después pienso que lo del borracho es un lugar común y lo mío también. Y que cuando me pregunto quién cuernos me creo que soy nunca encuentro una respuesta convincente.

–¿El señor Rivarola?

No sé por qué –otra vez la voz en el teléfono– esperaba a alguien más joven, pero el fulano que se acerca a mi mesa y se saca el sombrero es cuarentón, bajo, regordete, sin ningún rasgo peculiar: uno que nadie miraría dos veces. Viniendo de parte de don Alfonso es como su opuesto o, diría mejor, su Sancho Panza –si no fuera porque no quiero pensar en el fascista como en un Quijote. El Sancho me dice que se llama Pedro –pero podría haberme dicho Manuel o Juan o Mefistófeles– y que don Alfonso, que en paz descanse, le dejó mis datos.

–¿Me puedo sentar?

Dice, y pone el sombrero sobre la mesa: odio a la gente que pone los sombreros sobre las mesas –y más si son ajenas.

–Sí, por favor. ¿Qué va a tomar?

–Nada, no se preocupe, seré breve.

El Sancho saca un paquete de Teutonia, cigarros fuertes, su marquilla con ese águila imperial; me ofrece uno, los prendemos. El borracho se calla y nos mira; no nos oye, está bastante lejos.

–Muy breve, que no quiero importunarlo. Don Alfonso, que en paz descanse, me dijo que si le pasaba algo hablara con usted. Le pareció que usted era un tipo derecho, uno que no lo iba a defraudar.

Dice, y me mira muy de frente, buscándome esos rasgos. Yo estoy a punto de ofenderme. El Sancho debe haber confirmado la impresión porque sigue adelante, su acento español con explosiones de saliva:

–Ya leí lo que acaban de publicar en su diario, lo que dice la policía. Es todo falso, puro invento.

Me dice: acaba de decirme, sin decírmelo, que escribí una sarta de mentiras y se queda callado, esperando mi reacción. Yo, por si acaso, no

reacciono. Al cabo de unos segundos de silencio se da cuenta de que tiene que seguir:

–A don Alfonso no lo mató un gañán del suburbio por un asunto de dineros o de faldas. Eso es lo que dicen para ensuciarlo, lo quieren convertir en un rufián para deshonrarlo, a él y a la causa.

Dice, y cuando dice causa se pone casi firme: el cuello rígido, cabeza alzada, la mirada perdida más allá –en una propaganda de vermú, digamos, o en la puerta del baño. El borracho se levanta, va hacia ella.

–Pero no lo vamos a permitir, licenciado. No podemos tolerar esta afrenta a su memoria.

Dice, en un plural incierto, que yo preferiría mantener así. Y después dice vale, le voy a aceptar una copita de ginebra, y yo le hago señas al mozo de que traiga dos.

–A don Alfonso lo mataron por su defensa infatigable de los valores de Dios y de la Patria. Don Alfonso Gutiérrez de la Cierva es un Caído por la Patria.

Dice, lleno de zetas y mayúsculas. Y que ellos no van a permitir que el engaño prospere, que don Alfonso es un mártir de la lucha contra la internacional comunista y apátrida y que pronto va a tener una calle en Madrid y en Sevilla y en todas las ciudades de la España libre y su nombre figurará en los libros inmortales, dice, cuando por suerte llega el mozo con la más mortal de las ginebras. El Sancho Pedro –o Manuel o Gumersindo– se calla, se ensimisma un momento. Yo, ahora sí, aprovecho para intervenir:

–¿Y ustedes saben quién lo mató, entonces?

–¿Y quién va a ser, licenciado? Los rojos, como siempre.

–¿Qué rojos? ¿Quiénes son los rojos?

–Los rojos, los que actúan aquí, los que él estaba desarmando. El Comité de Socorro Rojo, para empezar, esa horda comunista.

–¿Qué quiere decir que los estaba desarmando?

–Eso mismo: que parte de su trabajo consistía en impedir que estos señores engañaran a la opinión pública argentina y, sobre todo, que les sacaran su dinero para comprarse sus bombas, sus ametralladoras, sus juguetes siniestros.

Yo casi le pregunto si no serían más bien rabiosos: los juguetes, digo, pero me contengo. El Sancho no parece hombre de humor, ni de buenos humores. Ni es probable que haya leído a Arlt.

–¿Usted está seguro?

–Tan seguro como que me llamo Pedro.

Dice, pataleando en el humor involuntario.

–O Manuel o Gumersindo o Sancho.

Murmuro yo, bajito, y cuando él me pregunta qué le digo nada nada.

–Así que está seguro.

–Muy seguro, licenciado, más que seguro: convencido. Se lo puedo jurar por la Virgen que quiera.

Yo no quiero ninguna y le digo que no se preocupe, que le creo. Él insiste: que es una maniobra de los hunos comunistas, que lo que quieren es ensuciar la memoria del camarada don Alfonso pero que no lo conseguirán mientras uno solo de ellos tenga una sola gota de sangre en sus venas –o algo por el estilo.

–¿Y usted por qué me cuenta todo esto?

–Porque usted puede contarlo, lo puede salvar.

Yo no sé si quiero salvarlo pero Sancho no contempla esa opción: que vino a pedir mi ayuda porque don Alfonso decía que yo era un hombre derecho y que, más allá de lo que pudiera pensar, estaba seguro de que yo no iba a permitir que se propagara una mentira. Yo no puedo parar de preguntarme qué lo puede haber convencido de semejante cosa: si siempre era igual de acertado juzgando a las personas, no me extraña que haya terminado entre los yuyos. Pero ese es un pensamiento lateral, me digo, producto del aburrimiento.

–Y, también, porque al contarlo usted aumenta su prestigio, licenciado.

Me dice, en voz baja, como quien oscila entre la picardía y el pecado. Me tranquiliza ver que no todo son patrias y causas en la mente de Sancho y, de pronto, entiendo que sabe que no me licencié nunca de nada. El problema es que tampoco tengo buenas razones para confiar en él –y, sin embargo, supongo que me dice la verdad.

–¿Y ustedes saben cómo lo habrían matado estos comunistas?

–El potencial ofende, licenciado. Lo mataron, y por supuesto lo sabemos: Alfonso le dejó una nota a un camarada avisándole que esa noche se iba a encontrar con un infiltrado que tenía en el Socorro Rojo. Es una práctica común entre nosotros: cuando tenemos algo de peligro dejamos notas para que, si caemos, se sepa qué pasó. Ninguna precaución es poca contra esos diablos del demonio.

–Entonces sabrán con quién se fue a encontrar. El nombre, digo, la persona.

–Le confieso que no, licenciado. Hemos tenido algún problema con la nota, nos falta algo…

Dice, esforzadamente confuso, y que por eso nadie sabe a quién correspondía.

–¿Nadie?

–Nadie, le doy mi palabra. ¿Quién va a querer saberlo más que nosotros?

–Disculpe que se lo pregunte, pero es mi trabajo. Usted dice todo el tiempo nosotros. ¿De quiénes está hablando?

Sancho se toma un momento, se termina su copa, me mira muy fijo. Su cara se transforma cuando me mira así: pierde toda su banalidad, se transforma en un hielo decidido.

–Nosotros somos los que trabajamos para evitar que el mal triunfe. Eso es todo lo que necesita saber, por ahora.

No es demasiado; respiro hondo, trago, acepto:

–Bueno, pero usted se da cuenta de que es una acusación un poco vaga, ¿no? No hay nombre, no hay asesino, es sólo una acusación genérica…

–Me doy cuenta, licenciado, y lo lamento. Pero le garantizo que estamos haciendo todo lo posible para averiguarlo. Para nosotros es muy importante parar esta campaña, así que lo conseguiremos.

Es más de medianoche. Ya terminamos nuestras copitas de ginebra, el borracho acaba de salir, el encargado se ha quedado sin vasos que ensuciar. Yo le digo que voy a ver qué puedo hacer, que me entienda que sin datos más precisos se me complica, y Sancho me dice que sí, que lo entiende, que van a tratar de conseguir más y que, mientras tanto, me van a estar mirando:

–Tiene tres días, le damos tres días. Si en tres días no publica nada bueno, vamos a hablar con su competencia o con quien sea. Pero nosotros confiamos en usted, fue lo que dijo Alfonso. Usted es nuestra esperanza, licenciado. No nos decepcione, porque cuando nos decepcionan somos un poco brutos.

Dice, se levanta, me estira la mano, me agradece de nuevo, se disculpa otra vez, se acuerda de algo:

–Aquí le dejo un número de teléfono, por si me necesita. Día y noche, sin problema. Pero no se le ocurra dárselo a nadie.

El Sancho me entrega un pedacito de papel, se pone el sombrero y se da media vuelta: ahora sí se va. El encargado está en la puerta, bajando la cortina. Recién ahora me doy cuenta de que Sancho habla español con faltas de ortografía: varias veces, las cés que debió pronunciar como zetas se le escaparon, las pronunció como eses. Dezepsión, por ejemplo, en lugar de dezepzión; nesezito, también, en vez de nezesito. Me pregunto por qué alguien querría pasar por español sin serlo, si es el caso; se me ocurren dos o tres respuestas. En todo caso, la cuestión está clara: tengo tres días para publicar una exclusiva –ahora sí, una exclusiva– de la que sé muy poco pero que puede reportarme mucho. O, si no lo hago, sufrir las consecuencias.

26

Esa rara sensación de que me vendría muy bien tomarme un par de vinos. Pero son las diez de la mañana y es lunes y acabo de llegar al diario, la cabeza hecha un bombo: demasiadas vueltas, demasiadas intrigas, problemas que no deberían preocuparme. Yo no me dedico a resolver enigmas: yo tengo que contar, si acaso, cómo los resuelven otros. Y sin embargo aquí estoy, en medio del kilombo, deshilando respuestas –y sigo tratando de aclararme, organizarme, pensar qué hacer, cuando estalla el teléfono:

–¿Qué te contás, Rivarola?

La voz no suena como ella, pero Salvadora se oye divertida, un poco demasiado para estas horas del alba.

–La verdad, el sábado cuando vi la tapa de la sexta pensé que habías ganado, pero después vi que en El Mundo también salió lo del hermano, igual. Así que estuvo bien, pero no se puede decir que fuera una exclusiva…

–No, la verdad que no.

Le digo, y se hace un silencio. Entonces decido ser más claro:

–Pero además no me la creo.

No lo consigo, y Salvadora me lo hace notar:

–¿Qué es lo que no te creés?

–Casi nada. Ni que el fascista este la haya matado por algún zafarrancho de amores o de guita ni que el hermano de ella después lo haya matado a él para vengarse. La verdad, toda la historia suena bien falopa.

–Pero vos la contaste así…

–Bueno, lo que yo dije es que la cana dice eso.

–Es cierto. ¿Y la vas a seguir?

–La voy a seguir, claro. No sabés cómo la voy a seguir. Capaz que hasta la puedo conseguir.

–Bueno, la apuesta sigue en pie: si la conseguís, te vas a España. Natalio tiene muchas jodas, pero también tiene palabra. ¿Ya tenés pasaporte?

Dice su esposa, se ríe, me saluda, corta. Yo había tratado de no pensar en eso pero ahora se me hace complicado: si consigo entender este guiso, si consigo que alguien decente lo entienda y me lo explique, si consigo contarlo, pronto voy a estar en España en plena guerra; me da un escalofrío. Por mí, sobre todo, por la calentura y por el susto, por imaginarme en un lugar tan ajeno tan lejano, pero también por este mundo moderno, como diría el hijo de puta de Kraft. Es increíble todo lo que hemos conseguido. Los que vengan detrás van a vivir pasmados, envidiosos de este galope del progreso: cuando yo nací no había aviones ni radios ni cine ni heladeras ni aspirinas, los coches y los teléfonos eran una rareza, ni siquiera existía el tango –y ahora todo eso es nuestra vida de todos los días. Como los diarios, los putos diarios: unas máquinas que pueden mandar a un tipo a diez mil kilómetros para que ese tipo mande cada día un par de páginas que llegarán en diez minutos y se imprimirán, unas horas después, en cientos de miles de papeles que, al día siguiente, todos habrán tirado a la basura: tan pero tan moderno, casi como el invento de Polito.

–¿Vos qué pensás de esta guerra en España, Rivarola?

La pregunta me agarró desprevenido. Mi jefe, el eximio Guillermo González Galuzzi, no es uno que suela interesarse por los avatares de la política del mundo. O por lo menos no lo dice. Por eso me sorprende esta mañana, cuando llega y se acerca a mi escritorio con su interrogatorio inesperado.

–No sé, jefe, ¿qué se puede pensar?

–No te hagás el gil, Pibe, que quizás hasta me convencés de que lo sos y se va todo al carajo.

Tiene razón: es difícil administrar la dosis justa de gilidad que uno debe exhibir para no hacerse tanto el vivo que moleste ni tanto el tonto que dé pena –y te deje en la calle.

–Bueno, yo lo que creo es que hay unos que estaban tratando de gobernar en paz y aparecieron otros que se levantaron en armas y pusieron al país a sangre y fuego. La violencia siempre es un problema.

Buda y yo, del brazo por Florida. Pero Galuzzi no se rinde:

–Es cierto, pero esos que gobernaban en paz estaban deshaciendo cosas muy importantes, muy sagradas. Quizá para algunos eso es tan violento como tomar las armas.

Me sorprende. Debería preguntarle cuáles son esas cosas tan sagradas pero temo su respuesta, así que me desvío:

–¿O sea que usté cree que a veces tomar las armas está bien?

–Bien no está nunca, Andrés, yo no digo bien; digo justificado. A veces no hay más remedio, y entonces hay que hacerlo, porque no hacerlo es de cobardes.

Dice, inusualmente serio, y se da cuenta:

–O de fiacas como vos y como yo, che, hay que ponerse a laburar. ¿Qué tenés para hoy, seguimos con lo del español y todo eso?

Yo le digo que sí, sin mucha precisión, y él da por concluidas sus funciones. Mientras se vuelve a su escritorio aparece, allá al fondo, Señorans con los pelos revueltos: como si no se hubiera peinado al levantarse o todavía no se hubiera levantado. Lo veo sentarse en su escritorio de la sección Internacional y abrir el tercer cajón, el del amigo; lo veo mirar furtivamente hacia los lados, sacar la botellita chica, chata de ginebra y metérsela en el bolsillo de adentro del saco; levantarse, encarar para el lado de los baños. Sin pensarlo, yo también me levanto y voy para ese lado.

–¿Qué decís, Seño?

–Mejor no digo nada, Andrés, mejor no digo nada.

–Dale, ¿qué te pasa? Se te ve hecho una mierda, con perdón.

–Yo sabía que los amigos estaban para eso.

–¿Para dar ánimos, decís? Sin duda. ¿Qué más necesitás?

Estamos parados en el pasillo de los baños: a estas horas no hay nadie. Señorans mete la mano en el interior del saco, yo le digo que espere un poco, que no vamos a empezar ahora. El plural me suena bien canalla.

–¿Por qué, tienes alguna idea mejor?

Me dice, con una cara de desprecio que no recuerdo haberle visto antes.

–Quizá si me contás qué pasa…

–No pasa nada, Andrés, no le des vueltas. Hace un rato me llamó Godoy, me pidió que nos viéramos.

–¿Que se vieran?

–No, que nos viéramos vos y yo con él. ¿Podrías esta noche?

–Sí, creo que podría. Esperá que le pregunto a mi secretario y a mi agente de relaciones públicas. ¿Sabés de qué se trata?

–Algo con lo del fascista muerto. Yo te diría que la cagaron, pero es que siempre hacen lo mismo.

Me dice, oscuro como un mal recuerdo. Le pido aclaraciones, se niega a dármelas, me ofrece un cigarrillo, se las vuelvo a pedir.

–Nada, los comunistas.

Dice, como quien escupe.

–Tú sabes de dónde viene este Godoy, ¿no?

Yo le digo que no; la pregunta, de todos modos, era pura retórica. Señorans se lanza a explicármelo: que Godoy es un cuadro del Partido Comunista español, uno de los que lo fundaron en el 21, que después estuvo incluso unos años exiliado en Moscú cuando la dictadura de Primo de Rivera, que allí seguramente lo terminaron de entrenar y adoctrinar y que ahora lo mandaron aquí para que organizara el apoyo a sus camaradas en España, que tienen gente así en los seis o siete países que les interesan y que Argentina, donde una de cada seis personas nació en España, es obviamente uno de esos. Y que este Godoy al fin y al cabo es lo que es, un tipo decidido a todo.

–Yo pensé que estaban en el mismo lado.

–Por ahora estamos en el mismo lado. Más o menos en el mismo lado. Eso es lo cabrón de las guerras: te obligan a olvidarte de ciertas cosas, liman todo. Y es lo bonito que tienen, también. Pero no te olvides que yo

soy un estúpido anarquista. Yo no peleo para tener en mi país un estado brutal como el de Rusia. Y no quiero tener que meterme en un ejército manejado por los comunistas.

–Pero es el ejército de ustedes, Seño, el que defiende la república.

–Ay, Pibe, cuándo vas a entender que nosotros no defendemos la república sino la revolución.

Me dice y ahora sí, ya rotas las cadenas, saca del saco la botellita de ginebra. Me la ofrece, le digo que no, le da un buen trago:

–Y son capaces de cualquier cosa, estos rusos y sus muchachitos. En fin, no sé, dice que quiere verte. ¿Esta noche en la fonda de Suárez?

–A las nueve, sin falta.

Le digo, aunque me temo que él no llegue.

Suárez es un hombre de unos 60 años, bajo, sólido, cabeza poderosa con mucho pelo sobre las orejas y ninguno en el resto; Suárez tiene, hace décadas, una fonda en Tacuarí y Umberto Primo con mucha clientela y poco rédito: cobra lo justo –dice y te guiña el ojo, para que entiendas el doble sentido–, se jacta de que lo suyo no es hacer guita sino pucheros y bifachos. El resultado de tan buenas intenciones es que las mesas se bambolean como pingüinos ciegos, las sillas se desfondan con frecuencia y los cubiertos están rayados y doblados, pero su potaje de porotos y garbanzos sigue siendo capaz de revivir un cementerio.

–¿Potaje, entonces, para tres?

–Sí, maestro. Y unas rajas de salamín y unas olivas para picar antes, y el vino más antes todavía, ¿estamos?

Manuel Godoy lo trata con una mezcla de cariño y autoridad que debe ser lo suyo –y Suárez lo obedece como si tuviera sus razones para obedecerle. La sala está llena, conversaciones a los gritos, muy poca corbata; en las paredes hay espejos cascados, afiches de actividades en el barrio y ahora, muy nuevas todavía, detrás del mostrador, dos banderas del tricolor republicano.

–Gracias por venir, camarada. Necesitaba hablar contigo.

Yo no le digo que camaradas son los huevos porque no quiero empezar a los tiros, pero casi. Godoy tiene la misma barba de tres o cuatro días que tenía hace tres o cuatro días y, de pronto, me parece un estandarte, una definición; el pelo renegrido, que empieza muy cerca de las cejas, se le viene a la cara con denuedo. Para hacer conversación hablamos un poco de la guerra. Godoy es vago; yo le pregunto cómo cree que se va a terminar.

–Bueno, dependemos de tantos factores… Los fascistas tienen buena parte del ejército, más armas, los militares preparados. Nosotros tenemos la razón, la fuerza popular, y si conseguimos el apoyo de los pueblos podemos derrotarlos. El problema es que el mundo no quiere darse cuenta del peligro que representan estos tíos. Se creen que es un problema de España, o hacen como si lo creyeran, y entonces se hacen los gilipollas…

Dice, y que ya se están formando las milicias populares que van a pelear en serio y que están llegando los primeros internacionalistas para las brigadas y que ojalá el movimiento se acelere, y yo estoy a punto de decirle que nunca entendí cómo se consigue que miles de hombres –e incluso algunas mujeres– hagan algo tan antinatural como agarrar un fusil e ir a matar personas y, sobre todo, ponerse en la mira de otros que intentarán matarlo y, muchas veces, lo harán. Cómo consiguen que, de pronto, tantos se porten tan distinto, hagan lo que siempre trataron de evitar: matar y hacerse matar. Pero no se lo digo: se ve que para él es lo más normal que hay. Eso, supongo, nos separa mucho. Eso, de algún modo, lo pone en ventaja.

–Aquí lo tienen, chavales: a la salud de los camaradas que han caído.

Dice Suárez mientras deja sobre la mesa el vino, el salamín, las aceitunas, y una panera generosa: picoteamos, hay un minuto de silencio.

–Tú no la llegaste a conocer, ¿no, Rivarola?

La pregunta me toma de sorpresa. No sé de quién me habla y se lo digo. Godoy dice que claro, que disculpe.

–A Genoveva, digo. Es que creo que si la hubieras conocido mirarías las cosas muy distinto.

Dice y se calla, entrecierra los ojos: la mira, si acaso, en las manchas del techo. Cuando el silencio se vuelve demasiado largo lo interrumpe:

–Era una mujer extraordinaria.

–Me imagino, en las fotos que vi parecía…

–No sirve para nada verla en fotos. Ella tenía algo, una energía muy particular, como un brillo. Por eso podía hacer ese trabajo ridículo que hacía, que decía que hablaba con los muertos: porque te hacía creer lo que quisiera.

Lo dice con tanto afán que empiezo a preguntarme cosas. Señorans salta antes:

–¿Tú la conocías bien?

Godoy se sonríe.

–Bueno, no tan bien, Jordi, no tan bien. Pero la conocía. Una gran mujer, una gran camarada.

–¿Una gran camarada?

Le pregunto, sorprendido, y él hace que sí con la cabeza, lento, gozando mi sorpresa. Después levanta el vaso.

–Una gran camarada. Una auténtica mártir de la causa.

Dice, y Señorans y yo se lo chocamos de puro amables, sin saber de qué habla. Bebemos –es un tinto que raspa– y Godoy sigue en ese mismo tono grave, al borde de solemne: que Genoveva se había acercado a ellos unos días después del levantamiento y les dijo que tenía una información para ofrecerles. Yo le pregunto a quién se acercó, pero Godoy hace como que no me oye.

–Y es cierto que era una información extraordinaria: que un fascista español, el tal Alfonso Gutiérrez de la Mierda, que ella conocía, estaba comprando armas para los rebeldes. Que le iba a comprar cañones y munición a algún alto oficial argentino de Fabricaciones Militares, de tapadillo, por supuesto, que todavía no tenía los detalles pero estaba tratando de conseguirlos y que creía que en unos días iba a poder dárnoslos. Extraordinario, realmente extraordinario.

Dice Godoy, y vuelve a levantar su vaso. Ahora la voz le suena triste:

–Quizá, camaradas, fue mi error. Lo he pensado mucho: fui yo, acepto que fui yo, que le dijo que la información sería perfecta si pudiéramos saber qué oficiales argentinos eran los vendedores. Imagínese la denuncia, un

general o dos vendiendo armas a los sublevados sin autorización, sin conocimiento de las autoridades. O con conocimiento, pero las autoridades iban a tener que decir que no, iban a desautorizarlos. Imaginaos la derrota, camaradas. Así que le pedí que averiguara más, que tratara de conseguir más precisiones…

Dice, y se queda como pasmado mirando su vaso, la cabeza baja, silencioso.

–¡El potaje, señores, el potaje!

Suárez deja sobre la mesa una fuente de lata ovalada que rebosa de porotos y garbanzos con su chorizo y su morcilla, sus cachos de panceta, sus fracciones de pollo, sus caracús llenos de grasa. Ni fabada ni cocido ni ningún animal conocido en la república española: una mezcla seriamente porteña, inmigración en su estado más puro. Nos servimos, todavía callados, y probamos, callados todavía.

–Esto es auténtica comida proletaria.

Dice Godoy, con una sonrisa, y se reanima:

–En fin. No sé si fue un error o no. Lo cierto es que la pobre camarada no pudo cumplir con esa parte de su misión: la mataron antes. Tuvo una muerte heroica.

Dice, y vuelve a alzar su vaso. A mí lo de la muerte heroica me revuelve las tripas.

–¿Una muerte heroica?

–Murió por seguir sus ideas, por salvar a los suyos.

–Bueno, según vos murió porque un hijo de puta la descubrió engañándolo.

–Es una descripción repugnante, Rivarola, pero describe una verdad: a veces, en la lucha, hay que hacer cosas que uno no querría hacer en ninguna otra circunstancia. Y ella lo hizo a conciencia, sabía que la causa de los pueblos era más importante que su vida.

Dice Godoy, serio, seco, y Señorans está a punto de decirle algo. Pero me mira, calla, busca entre los garbanzos la frase fugitiva.

–¿Y quién la mató, entonces?

–Gutiérrez de la Mierda, sin ninguna duda. De algún modo se dio cuenta de que la espiaba y que estaba por contar algo de sus operaciones, y decidió matarla. De eso no tengo dudas.

¿Y de alguna otra cosa sí?, pienso en silencio. Y Señorans, desde el fondo de sus porotos, se sonríe apenas: seguramente pensó algo parecido.

–¿Y entonces ustedes se vengaron matando a Alfonso?

Godoy levanta la cabeza y me da una de esas miradas que le habrán enseñado en Moscú: corta, mortal. El tipo sabe pasar de la simpatía a la hostilidad en dos segundos.

–¿Tú te crees que nosotros estamos aquí para vengar damiselas?

–No, pero a ustedes la muerte de Alfonso les servía de muchas maneras, la venganza era la menos importante.

–Nosotros no lo matamos, hombre, de ninguna de las maneras. No tiene sentido.

Dice, otra vez cálido, paciente:

–Estamos en un país que se dice neutral pero en verdad apoya a nuestros enemigos. No podemos darles excusas para perseguirnos, no podemos darnos esos lujos.

Dice, y mira a los costados. Me pregunto cómo será vivir así, siempre en alerta.

–Eso debe ser cierto, sí. Pero entonces ¿quién fue?

Godoy dice que por supuesto que lo de Indalecio es un disparate, que a un tipo como Gutiérrez no lo sorprende a traición un lechero, y que está muy claro qué pasó: que a Gutiérrez lo mataron sus compañeros porque les falló, los traicionó, se dejó empaquetar por Genoveva y que, al matarla, puso en peligro a todos. La historia parece muy tirada de los pelos pero no se lo digo. Prefiero saber qué está buscando:

–Puede ser, esa es una posibilidad. ¿Y para qué querías contarme todo esto?

Le digo, como quien acaba de caer de la palmera; él me sonríe: una sonrisa ancha, con su patente de sincera. Por momentos me produce rechazo pero hay algo que le envidio tanto: sabe para qué vive, sabe qué quiere, lo está haciendo. Tiene más o menos mi edad pero tiene una vida con sentido.

–Nada, hombre, queremos que manejes esta información. Y que quedemos en contacto, a ver si conseguimos todos los datos de la operación con Fabricaciones Militares y podemos pasártelos, que eso sería un golazo, como decís vosotros.

Yo le digo que sí claro, que quedemos, que si tienen cualquier información por favor me la pasen y él me dice que sí, que por supuesto, y viceversa, que si yo sé algo que les pueda interesar no deje de contarles: me quiere reclutar con vaselina. Estoy a punto de decirle que qué carajo se creyó, que ese no es ni será mi trabajo pero me callo: no vale la pena pelearse por si acaso. Me queda, igual, ese regusto amargo: qué duro debe ser pasarse la vida tratando de sacar ventajas. Y peor si no son para uno sino para la causa: ahí sí que no hay excusas para descansar ni dos minutos. Los restos del potaje ya se están enfriando; Godoy me palmea un brazo:

–Gracias, camarada. De verdad apreciamos tu ayuda.

No sé de qué ayuda me está hablando pero sé –eso sí sé– que él no tendría que haberlo dicho. Godoy se toma otro vaso y recuerda su último encuentro, dice, con Genoveva: que la veía nerviosa pero contenta, dispuesta a hacer todo lo necesario para conseguir esos datos que faltaban, y que le recordaba mucho a aquella camarada italiana que conoció en Moscú, Rossana, que se estaba preparando para volver a Milán para pelear contra el fascismo y que nunca más supo de ella pero no es muy probable que esté viva pero que así es la vida de los revolucionarios, que no hay por qué quejarse, dice, que ellos lo eligen y que no podrían vivir de otra manera y que a veces, si me permiten la infidencia, dice, otro sorbo de tinto, me pregunto cómo hacen los demás para vivir sin esos sueños.

–Debe ser muy difícil, ¿no?, vivir sin tener sueños…

Dice, tan serio, y mira en lontananza. Yo ya no sé si envidiarlo o detestarlo.

Mientras camino de vuelta a casa voy revisando, descosiendo su historia. Para empezar, que es muy probable que Gutiérrez haya matado a Genoveva y que, en tal caso, el Sancho del café tenía razón: su asesinato no fue un lío

de faldas o dineros. Me pregunto a quién le conviene que lo parezca: quizás al gobierno de Justo o a su ejército o por lo menos a la policía, si están tratando de tapar la venta de armas. Si es que hay venta de armas, por supuesto. Y, para seguir, me parece tan raro que sus compañeros lo mataran. A menos, claro, que lo vieran quemado y prefirieran, como dijo el Sancho, convertirlo en un caído, un mártir de la causa. Porque cada vez se cotizan más alto y últimamente, parece, acá nadie puede morirse si no es un mártir de una causa.

27

Hoy es martes, casi todo el día, y tengo franco. No hay novedades. Indalecio sigue acusado y detenido; Kraft volvió a decirme que no me deja entrevistarlo y yo no puedo ir a decirle mire, la verdad es que a Gutiérrez lo mataron sus compañeros porque se dejó engañar por la madama y no supo comprar unos cañones. A Galuzzi tampoco se lo dije y él me dijo que mejor me ocupara de otras cosas y ayer a la mañana apareció un cadáver sin identificar en un galpón de carros por Pompeya y nos llamaron de la comisaría y corrí a verlo lleno de ilusiones, pero era un jovato muy gastado sin signos exteriores de violencia, probablemente uno que se había metido ahí adentro para pasar una noche de frío y la quedó: nada, siete líneas abajo en la página ocho. La cabeza de esa página es una historia increíble que, por desgracia, le tocó a Dorrego– pero ni él consiguió joderla del todo: un señor con apellido muy elegante –que todavía no se sabe si era el suyo– vendía campos en la Patagonia a inmigrantes enriquecidos, el tano que había puesto un taller y ya tenía quince empleados, el polaco que vendía los mejores diamantes de la calle Libertad. Todo muy bien, salvo que los campos no existían. Uno de los engañados, un gallego que ya tenía cuatro o cinco almacenes, decía muy compungido que él había caído en el engaño porque lo que más quería era tener un campito; entonces Dorrego le preguntaba si era por nostalgia de su vida en España y él le decía que no, me cago en dios, es para que aquí no me tomen por paleto: yo, si me vine hasta aquí y me he partido el lomo todos estos años no es para ser un campesino, es para ser un señorito, decía el almacenero.

En su España, mientras, todo parecido: los fascistas siguen avanzando y ya organizan el ataque a Madrid; si los milicianos no consiguen rechazarlo la guerra se podría terminar muy pronto, antes de que Señorans o yo

podamos acercarnos. Estelita va a venir a dormir mañana miércoles y el viernes es el día del aborto: tengo que encontrarme antes con Raquel y decirle que lo siento pero no. ¿Cómo se le puede ocurrir que todo es tan fácil, que yo voy a ir con ella para ayudarla a deshacerse del resultado de sus polvos con vaya a saber quiénes? Es delirante, pero lo más brutal es que me arrastra en su delirio y me convence, aunque sea por un rato, de que tiene sentido y tiene razón. La voy a llamar más tarde; antes tengo que limpiar un poco, llenar la bolsa de la ropa sucia, chequear las existencias de comida y bebida, organizar la casa. Y, si me queda tiempo, tratar de completar ese tanguito. Al fin y al cabo me gusta, aunque a veces me olvide, la vida del muchacho rana.

Y me gusta la idea de empezar un estribillo con aquello de la calle Corrientes:

> Corrientes,
> sos la marca de la vida,
> sos la vida con sus marcas,
> sos la barca del suicida,
> sos la risa de la parca…
> Corrientes,
> sos el llanto de la mina,
> sos la mina sin el llanto,
> sos el santo que asesina,
> sos la vida y sos el canto.
> Y sos, vos sos, Corrientes,
> la voz que sabe tanto…

y tengo ese otro trozo, para ir armando el resto:

> Una calle que no es una calle.
> Un camino que no va ni viene.
> Un galán y su mina del talle.
> Una pena que nada contiene.

La idea sería usar este sistema para insistir en la descripción, seguir describiendo Corrientes y usar el estribillo para separar estrofas de paisaje y personajes. Creo que puede andar, por una vez creo que puede andar, pero suena el teléfono: Pedro o Manuel o Saltimbanqui, el dicho Sancho, tiene mucho apuro. Me insiste en que nos veamos ya, que tiene algo importante que decirme.

–¿Puede estar a las doce en plaza Constitución?

Dice, con un acento perfectamente porteño: parece que ya no pretende hacerse el español –o quizá se dio cuenta de que no funcionaba. Yo le digo que puedo y me propone que nos encontremos en el monumento a Castelli; estoy a punto de decirle que no tengo ni idea de dónde está este Castelli pero supongo que ya lo encontraré, así que cuelgo y busco mi sombrero. Constitución está a seis o siete cuadras de mi casa, cinco minutos de paseo.

–Gracias, Rivarola. Aquí en la plaza es más fácil ver si lo siguieron.

Me dice, y abandonamos a Castelli –un muchacho muy joven, bastón y galerita en una mano, bronce oxidado sobre un pedestal de mármol negro– y nos sentamos en un banco. Ya casi es primavera: un sol amable, generoso.

–Parece que no, que no lo siguió nadie.

El Sancho ex-Sancho lleva un impermeable oscuro y un sombrero al tono, tipo espía de película mala pero, a la luz del día, su cara resulta todavía más banal: podría cruzármelo mañana en cualquier calle y no lo reconocería. Quizás en su trabajo eso sea una ventaja evolutiva, un seguro inseguro de vida. Para empezar a hablar me ofrece un teutonia, lo acepto, los prendemos.

–De los tres días que le dije ya pasaron dos, y usté todavía no hizo nada.

Me dice, serio. Yo le digo que sí pero que él había quedado en darme alguna prueba, que yo no puedo publicarlo así como así; él me dice que lo entiende y que por eso ahora sí que me trajo una, que me lo va a explicar:

–Nosotros tenemos una regla que cuando alguno sale a hacer algo peligroso tiene que dejar una nota en un lugar que ya sabemos para decir qué es eso que va a hacer. En clave, por supuesto, no es para cualquiera, pero nosotros lo entendemos.

Su nosotros me cabrea: todo el tiempo me muestra un dulce que no está dispuesto a darme, que me escamotea. Ya ni le pregunto.

–El otro día no lo tenía, pero ahora por suerte apareció. Acá lo traje.

El ex-Sancho me muestra un papel –media hoja de cuaderno rayado doblado a la mitad– donde hay unas pocas letras escritas con lápiz: JB, Maruenda.

–Acá la clave es fácil, Rivarola. JB es Jardín Botánico, por supuesto.

–Puede ser. ¿Y Maruenda?

–Maruenda es Joaquín Maruenda, un comunista, uno que anda con los comunistas y que Gutiérrez estaba cultivando. Un laburo de meses, el tipo ya le estaba pasando informaciones. Se ve que se le dio vuelta o lo apretaron o vaya a saber: lo citó a Gutiérrez ahí en el Botánico, le debe haber dicho que le iba a entregar algo y cuando fue se lo cargó. Claro como el agua.

Dice el ex-Sancho, satisfecho, al borde de intentar una sonrisa. Se ve que no tener que disfrazarse de español lo tranquiliza. Yo lo vuelvo a mirar: es raro hablar sentados en un banco lado a lado; demasiado cercano, casi íntimo. Pasa gente –hombres, sobre todo, con bolsitos, laburantes– apurados por agarrar un tren en la estación; alguno nos mira con sospecha.

–Bueno, no es una prueba concluyente. Dos palabras escritas en un cacho de papel…

–No sea cabeza dura. Yo le digo que es eso, hágame caso. Mire, si no me cree averigüe si los comunistas tienen a un Joaquín Maruenda. Usté los conoce, puede averiguar fácil.

Dice, socarrón y amenazante al mismo tiempo. Le digo que eso tampoco prueba nada.

–Eso confirma lo que yo le digo, y usté a mí tiene que creerme. Así va a estar más tranquilo. Y así, cuando ese muchacho Maruenda aparezca preso o muerto, va a entender qué fue lo que pasó, lo va a poder contar. Le conviene creerme, Rivarola. Usté sabe por qué.

Dice el hombre, quienquiera que sea, como quiera que se llame, lo que sea que eso signifique, y se levanta, se toca el ala del sombrero, se despide.

Yo me quedo en el banco unos minutos, tratando de pensar lo que me dijo y, sobre todo, lo que no me dijo. No lo logro.

Quizás en otro momento, en otra historia, habría corrido a la redacción, pero hoy no tengo ganas: todos estos conspiradores terminaron por sacármelas. Y no me importa si no consigo la puta exclusiva, si no me mandan a la puta guerra, si me agarro los huevos con la puerta. Ahora prefiero volverme a casa, hacerme un par de mates, pelotudear, retomar el tanguito –y eso es lo que hago: me pongo a buscar más imágenes:

> Una pizza chorreando su muzza.
> Un morocho chorreando gomina.
> Un chorro de pachorra, una papusa
> que mendiga una raya de la fina.
>
> Dos o tres cafés de rompe y raja.
> Un bareca donde el tango manda.
> Un malandro de faca en la faja

Y tengo que completarla con algo que rime con anda, tanda, panda, pero la procesión sigue por dentro, por las paredes, por todos los rincones, y a las cinco de la tarde no soporto más: otra vez el saco y el sombrero, otra vez caminando hasta el diario.

–¿No tenías franco, Andrés?

Me dice, cuando me ve llegar, Dorrego. Es entrañable: finge –muy mal, muy evidente– una preocupación que nada justifica:

–¿Pasó algo? ¿Hay algún problema?

–No, Dorre, tranquilo. ¿Por acá, todo en orden?

–Sí, todo bien. ¿A qué viniste, entonces?

–No podía seguir así, sin tu calor, sin tu sonrisa.

Le digo y me aparto rápido para evitar el contraataque. Galuzzi nos mira desde su escritorio, me le acerco:

–Jefe, necesito saber algo.

–Uy, yo también. O dos algos, incluso.

Se ve que el coronel rebelde está de buen humor: es sospechoso, pero no pierdo el tiempo en sospechar. Saco el papelito que me dio el exespañol cuando todavía era español, la otra noche en el café de la calle Lima, y se lo muestro.

–Necesito saber de dónde es ese número de teléfono. ¿Cómo lo puedo averiguar? ¿Le parece que me vaya a la Telefónica?

–Eso te lo averiguo yo, Pibe, en tres patadas. Además ya tengo una intuición; pará que la confirmo.

Galuzzi saca del segundo cajón de su escritorio una agenda –sus tapas de hule negro, sus hojas tan ajadas– y mira tres o cuatro páginas. Al fin encuentra algo:

–Ya me parecía, me sonaba. Es uno de los números de Asuntos Políticos, la gente de Lugones. ¿Por?

Supongamos que le suena porque ha llamado mucho para buscar información: es más cómodo que lanzarse a la sospecha desbocada.

–Por nada, jefe, es un tipo que me quiere pasar unos datos y me parece que es pescado podrido.

–Puede ser, pero puede no ser. ¿Querés contarme?

–Si me da un día o dos le cuento bien, ¿le parece?

–No me parece, pero me parece que me va a parecer, ¿no, Rivarola?

Algo debe pasarle: tiene una sobredosis de bondad que me preocupa.

–Si me banca, jefe, se lo agradezco mucho.

–Tranquilo, Pibe. Y ahora andate, que seguís estando de franco.

Estoy de franco y, sobre todo, nada tiene sentido.

28

El Salón Verdi está repleto: quinientos o seiscientos hombres y mujeres, más gorras que sombreros, más zapatos bajos que tacos altos, más camisas que corbatas, más jóvenes que viejos pero también algunos, gritos y gritos, olas de entusiasmo. El salón lo construyeron los tanos que llegaban a la Boca para escuchar sus músicas y por eso le ofrecieron a Giuseppe Verdi su presidencia honoraria –y la aceptó– pero, bastión del barrio, pronto se convirtió en un centro de la pelea argentina: los hijos de los tanos fundadores se volvieron argentinos peleadores. Así que acá proclamaron la candidatura de Alfredo Palacios cuando llegó a ser el primer diputado socialista de América, acá se reunieron las asambleas inaugurales de River y de Boca, acá se fundó el Partido Comunista argentino y el gremio de trabajadores del Estado; acá pasaron tantas cosas que esta de hoy será menor, pero ninguno de los quinientos o seiscientos piensa eso: hay fervor, hay ganas, hay decisión de hacer lo necesario.

–¡Arriba los pobres del mundo,
en pie los esclavos sin pan
y gritemos todos unidos…!

La sala no tiene muchas luces pero sí pancartas, carteles, banderas rojas y republicanas e incluso una italiana, y ya pasaron los poemas de Tuñón, los recitados de Lola Membrives, las canciones de un dúo con guitarra y varios oradores que insisten en que lo que pasa en España no pasa en España sino en el mundo: que hoy todos somos españoles amenazados por el fascismo que no para ni perdona y que debemos darlo todo para detenerlo y que poner el pecho y que lanzar las balas –y yo, como suele pasarme, me dejo llevar por un fervor casi ajeno, otro yo que se transporta cuando escucha estas cosas pero después vuelve y no lo reconozco. Sobre todo cuando

escucho a Camacho, el presidente del Socorro Rojo, la verba tan roja y tan caliente. Entonces recuerdo que no tenía ninguna gana: de verdad no tenía ganas, pero menos ganas tenía de quedarme con la intriga, así que me acordé de este acto y decidí venir a ver si encontraba a Godoy y ahora lo veo, recibiendo a Camacho cuando se baja del estrado, y espero el final para tratar de hablar con él. Quiero saber qué puede haber de cierto en las historias del ex-Sancho.

–Godoy, por favor, necesito un momento…

–Ah, Rivarola, qué bueno verte por aquí. Espérame unos minutos, por favor.

El hombre está ocupado, acosado por más y más gente en la vereda, al fin del acto, pero no pienso perderle la pisada. Vuelvo minutos después y sigue rodeado de acólitos.

–Quizá me tengas que disculpar, camarada, pero creo que hoy no voy a poder…

–Tiene que ser hoy, Godoy, ahora.

Le digo, en un murmullo firme que consigue sorprenderme. A él también: vuelve a mirarme, se saca de encima a una pareja, viene hacia mí, me agarra del brazo. Caminamos despacio hasta la esquina: los últimos concurrentes se van yendo en grupos.

–¿Qué es lo que es tan urgente, Rivarola?

–Necesito saber si uno de ustedes se llama Joaquín Maruenda.

–¿Uno de nosotros? ¿Qué significa uno de nosotros?

Me dice pero se nota que está ganando tiempo.

–Un camarada del Socorro Rojo o de algún grupo de ustedes.

Le digo y él me dice que yo sé que él no puede:

–Tú sabes que yo no puedo decirte eso.

–Pero yo puedo decirte que lo están buscando por el asesinato de Gutiérrez.

Es curioso que, con sus años de entrenamiento y ejercicio, se le note tanto: algo le cambia brutalmente en la cara.

–Te agradezco, camarada.

Me dice, como si yo hubiera venido para advertírselo. La confusión me inquieta, me incomoda –pero le sigo el juego:

–No me decís nada así que digamos que yo no sé si el tal Maruenda existe, pero si existe lo mejor es que se vaya corriendo en cuanto pueda. Al Uruguay, a cualquier lado, pero rápido. Si lo agarran lo van a hacer culpable a fuerza de picana: le van a dar hasta que confiese lo que quieran.

–No te creas, es un comunista.

–¿Y a los comunistas no les duele?

–Los comunistas hemos hecho nuestras elecciones, sabemos para qué hacemos lo que hacemos. Y eso nos permite soportar cosas que otros no podrían.

Dice, con un aire de superioridad que me da ganas de escupirlo, y después sigue:

–Pero nosotros no…

–Prefiero no saberlo.

Lo interrumpo, pero creo que lo sé: si dudaba de la denuncia del ex-Sancho, la reacción de Godoy me convence bastante. Es muy probable que hayan sido ellos. Muy probable, pienso, que es la forma más habitual de estar equivocado. Y, sin embargo, me sigue pareciendo muy probable.

En circunstancias normales –más normales– me habría ido a un café –Los 36 Billares, La Academia, o incluso la Estrella del Sud de la Boca, acá no más– a tratar de pensar todo el asunto: ver si puedo desenredar esta galleta. Pero esta es demasiado complicada, enmarañada, y mi cabeza está muy parecida, así que me vuelvo a mi casa, pongo radio El Mundo para escuchar unos tangos, me sirvo cuarto de litro de ginebra por si las moscas, me prendo un Hontanares y trato de pensar. Debo hacer algo y no quiero hacerlo como siempre: terminar, de pronto, haciendo lo que me sale en la urgencia del momento. Quiero pensarlo, repensarlo, sopesarlo. Quiero decidir yo.

Antes que nada, no me hago ilusiones: sé que lo que yo piense importa poco. La decisión sobre este asunto la tiene la policía; yo, a lo sumo, podré contar lo que ellos hagan. Pero quiero tratar de entender.

A esta altura me parece bastante probable que sean los comunistas del Socorro o del Partido los que mataron a Gutiérrez de la Cierva. Es sospechoso, por supuesto: a los de la brigada política les conviene que lo creamos, porque entonces el crimen les puede servir para arremeter contra ese grupo. Lo cual les sirve porque en general tratan de arremeter contra cualquier grupo manejado por los comunistas y, más en particular, si la historia de la venta de armas que me contó Godoy es cierta, porque al desarmar la posible oposición la podrán concretar –y no sería nada raro que los muchachos de Lugones operaran para ciertos oficiales del Ejército. Ahí está, precisamente, lo sospechoso de todo esto: que se hayan tomado el trabajo de inventar un falso español para vender su pescado podrido, todos esos cuentos. Eso me sigue pareciendo raro.

Y es significativo que el comisario Kraft insista en acusar de la muerte de Gutiérrez al hermano Indalecio. A él también le vendría tanto mejor echarles la culpa a los rojos: sería un caso más resonante, que le conseguiría más rédito con sus superiores y con la prensa, pura ganancia. Pero no lo hace: algo hay. Esa incoherencia es la única razón para creerle: debe estar convencido, porque no le conviene. Quizá tenga alguna prueba realmente concluyente que, por alguna razón, no quiso mostrarnos o explicarnos. O que, por testarudez, por vergüenza profesional, no quiera tener que aceptar que se equivocó cuando detuvo a Indalecio. O que tenga algún problema con los de Lugones, algún asunto pendiente, una pelea de poder o de guita o de mujeres o de alguna de esas tres o cuatro cosas por las que los hombres se pelean, y que quiera joderlos, o que por eso mismo todavía nadie se tomó el trabajo de explicarle que había que cargarle el muerto al comunismo. A menos que lo haga por puro imbécil, que también es un factor a tener en cuenta. En realidad suele ser el factor principal y lo consideramos poco.

Por todas esas razones yo no habría creído que a Gutiérrez lo mataron los rojos. Pero la reacción de Godoy cuando se lo dije me convenció de lo contrario. Ahora sí creo que tienen que haber sido ellos: no sé si el tal

Maruenda o el propio Godoy, no sé si por vengar a Genoveva o, más probablemente, por deshacerse de un enemigo peligroso, uno que en verdad podía conseguir mandar cargamentos de armas a los generales sublevados o que quizás había averiguado cosas que podían complicarlos o que iba a empezar a matarlos a su vez. Si eso era así –y tampoco tengo razones para no creerlo–, liquidar a Gutiérrez sería, en su libro, perfectamente lógico: otro enemigo abatido en esta guerra.

Entonces, habrá sido Maruenda. O quizá Godoy: la historia me recuerda esa vez, hace unos años, cuando el pobre Malinoski se hizo cargo, con mi complicidad, de la muerte de Mercedes Olavieta para que su jefe pudiera seguir libre. En cualquier caso, todo indica que fueron ellos. Y yo podría escribirlo, publicarlo: sería un golpe.

Pero no estoy seguro. Es cierto que no tengo datos muy definitivos, pero no sería la primera vez que publico algo sin todas las pruebas: lanzándome sin red, jugándome. Y puedo escribir, para cubrirme, que la policía está ignorando informaciones fehacientes con vaya a saber qué oscuras intenciones –pero no creo que sea conveniente, por ahora, con lo poco que sé, decir nada de la venta de armas: esa cancha sí que es puro barro. Y tengo que tomar en cuenta la amenaza del ex-Sancho: si no lo publico mañana o pasado vaya a saber qué puede hacerme. Con esta gente nunca se sabe. No me van a matar, me imagino, pero siempre pueden inventarme una causa, plantarme un kilo de cocó en mi casa, arruinarme la vida.

Tendría que publicarlo. Lo que no me gusta es que, si lo hago, termino siendo un peón en la jugada de Lugones y los suyos: hago lo que ellos querían, les regalo cientos de miles de ejemplares contando el crimen comunista, les armo el clima perfecto para que salgan a reventar el Socorro Rojo, los ilegalicen, los detengan, lo que se les ocurra. Si lo publico, el trabajo de los republicanos acá en la Argentina sufre un golpe bruto –y hasta el pobre Señorans va a tener más problemas para viajar a España. Pero también es cierto que parece ser la verdad y que a mí me conviene y que quizá tengo que pensar en mí, no en ellos: en mis ventajas, no las suyas.

Esta es la famosa exclusiva que Botana quiere; si la publico, en unos días estoy escribiendo desde Madrid o Barcelona, saliendo al mundo, contándolo donde realmente importa.

Y de todos modos el tal Maruenda ya debe estar cruzando el río y Godoy siempre supo dónde se metía y yo no soy su niñera para andar cuidándolo. Y, para completarla, en una de esas salvo a un inocente: si la cosa avanza, Kraft no va a tener más remedio que soltar al pobre Indalecio que, cada vez se ve más claro, no pudo haber matado a un pesado como Alfonso.

Si no lo publico, en cambio, si la cosa no se mueve, el pobre tipo se queda preso con la confesión firmada, bien hundido. Pero quizás es cierto que lo mató él y todo esto de Maruenda es un invento de Lugones y los suyos que sólo puede funcionar si los idiotas de la prensa le damos mucho aire. Porque también es cierto que la prueba que me trajo es ridícula: nada más fácil que escribir tres palabras con lápiz en un papelito, parece de tarados. Así que, en última instancia, yo qué sé. Yo no soy un detective ni nada que se le parezca; soy, con mucha suerte, un periodista, no Sherlock Holmes, y me parece que Botana leyó muchas novelas y yo no tengo que dejar que su locura me maneje ni escribir lo que sea para conseguirme un viaje, por más extraordinario que el viaje pueda ser. Eso también es un lío: si lo publico, siempre me va a quedar la sospecha de que lo hice para viajar a España. No sé. Debería publicarlo, supongo, pero no lo sé. Me pasa algo muy raro: extraño a mi viejo. Extraño discutirlo con él. Él era de otro tiempo, de otro mundo, pero tenía certezas: me podría haber ayudado, a mí, que tengo tan poquitas. Ojalá estuviera, para preguntarle. Porque no me decido; quizá lo mejor sea esperar un poco más, a ver qué pasa.

Aunque eso, claro, sería volver a hacer la Gran Rivarola: no decidir nada, dejarme llevar.

29

–Te vi de lejos, ayer en la Verdi.

–Sí, quería ver qué decían...

–Me alegra que te estés acercando.

Me dice, con la sonrisa más auténtica, Raúl González Tuñón, y yo no consigo decirle que no me estoy acercando un carajo, que quizá termino por hundirlos.

–Me dijo Godoy que estuvieron charlando.

–Sí, nos vimos, muy interesante.

–Ojalá puedas ayudarlo. Cualquier esfuerzo es poco, Andrés, en este momento. La situación allá está muy jodida.

–Sí, la voy siguiendo. Ayer vi que un obispo importante declaró que la sublevación era una cruzada, que todos los católicos tenían que sumarse…

–Entre otros, sí. Siempre igual, siempre los mismos. Qué ganas de estar ahí, poder verlo, contarlo.

Dice Tuñón y yo le digo que sí claro, que qué ganas y me hago el tonto y me vuelvo a mi escritorio. Hoy llegué temprano, le dije a Galuzzi que no tenía nada nuevo sobre el caso de la vidente y don Alfonso y me dediqué a contar una historia simpática: el lunes metieron preso a un señor con dos apellidos, un abogado, que les había vendido a cuatro o cinco chacareros el adefesio que acaban de levantar en la avenida nueva, donde se cruza con Corrientes. Hay que reconocer que, por una vez, lo hicieron bien y rápido: el intendente Vedia lo encargó en febrero y el 25 de mayo ya lo estaban inaugurando. Pero se gastaron doscientas lucas, que con la mishiadura que hay deberían haber usado para cosas útiles. Y encima el Obelisco este es como un grano en el culo de Buenos Aires: es curioso que un gobierno haya sido tan bruto como para pensar que lo podía levantar y que nadie lo va a

cuestionar, que no lo vamos a tirar abajo en cuanto podamos, pero mientras tanto este doctor se dedicó a venderlo.

Pobres payucas: no les vendió, por supuesto, la propiedad sino una especie de usufructo. Los convenció de que pronto se va a inaugurar una escalera interior para subir a mirar la ciudad desde arriba y les ofreció, a cada uno por separado, claro, en exclusiva, una opción para la concesión de ese negocio; lo mejor era que a cada uno le decía que imagínese, con la cantidad de gente del interior, medio giluna, que va a querer subir a mirar, eso va a ser una auténtica mina, usted les va a poder cobrar lo que quiera, les decía, o ni siquiera manejarlo usted pero con la concesión le puede cobrar una fortuna al que lo maneje, les decía, como quien dice se va a poder aprovechar de esos huevones, y les hacía un precontrato para la concesión y les sacaba una parva de plata. Ayer uno al final lo denunció y lo detuvieron, pero tuvieron que soltarlo: el tipo dice que él no hizo nada ilegal, y de hecho el contrato está redactado tan bien que no hay por dónde agarrarlo. Un amigo suyo que Dorrego conocía nos contó que el tipo admiraba mucho a un americano que hace dos o tres años se forró vendiendo «un arma infalible contra la langosta» en plena crisis de los campesinos de allá. Que la vendía por correo por muy poco, un dólar o así, y cuando le mandaban la guita él les mandaba dos tablitas. Y que lo llevaron a juicio y el tipo se presentó con sus dos tablitas y media docena de langostas y las fue poniendo una detrás de la otra entre las dos tablitas y cuando las aplastaba ninguna salía viva: de verdad era un arma infalible y lo tuvieron que soltar. Parece que este doctor nuestro se enganchó con la historia y al final consiguió pensar algo parecido. Es una tontería, pero me divirtió y me descansó un poco la cabeza y además «Les vendió el Obelisco» resultó un buen título y me pude rajar tranquilo y temprano a buscar a Estelita, que hoy otra vez se queda en casa.

Pero antes, otra venta: acabo de terminar la nota, ya estoy guardando mis cositas cuando se acerca el señor Gargano, siempre tan elegante, y me pregunta si tengo alguna novedad sobre las muertes del pobre Alfonso y la

pobre Genoveva. Yo le digo que no porque no tengo por qué decirle que sí: una torta pascualina en Pedemonte tampoco compra tanto.

–Por lo poco que sé…

Dice, y hace una pausa como para que yo sepa que quiere decir que sabe mucho:

–…ahora todos quieren convertirlos en mártires. Todos peleándose por sus nombres para ponerlos en una placa. No se dan cuenta de que eso no le importa a nadie más que a ellos mismos. ¿Viste eso que dicen los franceses, prêcher un convaincu?

Me dice, estableciendo una complicidad que no se establece: yo, de francés, ni media pepa. Gargano no se inmuta:

–Con la cantidad de mártires que hay, ¿a quién más le va a importar? El mundo moderno cada vez produce más automóviles y más mártires, esas son las bases. Unos fabrican coches, los otros fabrican víctimas, y así estamos. No le importa a nadie…

Dice, y no parece que esté yendo a ningún lado; yo, en cambio, sí me estaba yendo y me paro para que se note. Gargano, su corbata roja recién pintada, su pelo negro y cano retocado, me corta la salida. Quedamos frente a frente, cara a cara; las dos caras demasiado cerca:

–Acá el problema son los que andan tratando de inventar que las muertes tenían que ver con un negocio, con unas armas, patrañas de novelitas para el tren. Chismes de conventillo, chamuyo puro; sería un gran error hacerles caso, ¿sabés? No se puede hablar de cosas tan serias sin datos, sin pruebas. Imaginate el kilombo en que podría meterse alguien que lo hiciera. Kilombo judicial, kilombo acá en el diario, kilombos con estos señores…

Dice, y lo deja colgando. Yo empiezo a entender su interés, su cortesía, nuestra comida en Pedemonte. Y me pregunto si de verdad habrá conocido a Genoveva.

–Son unos señores importantes, te puede servir conocerlos. Ahora está todo un poco en carne viva, dejemos pasar unas semanas… Pero yo creo que podrías serles útil, y ellos a vos, por supuesto. Avisame, armamos un almuerzo…

Algo me preocupa: don Alfonso Gutiérrez de la Cierva diciéndole a los suyos que yo era un tipo decente, Raúl Gargano proponiéndome conocer –supongo– a sus generales o coroneles corruptos. Se ve que hay algo que estoy haciendo seriamente mal.

Ella duerme en su cuarto: le preparé un puré y unas salchichas y hasta me dijo que le gustaron, pobre ángel. Y ahora acabo de poner la radio, suenan las últimas grabaciones de Carlitos antes de capotar en Medellín –Insomnio, Tengo miedo, Tomo y obligo– y me sirvo otra buena dosis de ginebra; antes de sentarme en mi sillón a ver si leo algo la voy a ver. La nena duerme, el pelo castaño desparramado en la almohada, un poco destapada; la tapo, le doy un beso muy leve en la cabeza, miedo de despertarla. Mientras me voy pienso que mañana en el desayuno, antes de llevarla al cole, tengo que preguntarle más cosas, que me cuente quién es. Necesito saber, quiero saber, quiero que ella sepa que yo quiero saber: inventar una manera de que entienda que quiero ser su padre.

Yo con el mío mucho no hablaba. O, mejor dicho, él no hablaba mucho con nosotros: seguramente no le parecía que eso formara parte de su papel de padre, o no le interesaba o no podía. Se pasaba los días trabajando, llegaba bastante tarde muy cansado, apenas si soportaba las tonterías que mi hermano y mi hermanita y yo decíamos en la cena, nos apuraba para que fuéramos a acostarnos y, supongo, lo dejáramos tranquilo –y eso que entonces no había radio. Pero hubo un día, yo debía tener 11 o 12 años, en que mi vieja y mi hermano no estaban: el muy gil se había quebrado una pierna en un picado y lo habían dejado internado en el Argerich y mi vieja se había quedado con él, y mi hermanita debía estar con una tía, no me acuerdo. La cosa es que mi viejo y yo tuvimos que calentarnos unas milanesas y sentarnos solos en la mesa de la cocina, el mantel de hule con sus cuadros –o quizás el mantel no estaba todavía, no me acuerdo– y comer, él y yo solos, como nunca antes. Esa noche, me acuerdo, mi viejo me sirvió por primera vez un vaso de vino sin agua ni soda, puro vino, y me preguntó dos o tres cosas: que si la escuela, que qué pensaba hacer cuando la

terminara, que por qué no me gustaba mucho el fútbol. Yo le contesté con todos los cuidados, miedo de decir algo que no correspondiera; era difícil: quería gustarle, pero no sabía bien cómo hacer, cómo ser el hijo que él quería. Él, creo, no me escuchó mucho; ahora se me ocurre que me hizo esas preguntas como preámbulo, porque lo que quería en realidad era contarme algo.

Y entonces empezó la historia de cuando él y su hermano –Giulio, me dijo; nunca antes había dicho que tuviera un hermano– se habían sentado, una noche, 1902, seguramente, dijo, no se acordaba bien pero sabía que era verano, hacía calor, seguramente junio o julio, allá en la casa del pueblo y sacado una frasca de tinto y empezado a charlar sobre el asunto que, en esos días, les ocupaba todo el tiempo, todos los pensamientos: escaparse de ese agujero. Que ellos de la Argentina no sabían un cazzo, me dijo, se imaginaban muchas cosas pero saber no sabían nada pero igual querían venirse, querían hacerse una vida que no fuera esa mierda que habían vivido sus padres, sus abuelos, siempre trabajando como burros, siempre comiendo como pajaritos, dijo, siempre el hambre. Y cómo él, que ya se había casado con mi madre, que ya tenía un hijo y quizás, seguramente, otro en camino –ese era yo, me dijo, me palmeó un brazo en un gesto más raro todavía–, lo tenía más difícil pero su hermano Giulio, que era menor, que era soltero, no tenía problema. Y que llevaban meses, años conversándolo y que él era siempre el que insistía y Giulio le decía que sí pero cada vez se le cruzaba algo, que justo estaba noviando con la Milvia, que se le acababan de morir dos animales, que si la cosecha fuera mejor el año entrante, y que esa noche él le dijo Giulio bisogna decidere o algo así en su dialecto genovese, que ya no se podía esperar más: que había que hacerlo. Y que Giulio le dijo que sí claro pero que justo entonces no era un buen momento porque tal o porque cual –mi padre ya no se acordaba– y entonces él le dijo que se iba: que lo lamentaba pero que las decisiones se pueden postergar un tiempo pero no para siempre y que se iba. Y Giulio le dijo que lo entendía perfecto y que no se creyera que se iba a librar de él, que en unos meses, a lo sumo un año o dos le iba a caer en su casa en Buenos Aires porque lo único que necesitaba era encontrar el momento preciso pero que él también estaba convencido.

Y que muchas veces se preguntó por qué aquella vez se había decidido cuando tantas otras no, me dijo esa noche, y que nunca había terminado de entenderlo, que le parecía que uno se decide por cantidad de cosas que no sabe, que eso de que uno entiende todo lo que le pasa es una tontería de mujeres, me dijo, pero que lo importante es tomar la decisión y seguirla, no echarse atrás, cualquiera que sea nunca echarse atrás. Y entonces nosotros nos fuimos, me dijo, tu mamá, tu hermano, vos, que ya habías justo nacido nos vinimos y nos buscamos la vida y ahora tenemos todo esto –me dijo, con un gesto del brazo que incluía las milanesas, el vino, la cocina, los dos cuartos donde entonces vivíamos– y Giulio, el pobre Giulio, nunca encontró el momento y los que sí lo encontraron fueron los hijos de puta del ejército, cuando saltó la guerra lo llamaron a filas y el pobre falleció en el Caporetto, la batalla esa donde nos reventaron, me dijo, y que él no quería decirme nada particular pero quería que lo supiera, que yo lo supiera, porque yo era un chico despierto y tenía que saber un poco de su historia –de mi historia, quiso decir, su historia– y saber que él, mi padre, estaba orgulloso de pocas cosas en su vida pero si hay una de la que sí estaba era de sus hijos y de haber construido todo esto en un lugar remoto, tan lejos de su casa, de su familia, de los suyos, y que no habría podido hacer nada de eso si se hubiera quedado como el pobre Giulio, me dijo, esperando el momento. Y entonces nos sirvió otro vaso de vino y se quedó en silencio, como azorado de haber hablado tanto, y se lo mandó de un trago y me dijo vamos, a la cama, que se nos hizo tarde y mañana hay que empezar temprano, y yo quería darle un abrazo pero tuve miedo de que se lo tomara mal.

30

Para empezar me dice que me siente, y no es nada habitual. Para seguir me convida un camel, uno de los buenos. Pero después se queda callado un rato largo, vaya a saber cuánto, mirándome, mirándome, haciendo malabarismos con su famoso monda entre los dientes: cuando parece que ya lo ha mostrado todo te ofrece una pirueta nueva. Y ahora por fin habla, y lo que dice no se parece a lo que parecía:

–Bien ayer, Rivarola. Lo del Obelisco es una pegada, todo el mundo lo está comentando. Hasta mi esposa, esta mañana… y mirá que ella nunca me habla de estas cosas. Fijate si podés conseguir más giladas de esas.

–Me alegra, jefe. Y claro, voy a buscar.

Le digo, pero me extraña que el ínclito González Galuzzi haya armado toda esta puesta en escena para darme una palmadita en la espalda. Ahora me sonríe, y eso me da más miedo todavía:

–Sí, tenemos que conseguir más, estar atentos. Digo, cosas de estas que se pueden comentar con una sonrisa, ¿sabés? Mirá que yo soy un viejo de la vieja guardia, pero cada vez entiendo más que a los lectores les gustan esas tonterías. Y no sé si cagarme en ellos o darles lo que piden…

–O las dos al mismo tiempo.

Le digo y él tarda en soltar la carcajada:

–Sí, Pibe, sí, las dos al mismo tiempo.

Dice, y se ríe otro poco y la risa se le va haciendo cada vez más hiena hasta que se le vuelve un hipo confundido. El monda está en peligro pero sale, como siempre, airoso.

–Ah, y ya que estamos, ¿viste lo que acaba de salir en *El Mundo*?

–No, todavía no lo miré.

–Te diría que lo vayas a mirar y vuelvas pero no tengo ganas de perder el tiempo.

Dice, y tira el diario de la competencia encima de su escritorio ya repleto de mierda. En la tapa, abajo, dice: «La conjura roja» y, en un subtítulo, «Se resuelve el crimen del caballero español». Lo ojeo en diagonal pero la idea es evidente: el asesino de Gutiérrez de la Cierva es un comunista español o amigo de los españoles. Yo lo miro, improviso una cara de sorpresa: se ve que los muchachos de Lugones estaban jugando a varias puntas. Intento, por si acaso, hacerme el gil:

–Se ve que tienen algún dato que nosotros no teníamos. O que están mintiendo como chinos.

Galuzzi ensaya la cara de aguilucho. Le sale bien, mejora con los años: la nariz cada vez más encorvada, siempre algún diente menos, el afeitado más borroso:

–No me jodas, Rivarola. ¡¿Yo te puse a trabajar en esto no sé cuántos días y ahora estos hijos de puta lo sacan primero?!

–Lo que le digo, jefe. Yo creo que están mintiendo.

El aguilucho pone, ahora, la mirada escéptica: como quien dice y qué, desde cuándo mentir es un obstáculo. Como quien dice: a ver si nos entendemos y te puedo perdonar la vida.

–Tenemos que sacar algo, Rivarola.

–Si quiere le hago un refrito con ese material, pero yo no estoy seguro de que sea cierto.

–¿Y entonces?

–Y entonces nada, jefe. Quizá podemos sacar una nota bastante prudente diciendo que la policía acusa a un militante republicano español pero que todavía no hay ninguna prueba fehaciente, o algo así.

–O sea, que nos vamos al mazo.

–O sea, con perdón, que hacemos nuestro trabajo como periodistas consecuentes: no contamos lo que no sabemos.

–Rajá, Rivarola. Cuando necesite lecciones se las voy a pedir a la concha de tu madre.

Suele ser menos directo, más imaginativo: se ve que está enojado en serio. Pero creo que no tiene razón. O quizá sí, quién sabe.

Los hechos decidieron: no lo publiqué, me dejé ganar por estos pelagatos, perdí mi apuesta, me borré. Me puedo decir que lo hice para no joder a los muchachos del Socorro; puedo incluso decirme que fue por no seguirle el juego a los de la brigada o por respeto por la historia. La excusa inmejorable, el gran renunciamiento. Pero me parece que la verdad, aunque no haya querido confesármelo, es que todo ese zafarrancho de la guerra, el viaje, la corresponsalía, me dan miedo y me dan mucha fiaca. Es una mierda, pero creo que prefiero quedarme acá, tratar de seguir con lo mío, escribirme algún tanguito flor, buscarme una chica que me quiera por lo menos dos veces por semana. Como decía aquel poema que leí el otro día: «Los poetas se quedan sin cojones / en el momento culminante del cariño: / no es problema, se escriben un versito / pa' la posteridá». O quizás: en ese momento, los poetas se dan cuenta de que no eran lo que se imaginaban.

Suena el teléfono y es un cabo de la Tercera, el que prepara el té con leche: que el comisario Kraft quiere verme, que si puedo pasar por ahí. Yo le digo que estoy bastante complicado, si no podemos hablarlo por teléfono. No tengo ganas de verle otra vez la cara; enseguida le oigo la voz en el auricular:

–¿Cómo está, periodista?

Dice, como si fuéramos amigos. Yo le digo que bien y que qué se le ofrece.

–Nada, quería comunicarle que hoy hemos dejado en libertad al señor Indalecio Nogueira. Por si le interesaba publicarlo.

El comisario habla bajo, como compungido: esta charla le debe estar costando un huevo y la yema del otro. Se ve que lo llamaron a razón; quizás incluso lo apretaron:

–Sí, recién ahora obran en mi poder ciertos elementos probatorios que no estaban a mi disposición cuando tomé las resoluciones precedentes…

Me dice, con esa prosa burocrática que suele usarse para esconder vergüenzas. Y, ya para terminar, ya casi repuesto:

–Y, por si le interesa, quería contarle que hemos lanzado una orden de captura contra el nuevo sospechoso, un tal Joaquín Maruenda, ciudadano de origen español, y confiamos en tener novedades muy muy pronto.

–Sin duda, comisario. Muchas gracias.

–Me voy a España.

–El hijo de mil putas se va a España.

El dúo es curioso, los dos parados junto a mi escritorio, muy sonrientes: Jordi Señorans y Raúl González Tuñón, uno grandote, rubicundo, el otro bajo, oscuro.

–Sí, me voy a España.

Repite Tuñón, y que se va a escribir para el diario, que está tan conmovido, que todavía no termina de creérselo.

–¿En serio? Qué grande, ¿qué pasó?

Le digo, porque algo hay que decir.

–Nada, acaba de llamarme Botana para decírmelo. Te lo quería agradecer, me dijo que vos le habías insistido.

Me dice, y yo lo miro raro:

–¿Yo? ¿Yo qué influencia puedo tener?

–No sé, vos sabrás. Yo te juro que me dijo eso.

Yo me paro, le sonrío, le doy la mano para felicitarlo, le digo que estoy seguro de que va a hacer un trabajo inolvidable y además, le digo, no sabe la envidia que me da pensar que él va a estar en el lugar donde todos querríamos estar pero que él seguro lo va a hacer mucho mejor que cualquiera así que de verdad es una alegría, le digo, y un acto de justicia.

–Te agradezco, Andrés, en serio. Y quería decirte de parte de los camaradas que también te agradecen, que te quedes tranquilo, que el camarada ya se fue, no lo van a agarrar.

Yo no contesto, cambio de ángulo:

–¿Y vos, Seño? También te estarás yendo…

–Sí, Pibe, en cuanto pueda. Viste que ahora la cosa se complicó un poco porque los muchachos del Socorro están desperdigados, tuvieron que salir corriendo… Pero en cuanto se calme lo organizamos y me piro, claro.

Galuzzi nos mira desde su escritorio, fijo, mal. Les digo que otra vez los felicito, que me alegro, que me disculpen porque tengo que cerrar una nota. Apenas se van cuando suena otra vez el teléfono. La voz de Josefina es un cuchillo:

–Dice la señora si puede acercarse a su oficina.

–¿Ahora?

–No, ¿cuándo va a ser, el día de Reyes?

Tuñón lo va a hacer mejor que yo. Es duro reconocerlo, pero él tiene ese sentido de misión que yo no tengo. Yo habría ido por vanidad, por ganas de aventura, para salir un poco de esta rutina idiota. Pero para hacer bien un trabajo tan duro tendría que creerme que lo hago para ayudar al triunfo del bien o algo por el estilo y eso, a mí, nunca me resultó. A él en cambio esa guerra le importa más que nada en el mundo: es algo brutalmente personal. Quizá con ese lastre no pueda hacer buen periodismo, le falte distancia, serenidad para contar las cosas. O quizás al contrario. Y, de últimas, ¿quién soy yo para decir qué necesita un periodista? ¿Quién carajo es nadie para pararse a decir esas cosas?

Por lo menos fue breve: Salvadora Onrubia tenía el pelo rojo atado muy tirante, una camisa blanca amplia, pantalones de tweed marrón y zapatos marrones y los dos pies sobre su escritorio cuando entré, y no se movió ni un tranco de pulga. Tampoco dejó de mascar un monda que tenía entre los dientes: toda ella parecía una caricatura de sí misma, y casi no me miró para enrostrarme mi derrota:

–Perdiste, Rivarola.

–No sé si perdí. Digamos que no jugué.

–¿No jugar no es perder?

–No, no jugar es cagarse en el juego.

–¿Y vos sos de esos?

–Yo no soy de ninguno.

–Ninguno sos, eso es lo que yo no me di cuenta. Qué inocente, ¿no?

Salvadora baja los pies del escritorio, se alza en su silla de patrona, pone las dos manos sobre la mesa, me mira muy directo:

–Me hiciste perder el tiempo y el esfuerzo, me dejaste colgada.

Yo no tengo nada que decirle –o no consigo que se me ocurra nada. De pronto me rompe mucho las pelotas esta mina que se cree que está de vuelta de todo, por encima de todos: la patrona canchera, la humilde millonaria. Sólo me queda, pizpireta, una duda:

–¿Vos hablaste con tu marido para que lo mandara a González Tuñón?

–¿Yo? ¿Yo por qué iba a hacer eso?

–Uy, tenés tantas razones…

Mientras vuelvo a mi escritorio –a mi piso, despacio, subiendo la escalera– me acuerdo de que, entre tanto kilombo, todavía no llamé a Raquel para decirle que mañana no puedo acompañarla. Esta tarde, sin falta.

31

Llegué temprano, calculando que no iba a haber nadie o casi nadie. No tenía mucho que hacer, pero quería llamar a Raquel lo antes posible para avisarle por lo de esta tarde: una cosa es no acompañarla y otra muy distinta ni siquiera decírselo, dejarla en la estacada. Pero Galuzzi había llegado todavía más temprano y me llamó a su escritorio y me hizo un par de chistes y me dijo que lo que saqué esta mañana sobre la acusación a Maruenda no estaba tan mal. Mi nota decía, sobre todo, que la policía había librado la orden de captura pero que fuentes generalmente bien informadas suponían que esa captura iba a ser muy difícil. Kraft va a estar encantado –pero con el muchacho en Uruguay, no va a ser fácil que lo agarre.

Y, mientras escuchaba al jefe y pensaba en cómo recuperar un poco más –no por nada, sólo por no tenerlo colgado del cuello todo el tiempo– se me ocurrió que lo de Genoveva no estaba para nada resuelto. A todos nos conviene creer que fue el fascista: a los comunistas, porque reafirma la idea de que ella lo espiaba para ellos y él la mató por eso, y así pueden armar uno de esos mártires que tanto les gustan. A la policía, porque así el culpable ya está muerto y enterrado y no tienen que preocuparse en acusar a nadie. A la familia de la pobre Geno, porque ellos siempre creyeron que ese tipo era dañino y así tienen el triste consuelo del yo te lo había dicho. A mí, incluso, porque en verdad prefiero pensar que fue él y no quién sabe quién, no tener que aceptar que otra vez la pifié fiero. Pero, más allá de conveniencias, no tenemos ni idea de qué fue lo que pasó: el crimen que abrió las puertas a todo lo demás está tan virgen como el primer día –o, para no exagerar, como el tercero o cuarto, cuando supimos que era un crimen.

Pero lo más gracioso es que, pensando en todo eso, me distraje y decidí salir a caminar un rato: para darle un par de vueltas al asunto, me dije, y

simulé creerme.

Florida rebosa. Suele pasar, pasado mediodía: las hordas de empleados de negocios y oficinas que salen a buscar algo barato que comer y un rato de aire y desahogo, el momento de charlar tonterías con algún compañero, de intentar tonterías con alguna compañera, de reencontrarse con la vidita que tienen que dejar en el vestuario cuando entran, temprano a la mañana, y tendrán que dejar cuando vuelvan, dentro de una hora, hasta que suenen las seis o las ocho o cualquiera sea ese momento en que salen y la recuperan –provisoria, siempre provisoria– hasta mañana. Un muchacho bajo me saluda llevándose la mano a su gorra gris y yo tardo en reconocer a Sinfo, viejo amigo de la barra de la esquina que ahora se dedica a los oficios del asfalto. Me acerco a saludarlo pero él me esquiva y se pierde entre la gente; me imagino que no querrá comprometerme o perder tiempo de trabajo: el mediodía es el momento que los carteristas aprovechan más. Las carteras y billeteras de los trabajadores no son tan generosas como las de los señores y señoras pero suelen ser más fáciles de conseguir, y a veces la cantidad les compensa la poca calidad.

No lo sigo, me distraigo. Pero verlo me hace pensar en que quizá la muerte de Genoveva haya sido un accidente, un asalto que terminó mal, uno que le dijeron que en ese bulo no había nadie y había guita y fue a buscarla con confianza y se encontró con la dueña de casa, un suponer, y se asustó de que gritara y tuvo que matarla. Y lo mejor es que me imagino toda la escena, el drama, la violencia, hasta que recuerdo que la madama apareció con las muñecas tajeadas que nos hicieron pensar, durante días, que había sido un suicidio, y que ningún ladrón mataría de ese modo –a menos que fuera el ladrón más paciente del mundo, dispuesto a esperar un rato largo mientras su víctima agoniza y se desangra, un verdadero artista. Y en esa tontería hay una clave: si alguien la mató, alguien tuvo que quedarse ahí y tenerla inmóvil mientras se le iba escapando la sangre, alguien con la crueldad necesaria para agarrarla mucho rato mientras se moría, alguien con mucho odio o con mucha frialdad: alguien bastante extraordinario. Que, por

supuesto, podría haber sido don Alfonso Gutiérrez de la Cierva –pero, por alguna razón, no consigo imaginármelo. No lo imagino así de retorcido; no le imagino toda esa paciencia; no lo imagino, digamos, manchándose el traje de alpaca con la sangre de ella.

Todo lo cual, faltaba más, no me lleva a ningún lado.

Es así, parece: no voy a ningún lado. No lo voy a saber, no tengo idea. Y así, como sin querer, entro a Gath & Chaves pensando en mirar unos discos. Y me pongo a mirar unos discos en la planta baja: hay uno nuevo del yoruga Canaro con su orquesta, Taconeando y Yo no sé qué me han hecho tus ojos, dos tangazos. Pero me llama la atención uno que muestran en un exhibidor: el cantante se llama Atahualpa Yupanqui y, por lo que dice el cartel, acaba de sacar su primera grabación, una canción que se llama Caminito del indio. Le pido a un vendedor sonrisa odol que me lo haga escuchar: es una canción que suena como deben sonar las canciones en esas lejanas provincias del interior, en ese otro país que algunos llaman Argentina. Una guitarra bien tocada, una voz con un acento extraño que cuenta unos paisajes que yo nunca vi: un mundo que no conozco y que, parece, también es el nuestro, pienso, me distraigo, pero ya sé que me estoy engañando: si entré acá es para subir hasta el segundo piso.

–¿Qué hacés por acá?

Me dice, cuando llego hasta su mostrador, en el salón casi vacío. Ya me había visto mientras me acercaba y se había hecho la boluda, había perdido la mirada como si no mirarme pudiera disolverme. Después, cuando vio que yo seguía avanzando, miró hacia los costados buscando una salida pero ya no tenía.

–Bueno, es casi un lugar público.

Le digo, para ganar tiempo. Ángela tiene su uniforme negro falsamente austero: apretado, tira y afloja con su cuerpo. Y el pelo muy tirante como lo recordaba y la cara un poco demasiado maquillada y la sonrisa: el brillo es

la sonrisa, pero ahora parece pura molestia, pura incomodidad. Tiene razón; antes que nada tengo que pedirle perdón por no haber ido a nuestra cita. Ella parece nerviosa y habla antes que yo:

–Tengo que disculparme.

Me dice y yo la miro, no la entiendo. Ella sigue, atropellada:

–No sé, yo hubiera ido, quería ir, pero la verdad que a último momento me pareció mal. Ya te dije que yo soy… Nada, te pido disculpas, en serio, después te imaginaba ahí en la Richmond esperándome y me…

Yo le sonrío condescendiente, casi perdonavidas: se ve que hoy estoy en mi día generoso –y soy capaz de disculparla por haberme clavado en aquella cita a la que nunca fui.

–¿Y sabés qué? Después tenía que verte y ya no sabía cómo hacer.

Que tenía que verme suena bien; yo me apuro a recoger el guante:

–¿Por qué tenías que verme?

Ángela se incomoda; con una mano se corre de la cara el pelo que tiene perfectamente atado.

–Tengo algo que contarte. Mirá, si querés acompañame, justo estaba por salir a comer algo.

No le pregunto más: aprovecho el convite, ya me dirá después de qué se trata, si se trata de algo.

–Claro, te acompaño. ¿Dónde vamos?

–Acá nomás, a dos cuadras, sobre San Martín. Un bolichito que tienen un menú barato, piola.

Caminamos por la vereda angosta. Ángela va adelante, con su pollera a media pantorrilla y las medias de seda con costura que me vuelven loco; cada vez que trato de ayudarla ella esquiva mi mano en su cintura.

Ya nos comimos unos canelones con demasiada salsa blanca; ya la he mirado comiendo esa porquería pastosa con la elegancia de una lady, limpiarse los labios con la misma elegancia, sonreírme de tanto en tanto como quien regala. Y me ha contado que lleva casi cinco años en la tienda, que el sueldo no está mal y el trabajo no es tanto pero que se aburre como

un sapo, que no quiere ni imaginarse que se pueda pasar la vida metida entre carteras de lujo y cinturones demasiado largos pero que por ahora tiene que hacerlo porque están ahorrando, con su marido están ahorrando para ver si se pueden comprar una casita y empezar en serio la familia, que ella no quiere tener mientras no tengan la casita y él también trabaja mucho pobre pero con lo que gana no alcanza para lo de la casa así que ella no lo puede dejar y que la verdad, la verdad es que se aburre, que hizo la escuela secundaria, un comercial, que sabe contabilidad pero que no consiguió ningún trabajo de eso, entre la crisis y que es una mujer no lo consigue y que entonces tuvo que aceptar esto del mostrador, sonrisas y babosos, no sabés lo babosos que se ponen los hombres, me dice, como si se olvidara, y que no sabe por qué me está diciendo estas cosas, que a ella misma le sorprende oírlas pero que la verdad, la verdad, si ella hubiera sabido que esto era así quizás habría intentado alguna otra cosa, dice, y yo, que la escucho en silencio, le digo que no es tarde, que es una mujer joven, que todavía puede intentarlo pero sé que sueno a consuelo barato y ella se va ensombreciendo: lo que había empezado como una confesión casi excitante se nos convierte en una nube de tristeza. Y así la cosa no termina de avanzar, así que decido jugar fuerte:

–¿Y por qué tenías que verme?

Ella se queda callada y me mira, por primera vez, en silencio y de frente. Yo adelanto la cabeza hacia ella y le sonrío para darle ánimo.

–Porque me llegó una carta de Geno.

Susurra, como si temiera despertarla. Yo trato de disimular: impresión, por un lado, curiosidad extrema; decepción, está claro, por otro: no era nada personal. Me enderezo.

–¿Cómo que una carta de Geno? Pero si ella está…

–Sí, viste. Eso fue lo que me impresionó. Ella, que decía que hablaba con los muertos… Me la había mandado uno o dos días antes, con el desastre de correo que tenemos recién me llegó hace unos días.

–¿Y qué decía?

Ángela respira hondo, traga hondo, busca su vaso de agua y lo encuentra vacío. Después de nuevo se saca el pelo que no tiene en la cara:

me imagino que cuando no está trabajando lo debe tener suelto y me dan muchas ganas de verlo.

–Me gustaría tenerla acá, poder mostrártela. Capaz que podemos arreglar y te la traigo, mañana o pasado.

Yo vacilo: quizá lo mejor sería no decir más nada para que tenga que traerme la carta y nos veamos de nuevo. Pero la curiosidad no sólo mató al gato:

–Sí, claro, lo arreglamos. Pero ¿no me podés contar un poco qué decía?

–Me decía algo que me sorprendió mucho: que ojalá nos pudiéramos ver, decía, pero que por si acaso quería contarme que estaba pasando mucho miedo, que se había metido en un juego muy complicado pero que Alfonso tenía razón, que hay jugarse por algo en esta vida y que la causa de la cruzada valía la pena. Así decía, la causa de la cruzada, no entendí.

–¿Y te decía de qué tenía miedo, por qué?

–No sé, yo no entendí. Decía que si unos amigos se enteraban de lo que estaba haciendo se iban a enojar mucho pero que ella estaba tranquila, decía, asustada pero tranquila. ¿Sabés qué me decía, que me llamó mucho la atención?

Le digo, como debo, que no, y espero.

–Me decía «si me matan habrá sido por algo», decía, o algo así, pobrecita. ¿Qué quería decir? ¿Vos lo entendés? Por eso pensé que quería verte, a ver si me lo podías explicar…

Los baldes de agua fría vienen marchando: que si Ángela quería verme era para que le explicara –y que la causa de la cruzada. La causa de la cruzada. No sé cómo explicarle lo que estoy entendiendo y preferiría no entender:

–No sé, Ángela, no me queda muy claro. Por lo que decís me parece que Genoveva se había metido en una pelea entre dos grupos políticos, gente muy pesada, y que alguno pensó que los había traicionado… ¿Vos lo llegaste a conocer al tal Alfonso?

–Una vez lo vi, nomás, de casualidad, nos cruzamos en la calle Corrientes. Ellos iban juntos, yo iba con mi marido, casi no nos hablamos. El tipo estaba bien, elegante, pintón. Un poco viejo pero bien conservado.

Mi marido después me preguntó si lo conocía, se puso un poco celoso, pobre.

–¿Y vos qué le dijiste?

–No, nada, cuando se pone así mejor no decir nada.

Me dice, torciendo la sonrisa, brillitos en los ojos. Pero enseguida cambia el clima:

–Yo no creo que él la haya matado. Yo sé que a veces él la trataba mal, ella me contó, le hacía la vida imposible. Pero le debía mucho: el otro día me preguntaste si sabía por qué se llamaba Ducarré, y yo recién después me acordé. Fue él, ¿sabés? Él le puso el nombre, cuando ella empezó con todo eso de hablar con los muertos, y creo que también fue él que le dijo que empezara con eso. ¿Pero sabés cuál era el chiste? Que el tipo después se lo creía. Geno me lo contó, hace unos meses, no sé, un año: me dijo que a veces cuando se enteraba de algo que le importaba a Alfonso le hacía un numerito de que hablaba con algún muerto que le contaba eso sobre él, y que el pobre tipo se volvía loco, se cagaba de miedo. Se ponía violento, parece, el muy turro. Pero ella quería seguir con él, lo quería, o lo necesitaba, o vaya a saber cómo son esas cosas. ¿Sabés qué me imagino?

Yo le digo que no, otra vez como debo.

–No sé, me imagino que un día ella se enteró de algo y le quiso dar uno de esos sustos y al tipo se le salió la cadena…

–¿O sea que vos creés que él la puede haber matado?

–No, bueno, no sé, podría ser. Pero por eso te decía lo de la carta, para tratar de entender. ¿Qué habrá querido decir con eso de la causa de la cruzada y que por eso valía la pena correr todos los riesgos?

Yo resoplo, le digo que no sé. Lo que de verdad no sé es si ella se da cuenta de que le estoy mintiendo. Entonces miro mi reloj para decirle que quizá ya tenga que volver a su trabajo y me doy cuenta de que son las tres:

–¡Carajo, ya son las tres!

–Uy, estoy llegando tarde.

Me dice y llamo al mozo y pago los menús y, mientras ella se levanta a los tumbos le digo que si podemos vernos así me muestra la carta y ella me dice que capaz, que ya me la contó casi toda pero bueno, que pase el lunes o

martes a la salida y vemos, dice, y sale corriendo y yo, que había tratado de mantener las formas, también corro. Ya son las tres y cinco, y a las tres y media tengo que encontrarme con Raquel en Las Violetas para subir con ella al consultorio del doctor Urcovich. Si no me tomo un taxi llego tarde.

(Continuará…)

Torrelodones, 21 de enero de 2021



«Se me había ocurrido intentarle una letra a *El choclo*:
parece joda que uno de nuestros mejores tangos
no tenga unas palabras a su altura.»

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31